

quince duncan



863.4

4

912c

los cuatro espejos

novela



editorial costa rica

LOS CUATRO ESPEJOS

1911

LOS CUATRO ESPEJOS

NOVELA



EDITORIAL COSTA RICA
San José, Costa Rica
1973

LR 863.4
109120

Hecho el depósito de Ley
Impreso en Costa Rica

PRIMERA PARTE

I

UNA sensación extraña, como si estuviese fuera de mi cuerpo, empezó a apoderarse de mis sentidos. Una mezcla de sensaciones desconocidas y de cansancio. Al crecer, me hacía recordar el río de llanura, su ancho cauce ondulando, serpenteando, formando meandros sin límites precisos.

Así la sensación que me apresaba irremisiblemente. Extendí las manos. Lejos de mi ser yo veía mi propia mano, quieta, inerte. A pesar de mis esfuerzos, no reaccionaba a mi voluntad. La sensación se equiparaba con la muerte.

Eso era una amenaza, en cierta forma, para el resto de mi organismo. Pendía sobre mí como un espectro la inercia total. Y lo peor era mi incapacidad de racionalizar lo que me estaba sucediendo, porque desde cualquier punto de vista la situación era absurda.

Pero en vez de mermar, la sensación se intensificaba. Ahora nebulosa, ahora demasiado real. Mi cabeza languidecía fuera de mi cabeza. Eran posiblemente los primeros síntomas de una traicionera demencia que, aprovechando el sueño, se había apoderado de mí. Lo que queda de sano —pensé— se volverá turbio. Célula por célula, la ecuación irá desarticulándose, hasta exhibir triunfante los restos de un ser que una vez quiso ser hombre y acabó, al igual que todos los que lo intentan, en el manicomio. Aunque no como todos: hay algunos que alcanzan la humanización y mueren antes de la postrera frustración que sobreviene cuando se descubre

que ser hombre no es ser ángel. Son los héroes, cuyos defectos nuestra bestialidad justifica hasta hacerlos además santos.

Pero parecía haberseme señalado otro tipo de muerte. Tal vez la más degradante de todas, porque era una muerte pasiva, inútil. Traté de ver para atrás: desearía regresar un poco en el espacio, o en el tiempo, un cuarto de metro o una hora. Quizás eso me bastara para recuperarme.

Era cuestión de acomodar mi cabeza dentro de mi cabeza, y que mis pies coincidieran con mis pies; y que las manos frías, indiferentes, vuelvan a la vida. Pero mi posición ridícula, boca abajo como los vencidos, lograba frustrar y desesperarme. Me sentí incapaz de romper las cadenas, limitado por designios externos a mí. Los hombres no deberían tener límites, porque tales regulaciones son otra sutil manera de negar su humanidad.

Querría trascender, relegar al pasado mi propio ser con tal de ser. Pero mi filosofía no era sino una especie de estúpido y alucinante consuelo, ante la evidencia de la muerte. Acaso una treta del subconciencia para detener un tanto el paso del tiempo. Una manera sutil de aferrarse a la vida. >>

No obstante, en tanto trataba de racionalizar mi situación me apartaba de lo concreto y acometía otra empresa menos dolorosa: la de crear imágenes de pensamiento ajenas a mi situación real. Abstracciones simplemente. Y precisamente en ese empeño, recuperé el dominio de mis nervios. Y me di cuenta de que estaba soñando, lo cual me produjo un enorme alivio. Porque al trasladar el asunto fuera del ámbito de lo real, adquirió la normalidad, la dimensión exacta, casi jocosa. Era una sensación grata. Me sentí de pronto ente vivo, y me pude abandonar lentamente al sueño. Era de todos modos lo más fácil, y en eso actuaba como se me había enseñado en la capital: dejar que las cosas se resolviesen por sí mismas.

Allá en el llano también vi ese comportamiento y todos lo consideraban normal: el del discurrir violento del río de llanura, en la hondura caprichosa del llano.

Desperté horas más tarde y extendiendo la mano cansada palpé con cierto apremio el cuerpo de mi esposa. Estaba allí, cálidamente postrada en mi lecho. Mis dedos recorrieron su piel sensible, buscando recoger los cabos sueltos de mi existencia y atarlos; atarlos a ella, como el marinero ata el barco al malecón. La sentí transformarse en movimiento, respondiendo casi automáticamente a mi urgencia, sin interrumpir su sueño tranquilo.

—No me despeines —dijo, sin un paréntesis en sus leves ronquidos; la besé, yo también cautivo de la suerte de automatismo que la envolvía. La fui apretando, como quien labra camino nuevo, mi corazón palpitando alegremente, sin sobresaltos, afirmándose en la vida. Ella seguía medio consumida en el sueño. “No me despeines amor”, en tanto me aferraba a sus hombros con firmeza, buscando nuevos bríos a lo largo de su espalda, concretándola sobre el lecho, y al concretarla, convertir mi propia abstracción en realidad concreta. Mujer, su ser abierto, su voz, un “no me despeines amor” constante; una larga luz inundando el cuerpo, y una palabra débil tragada por el sueño.

Clareando el día soñé que, sin mayores detalles que explicasen el fenómeno, yo estaba guindando a la orilla del precipicio. Del precipicio ese que vi antes en otro sueño. Suspendido, tragando aire, sentí que mis manos me fallaban, que la vida llegaba a su fin. Un instante después estaba sobre las rocas, mi cabeza partida, mis intestinos exhibidos al sol. Desperté sudando, conmovido. Era demasiado en una sola noche. Me levanté aperezadamente. Con el menor esfuerzo posible, me puse la camisa primero como si tuviese todo el tiempo del mundo, y una por una las demás piezas. Alcanzando el baño en el momento de mayor apuro, cerré los ojos. Luego, sin apuro ya, observé las contracciones lentas de mi organismo, que se recogía sobre sí, como si se hubiese desarticulado en demanda de la necesidad fisiológica que acababa de cumplir.

Entonces miré el espejo. Un hombre de pelo desordenado, vestido de pijama azul, apareció frente a mis ojos. Algo le faltaba a la imagen.

"Dios mío" grité, pero el sonido fue tragado violentamente por el terror. Algo hay de misterioso en el terror: he visto gente que enmudece frente al peligro y otros que caen en la más absurda impotencia. El mundo se me figura como un planeta atrapado entre dos polos: el frenesí por un lado y el quietismo por el otro. Y la tensión entre ambos nos lanza a la esperanza o a la frustración.

De modo que se me ocurrió que estaba quedando ciego y por lo mismo invoqué a Dios. Eso es otra cosa que nos pasa, que uno se acuerde de Dios en ciertos momentos solamente.

En todo caso, llevé las manos al rostro con tal violencia que me hice daño. Froté varias veces los párpados, tratando en vano de apreciar la imagen. Una inexplicable negrura sepultaba mi rostro en la noche. "Dios mío, yo quedándome ciego en el momento más brillante de mi vida." Y me acordé del sueño, imaginando que desde entonces mis ojos no habían regresado a su sitio.

Mi vida ha tenido sus altibajos. Fracasos, esfuerzos, regresos, en fin, ya los iré contando. Lo cierto es que resolví en el acto que no era posible que me quedara ciego en tal momento. Desde luego que mi decisión era totalmente irracional.

La sensación de languidez había empezado desde la noche anterior, cuando Ester y yo entramos triunfantes al Teatro Nacional para escuchar aquella conferencia sobre minorías raciales en Costa Rica. Mi esposa era de porte distinguido, elegancia griega, grandes ojos y un ligero rasgo germánico. De familia distinguida, no rica pero descendiente de ricas familias de fecundos pasados. Eso tal vez es un poco cursi, pero así dice Lucas Centeno. Lucas Centeno Vidaurre es un médico distinguido. Se me olvidaba señalar que es mi suegro.

Pero les estaba contando sobre nuestra entrada triunfal al Teatro Nacional. Mi esposa vestía elegantemente. Ella sabe hacerlo. Esa es una de las cosas acerca de ella

que me gustan más. Me gusta mucho una mujer que sepa vestir bien. Vale la pena mirarla. Siempre he dicho que si una mujer no sabe vestir bien, y tampoco está dispuesta a escuchar consejos, debería andar desnuda y economizarse el ridículo. Es cierto. Hay algunas que se encaraman lo primero que encuentran y salen a la calle. Ester no. Ella es distinta. No es demasiado sexy, pero precisamente su pericia en el arte de vestir la hace muy atractiva. Bueno, no sólo eso: es inteligente y simpática. Ustedes me perdonarán lo cursi que soy, porque eso de decirle simpática a una mujer es cosa cursi. Todos dicen eso, ¿no es cierto? Pues bien, si todos lo dicen entonces es cursi. Yo soy cursi, ya lo verán. Pero por lo menos no me gusta serlo. ¡De qué les estaba hablando? Ah, sí, de la forma en que Ester vestía esa noche: calzado y vestido en armonía con sus ojos celestes; dedos delgados, mejillas ligeramente rosadas, y recogiendo sus hermosos cabellos de trigo una cintilla rosada. Caminamos despacio, como correspondía a nuestro papel social. La gente esperaba eso de nosotros. Uno no tiene problemas cuando hace lo que se espera de uno. Al contrario, atrae la simpatía de todos los que se benefician del comportamiento de uno. Claro que volvemos a lo mismo: eso de comportamiento es un poco cursi. Pero ustedes perdonen. Ester y yo nos sentamos adelante, al puro frente de todos, para que ningún interesado se quedase sin vernos. A la gente le gustaba vernos, no se sabía por qué. Yo bajé las butacas para que nos sentáramos y, sonriendo, recogí el sobretodo de mi señora. Era un gran momento, sí, lo era. Nosotros habíamos organizado el acto, y el teatro estaba lleno. Eran todas invitaciones personales y la gente había acudido. Nuestra popularidad estaba pues en la cima.

Por otra parte, acabábamos de dejar en el parqueo un auto nuevo. Era un auto de lujo, incluyendo entre las extras aire acondicionado, radio estereofónico adaptado y tocacintas. No necesitábamos nada de eso, es cierto. Y tal vez ustedes se pregunten por qué aire acondicionado en un clima de 22 grados. Pues bien, si ustedes creen que las cosas se compran para el uso, solamente ustedes saben eso. La gente no compra cosas para su uso, sino para

impresionar. Pucha, uno tiene que ser franco de vez en cuando, ¿no es cierto? No es necesario que ustedes se pongan a la defensiva porque nadie los está acusando. Nosotros teníamos un auto para impresionar a cualquiera y teníamos la plata para comprarlo y por eso lo compramos y ni a ustedes ni a nadie les tiene que molestar eso. Además, teníamos jardinero. Un baboso de primera llamado Marcel. ¿Saben lo que es un baboso? Es un tipo cliché que reúne todas las características para determinado papel, pero que es tan tonto y torpe que no lo puede cumplir con la eficiencia debida. Marcel era un baboso de primera clase. Y de feria se llamaba así: Marcel. Imagínense lo que es llamarse así y ser chofer-jardinero. Como si desde su nacimiento sus propios padres hubiesen intuido cuál iba a ser su papel social, o acaso ellos definieron su destino. Es un nombre curso. Pero bueno, él no escogió su nombre, de modo que estaba bien. En este mundo, pucha, carajo, nunca escogemos nada.

El orador, cuando nos vio entrar, se puso de pie y nos hizo la venia. ¡Oh tipo cursi! Luego, empezó la charla. Sus palabras eran odiosas, por cierto, pero tenían una magia que fascinaba al auditorio. Estaban totalmente seducidos.

"La alienación y la marginalización, la explotación en grado sumo de que son víctimas los negros y los indígenas en nuestro país, no son precisamente un ejemplo de democracia. Su situación es desesperante." ¿Qué situación desesperante? En alguna parte yo había escuchado antes palabras semejantes. Verborrea política, eso era. Porque yo he estado en fiestas y he bailado con negras y blancas y he visto bailar juntos a blancos y negras. Y no eran gente de los de abajo, sino gente educada. Sobre todo una de las fiestas a la que asistí. Digo, voy a mencionar esa porque de esa me acordé mientras oía la charla. Fue en la Casa Amarilla. Una cena en honor a no sé qué viejo. Había allí una negra de ojos encendidos. Su pelo alisado, sus labios pintados de rojo —no un rojo chillón sino un rojo suave—, sus cejas marcadas, sus párpados verdes, su escote largo enloqueciendo a los más apasionados. Nadie se sintió ofendido por su presencia, y si lo estuvieron, nadie se atrevió a de-

mostrarlo. Por el contrario: sobre sus ojos ardientes se posaba la luz. Otra vez me puse cursi, ¿no es cierto? Miren no más: sobre sus ojos se posaba la luz. Ni que esto fuera un poema. Bueno, lo que quiero decir es que la negra era linda a pesar de su color. Toda la noche la disputamos entre el hijo del Ministro de Hacienda y yo. Era linda, como un carbón rojo. Sus pechos bien perfilados, su cintura... Las negras, cuando jóvenes, suelen tener una cintura increíble. Y además, era muy buena conversadora. Hablamos de cualquier cosa, pero el hijo del Ministro introdujo un tema formidable: el análisis de un diputado de oposición. ¡Qué buen rato pasamos! El tal diputado estaba un poco borracho, y el hijo del Ministro se puso a decir que estaba un poquito pasado de tragos y yo a afirmar que estaba borracho. Entonces fue cuando intervino Ivonne. Así se llamaba la negra. Dijo que un diputado no podía estar borracho porque era un diputado. Al principio creímos que estaba defendiendo al hijo del Ministro, pero luego descubrimos que no. Su intención era atacarnos a los dos: menos mal que fuera un obrero o un campesino —dijo—, entonces sí podríamos llamarle borracho. Pero si es un diputado, no se puede decir que está borracho: hay que decir que está pasado de tragos. Pregúnteselo a él y verá —le dijo al hijo del Ministro, que a la postre resultó peor parado que yo.

Pues bien, nadie mostró descontento por su presencia. Al contrario, más de una se moría de envidia y hubiesen deseado ser negras para estar con nosotros.

De modo que el conferencista estaba hablando. ¿Cómo les dijera?... estaba hablando paja. ¿Saben lo que es una persona pajosa? Es una persona que mueve la boca para no quedarse muda. Una especie de languidez empezó en ese momento a subir por mis pies, y por lo mismo tuve que dejar de escucharle. Creo que pensé en Ester en ese momento, y si no me equivoco la besé. Digo, la besé en la mejilla allí mismo en el teatro en plena conferencia. Era bonito ser esposo de Ester después de todo. No llego a afirmar que me hizo un favor casándose conmigo, no, no es eso. Pero sí puedo decir bien bien que he ganado bastante con el matrimonio. Por lo menos así lo creía esa

noche. Imagínense, era para estar agradecido. Yo era un don nadie, un simple provinciano y ella era una Centeno. Hay tipos con suerte, ¿no es cierto? Casarme yo con una Centeno, casi nada. Y no sólo casarme, sino casarme por amor. Eso era, amor. Y entonces que Lucas y Pérez y Magdalena, ¡y qué sé yo!, ¡qué sé yo!, que reventaran. Eso es, que revienten. Ahora también, que revienten.

Tomemos a Magdalena. Yo no le hice ninguna promesa, y además ella me hizo sufrir mucho. Si luego pasó algo agradable y a ella le gustó tanto, no tenía derecho a reclamar nada. Era una actitud ilógica. Es como si alguien nos da un vaso de agua cuando estamos con sed. Uno queda agradecido pero no se casa con esa persona por eso. Uno, sencillamente, no se casa por eso.

Ahora, me dolía terriblemente la cabeza después de levantarme de la cama y no ver mi rostro en el espejo. La sed agrietaba con creciente voracidad mis labios; la respiración se arralaba. De mis ojos, cansados por el escurrir de silenciosas lágrimas, brotaban a intervalos porciones de tristeza.

Pucha, carajo, que si era una tristeza grande.

Mientras abría la puerta de la calle, pensé en el problema de Ester. Me refiero a lo de su peinado. Pucha, problema el mío. Yo quedándome ciego y ella dele y dele con su "no me despeines amor". No sé por qué, me acordé del asunto y confieso que fue una molestia recordarlo. Pero no tenía por qué reprochar nada a Ester. Su entrega había sido total, sin reservas.

El cielo prometía lluvias tempranas. La fresca brisa de la mañana llenaba mis pulmones, dispensando cierto bienestar fisiológico que si no remediaba la situación por lo menos dejaba vivir. Les voy a explicar un poco eso, porque creo que de nuevo me estoy poniendo cursi. Eso de bienestar fisiológico. Lo que quiero decir es que uno se siente bien. Eso es todo. ¿Debía haberlo dicho así desde el primer momento? Es difícil hablar como la gente cuando uno tiene seis años de andar con académicos.

Lo que yo resolví hacer era ir a ver al oculista porque realmente no había descartado la posibilidad de la ceguera.

Es curioso, pero ni siquiera me acordé del auto. Eché a andar hacia la parada de buses, como en los tiempos sepultados ya por la abundancia. Pasé frente a la casa de mi amigo el Profesor Luxe. El desde hacía unos meses formaba parte de la clase media. El también lo logró y estaba entre los suyos. Tenía, luego era. Porque hay que tener para ser. Los que tienen mucho, son gente de buena familia. Y aunque ni ustedes ni yo lo digamos, lo que se infiere de allí es que los que no tienen son de mala familia. Luego, se salvan los que tienen.

Luxe y yo fuimos vecinos en otro barrio. Ambos pertenecemos a la huelga del Puma. Desgraciado Puma, sea dicho de paso. Puma era un traidor. Pero Luxe fue buen amigo. Tanto él como yo fuimos víctimas de la salvaje actitud de la pandilla de los Puma. El, más que yo, porque fue violado en su propia iniciación, y después castigado por defenderme. Pero Luxe se levantó de entre sus ropas harapientas y se graduó con calificaciones de honor en la Universidad. Por eso nos alegramos con él la noche en que se presentó a nuestra casa, orgulloso, para comunicarnos su logro. Su gran logro. Porque todos aspiramos a eso, a ser parte de los que están bien. Y lo demás es pura paja.

Cuando me contó el costo de su casa no quise creerle. En realidad era muy bonita, amplia y bien construida. Pero a eso llegó, a contarme el costo. Era una doble hazaña entonces. Y le agradecí, porque yo sé que solamente a nosotros nos contaría el verdadero costo.

—No puede ser —le dije—, ¡si tu casa es enorme!

—Pues así como lo oyes, eso me costó.

—Vale cuatro veces eso.

—Sí —dijo—, Esmulín salió por dentro.

Luxe no me contó el procedimiento empleado. Pero algunos días después encontré a Esmulín borracho en el bar de la esquina. Estaba fuera de sí, y creo que se alegró de verme. Pucha, carajo, el problema lo estaba matando de veras

Al poco rato de charlar conmigo se puso a llorar. "Esos desgraciados, me hicieron una jugada de los diablos."

Poco tiempo después, el constructor tenía los ojos hinchados, sus manos temblorosas y sus venas tensas, levantando la piel. "Hasta había comprado comestibles y una estufa de gas. Mi hermano me prestó su cabaña en las Playas de Jacó y por eso le dije a mi mujer: te has jodido mucho, vieja, vamos a descansar una semana. Vamos a disfrutar de este negocio."

—¿Lo quisiste joder?

—¿Yo? Pero, Dios es testigo de que yo iba por lo legal. Si por legal fue que me agarraron.

Otro ron. Quizás el licor le ayudaba a contar lo que no quería compartir con nadie. Hay agravios demasiado grandes, demasiado hondos para ser compartidos. Esa es la verdad. De allí que a cada rato decía "otro ron".

Hay agravios demasiado hondos para perdonar, a menos que uno quiera renunciar a la dignidad. Porque perdonar a veces supone renunciar a la propia dignidad.

—Me jodí para cumplir a tiempo el contrato. Le hice todo con un cariño bárbaro. Usted sabe de dónde venimos: se acuerda de Luxe. Estaba bien jodido. Y yo siento una satisfacción grande cuando veo que uno de nosotros se levanta. Lo siento casi como si fuese yo mismo. Por eso es que me fajé tanto. No fallé en nada. En nada. Mire, esa casa, allí donde usted la ve, vale, ¡jueputa yo!, vale mil veces más de lo que usted se puede imaginar. Acabamos tres días antes. Pero ya ve, yo quedé con deuda.

—¿Quedaste con deuda?

—Le debo dos mil pesos al Profesor.

—Dos mil pesos. Pero, ¿cómo?

—Según el contrato yo entregué con dos meses de atraso.

—Pero, ¿cómo fue eso, Esmulín; cómo fue eso? Si usted levantó esa casa en cuatro meses.

—Tres meses y veintisiete días. Enredos de papeles. ¿Otro ron?

Me costó trabajo dejar de pensar en Esmulín y su problema. En realidad, no era como para llorar sino para matar a Luxe.

Anduve como dos kilómetros antes de resolverme a tomar el autobús. Había pasado parada tras parada, mientras mis pensamientos seguían inmersos en el mundillo del Profesor. ¿Inmersos? Eso es un poco cursi. Quiero decir que pasé el tiempo metido en el mundo del Profesor. De cada cinco, cuatro han hecho su casa a base de astucia. O por lo menos, gracias a la ayuda de algún amigo bancario. Total, de nada nos sirvió que nacionalizaran la banca porque las cosas siguen al servicio del que tenga un buen amigo en el Banco. Bueno, eso de las cosas tal vez no quedó claro. Quiero decir, el dinero. Cuesta decir las cosas por su nombre, pero hay que ser francos de vez en cuando.

Pero lo más divertido de todo es la actitud de todos en la reunión de amigos. Luxe diría con orgullo, "hemos hecho una casilla". Y mientras los ojos asombrados de los amigos se vestirían de una mezcla de envidia y admiración, agregaría "humildita, pero por lo menos ya la tenemos". Luego, se retiraría un poco para que alguien pudiese preguntar con discreción el precio. Sobre todo eso, que pregunten el precio. "Unos cien mil pesillos." "Claro que terminada vale el doble." Y esperaría entonces, sencillamente, hasta que la palabra del asombrado vocero del grupo divulgase los pormenores a todos los demás.

A partir de ese momento sus relaciones con el grupo variarían sustancialmente. Alguna vieja comentará entre cafés, "quién sabe cómo hizo". Porque en el grupo casi todos han tenido que "hacer algo" para lograr su objetivo. Y ese algo podía ser cualquier cosa, porque el fin definía los medios, a pesar de la opinión contraria de todos.

Pucha, admito que eso de decir las cosas así puede ser un poco chocante.

¡Vamos! Supóngase que ustedes tienen una casa y han tenido que hacer alguna vuelta para conseguirla. Luego ustedes van a creer que yo los estoy atacando. Pero no es eso. El problema no es la vuelta que ustedes tuvieron que hacer. El problema para mí es que no hay derecho de que ustedes hayan tenido que hacer alguna movida. ¿Me entienden? O sea que ustedes no han hecho mal, porque entonces habría que pensar que todos son culpables. El

asunto es que eso de la movida no debería ser necesario. Allí es donde le entro yo.

Antes de tomar el autobús pasé frente al Telar de Castillo. Como siempre, las muchachas esperaban que él viniera a abrir. En la temprana luz —ya me estoy volviendo cursi otra vez. Lo que pasa es que tengo manía de poeta. Quiero decir que el sol apenas alumbraba. No, no es eso. Era una luz temprana, suena mejor. Es mucho más exacto. Las muchachas lucían sus pantaloncitos calientes, su blusita tallada, y sus botas en la temprana luz. Y todo eso para deleite de Castillo.

Castillo era un exiliado cubano que huyó en bote, arriesgando su vida, después de que el Gobierno de Castro cerró su club nocturno. Fue un milagro que no lo capturasen ni la marina de la revolución ni los tiburones. Una vez en Miami pudo disponer de los fondos que venía depositando en los bancos de Estados Unidos. Pero tenía un primo en Costa Rica que le aconsejó que se metiera en el negocio del Mercado Común.

El cubano también pertenecía al círculo del Profesor. A veces él y Ester discutían sobre política internacional. No es que mi señora optara por la Revolución Cubana, sino que decía que sin Batista y la corrupción de la clase gobernante, aquélla no hubiese sido posible. Pero Castillo negaba tales cargos. No eran gente corrupta, ni es cierto que Cuba estaba poblada de prostíbulos, ni que los cubanos eran los más analfabetos del continente; ni que las campesinas se vendían en la Habana para deleite de extranjeros de plata que reservaban desde Nueva York su cuarto con mujer. Todo eso, según Castillo, era invento de los comunistas. A pesar de todas esas diferencias se llevaban bien. Digo se llevaban bien en el sentido de que se apreciaban mutuamente. Pero un día le contaron a Ester que el exiliado no pagaba el salario mínimo sino a las que compraban su puesto con una noche de pasión. Ella se lo preguntó y, desde entonces, Castillo no regresó a casa.

Pucha, no había necesidad de preguntárselo, y en eso creo que Ester fue demasiado brusca.

Pucha, les digo que era irracional pensar en esos dos babosos en un momento de tanta congoja. Me estaba quedando ciego, ¿ustedes saben lo que es eso? Un hombre sano, en plena juventud y pleno éxito, de pronto empieza a quedarse solo. Pero me imagino que era una manera de escapar de mi realidad. Bajé a la entrada de la ciudad y crucé la carretera. Los empleados de una construcción me pidieron fósforos en inglés. Eso es otra cosa que nos pasa, que todos tenemos complejo de gringos. Claro, yo sé que tal vez ustedes están estudiando inglés. Pero nada tiene que ver una cosa con la otra. Porque una cosa es el inglés y otra cosa es el español. Pero digan si no es cierto que nosotros hacemos una ensalada que no es ni chicha ni limonada. Porque ¿saben cómo me dijo el muchacho? "Muchos tenkius."

Ahora, si vamos a ser francos de vez en cuando, ¿qué quiere decir eso?

Empezaba a garuar. Opté por tomar otro autobús. Al principio había tenido la intención de caminar. Pero, vamos, ya me he mojado bastante en la vida para venir a mojarme después de comprar carro.

En el vehículo me encontré con que una señora bloqueaba el paso. El chofer se afanaba en hacerla correr, pero ella ignoraba totalmente su franca insistencia.

—Vieja —dijo uno de los que entraron después de mí y por tanto estaban guindando en la puerta—, ya porque ella está adentro, ¿qué le importan los demás?

La señora se movió un par de pasos. Los demás pasajeros miraban con mucha atención el incidente, esperando ansiosamente el desenlace. Su pequeño mundo estaba compuesto de tales cosas. Un mundo superficial y grave, en donde el sueño mayor era un viaje a Miami. Un mundo que sueña con un auto nuevo y una refrigeradora de dieciocho pies. Y además teléfono. Quizás una cocina con alguna marca importante y un horno grande. Y si los vecinos compraran, entonces también un cepillo eléctrico.

El chofer estaba bastante indignado.

—Córrase, moreno —le dijo a un negro que, como los demás, esperaba que la señora se corriese.

—Pero ¿adónde querés que me corra?—, la respuesta del negro era tajante, desafiante—. ¡Qué, ¿le tenés miedo a la señora?

—Te dije que te corrás.

—Vení corréme. Claro, es fácil decir moreno, ¿no es cierto?

La señora se corrió hasta el fondo del autobús entre las risas entusiastas de los demás pasajeros.

—Qué vaina, moreno —dijo uno—, el chofer la agarró con vos.

—Si, quería que empujara a la señora.

Me cayó mal cuando dijo eso. No había ninguna necesidad de repetir eso. Ya lo había dicho. Ya todos en el bus sabíamos lo que pasó. Así son de necios. Pero me cayó peor el otro tipo, el que le hablaba al negro, cuando le preguntó si era panameño.

—No, ¿por qué?

—Habla muy bien el español.

—Soy limonense —dijo sonriendo.

Yo no le hubiera sonreído. El tipo había hecho una de esas grandes deducciones lógicas: todo limonense, por ser de herencia antillana, habla mal el español. Las palabras del conferencista regresaron a mis oídos y eso me dio mucha rabia. "Si una persona latina emplea mal el género, la audiencia comprende que fue un error sin importancia. Si un negro comete la misma falta, provocará la sonrisa irónica del público."

Carajo, le hubiera podido muy bien dar un buen puñetazo al tipo que dijo eso. Me lancé de frente otra vez en mi problema. Forcejeando logré bajar frente a la casa del oculista. Una bolsa con el pan de la mañana y dos litros de leche, hacían ver que el Dr. Pineres dormía aún. Mi insistencia, no obstante, logró que el indignado médico me atendiese.

—¿Qué querés vos? ... —se limpió los ojos fuertemente—, hey, sos vos, Body. Pasá, pasá, viejo. ¿Qué te pasa?

—Me estoy quedando ciego, Agustín. ¡Ciego!

—Pero cómo, ¿ciego!

—¡Ciego! Tenés que examinarme ahora mismo.

—¿Tan grave es? Esperate un momento.

En el fondo lo que yo deseaba oír era una pregunta absurda. "Tu rostro, ¿qué pasó con tu rostro?" Pero ni las niñas del telar ni los pasajeros del autobús habían notado absolutamente nada extraño. Y tampoco el Doctor.

La casa de Pineres era elegante. Debería haberme fijado bien, y recoger alguna idea útil para la decoración de mi propia sala. A Ester y a mí nos gustaba lucir las cosas elegantemente. No con extravagancia, pero sí lo suficientemente elegantes para hacer la vida agradable. Además, los días de las vacas flacas habían transcurrido ya.

Aparato por aparato, prueba por prueba, nunca recordaba haber sido tan bien atendido. Luego, el desayuno junto a la bella esposa de Pineres. La empleada que nos servía era exactamente lo opuesto de la señora. Esta, de figura esbelta, largos cabellos rubios, ojos verdes, labios muy finos. Aquélla, gruesa —aunque no gorda—, cabellos cortos, negríssimos, labios anchos y piel oscura.

Pineres esperó hasta que estuviésemos en la mesa para dar el diagnóstico. Le hubiera podido decir unas cuantas cosas por eso. ¿Qué necesidad había de humillarme frente a su esposa? ¡Ninguna, en absoluto! Pero el muy idiota cree que si uno lo busca en la casa tiene que soportar cualquier cosa. Hay gente odiosa, ¿saben?

—Estás perfectamente bien de la vista —dijo—, no sé lo que te pasa.

—Pero es que yo... —me levanté de la mesa y fui corriendo hacia el baño. Bueno, no es el momento de corregir cursilerías. Fui corriendo, eso fue lo que hice. Quiero decir, bueno, quiero decir eso literalmente. En el baño comprobé que no había soñado lo del espejo: no veía mi rostro. Mis ojos sí y, al abrir la boca, los dientes. Pero el rostro no.

—No —dije volviendo—, no he soñado, Agustín. No veo mi rostro.

La señora de Pineres cambió de color, ruborizada. Me conocía por años y podía intuir la seriedad del asunto.

Era claro que el curso de sus pensamientos se reflejaba en sus gestos. Estaba preocupada y no la culpo. Fran-

camente, no la culpo. "Primero nos despierta pidiendo un examen urgente. Bien, mi esposo se lo hace y le da el diagnóstico. Entonces se levanta y corre al baño. Y luego, regresa y dice que no está soñando, que no ve su rostro. ¡Dios mío, que éste diga tales tonterías! ..."

Pineros marcó en el teléfono una secuencia de números. "¿Díaz? Mirá, te habla Agustín. Perdoná que te llame a estas horas. No, no me echaron de la cama: tengo un amigo en problemas. Es urgente. ¡Viejo! No, no, te lo estoy diciendo: no ve su rostro. Sí, eso es: no ve su rostro. Amaneció así. Está aquí en mi casa. ¿Que pase por tu casa? Bien, dale un tiempito. Luego me llamás.

—Díaz es un buen sicoanalista —dijo la señora de Pineros en voz baja—. Es un buen médico y te ayudará. Necesitás ayuda.

Mis pasos pronto molieron el camino por el aristocrático barrio. Los dos médicos vivían cerca y por lo tanto resolví caminar hasta la casa del Dr. Díaz. Me gustaba la sobriedad del barrio. El fresco silencio de los jardines; la maestría de los jardineros; los ojos alegres de los niños que cargan consigo una suerte de entusiasmo que contagia y devuelve la ilusión de continuar en el absurdo mundo de la inocencia. Las mayores, luciendo sus piernas blancas en la luz matinal y a las puertas las empleadas, con su tela barata, su delantal, su escoba y sus piernas dispares.

Una de ellas suspendió su labor para mirarme con una total ausencia de timidez. Rejas y verjas y portones de garaje; todo más allá de manos codiciosas; de los que por no tener nada acariciarán la idea de arrebatárselos a los que nacieron afortunados y por lo mismo tenían la posesión legítima de los bienes de este mundo.

Antes yo no hubiera caminado por allí. Porque hay calles clavadas en mi memoria que no tienen la tenue fragancia de éstas. Calles con niños cargados de mugre, recolectada de tal misma calle en abundancia; calles con perros lamiéndose sus colas mordidas también por la mugre; calles con piedras, cáscaras de huevo dejadas por el servicio de recolección de basura; pulpería El Agrandado, Frutería el Treinta; Verdulería Laura Montero; mangos, anonas en las

ventanas; carretones halados por caballos mal nutridos trasladando un enredo de cama desde cualquier parte hacia cualquier otra parte del barrio; o en una tarde cualquiera, todos los muebles echados a la calle por las autoridades. O una viejecita doblada por la derrota, las vérices ardiendo en la espesura de su piel. Y una radio-patrulla, los ojos de buitre del teniente sospechando de todos. El agua color y olor a pena, surgiendo de la calle con fragmentos de desechos humanos, acumulados a lo largo de los días; los labios escarlata, el color pálido, el vestido disparejo de las amas de casa —escoba, pelo amarrado, pantuflas de plástico, callos endurecidos— haciendo el oficio de la mañana. Calles que hacen más cruel la añoranza de una selva, de un llano, de una montaña, del olor a mar.

Una hermosa rubiecita curvó los labios al verme. La blusa de punto ajustada a su cuerpo era apenas el presagio de una hermosa mujer. Sus gestos ya coquetos, sus ojos juguetones, sus manos trémulas como una flor tejida en la brisa.

Compartimos sonrisas. El color de su rostro se hizo carmesí. Podía notar que toda ella estaba turbada por mi gesto, y acaso nunca sabrá explicarse el impulso hondo que le dio por unos instantes la sensación vital de mujer. Pasé, sonriente, olvidándome por completo del "problema" que tenía y que merecía la "ayuda" de Díaz.

Y continué andando por esas sobrias calles, admirado. La pintura brillante, los colores conservadores de las paredes; las construcciones de cemento y de madera labrada; la risa de los niños con sabor a sobremesa; más y más garajes y autos y autos y garajes; un techo verde inclinándose para morir abruptamente frente al corredor de la casa; una hilera de arbolitos recién sembrados; música de órgano eléctrico y de guitarra; cadena de portoncitos abiertos; enredaderas orlando las canoas.

Hay calles que llevamos irreversiblemente. Descienden hacia cualquier sitio, a cualquier sitio mal oliente, a cualquier acequia. Ambos lados de la calle adornados por puertas abiertas. Risas de niños también. Y maldiciones. Niños con sabor a vejez y sequía.

"Maje, hijuemialma. Maje, sos un cabrón."

Voces de diligentes padres de familia, herramientas en mano y un grito: "vení, pedazo de cochino, te voy a demostrar lo que es andar jugando con muertos de hambre."

Un autobús con niños uniformados cruzó velozmente por la esquina. El eco de sus voces se esparció por el barrio. De pronto un frenazo y una voz. Me volví súbitamente para enfrentarme al médico.

—Iba a su casa, Doctor.

—Pasaste recto. Subí. Te vi pasar. Ibas bastante distraído.

El automóvil de Díaz era espacioso. Díaz pertenecía a una familia de nuevos ricos, y por ende, tenía una necesidad apremiante de lucir su nuevo estrato.

Nos detuvimos en la esquina para dejar pasar a una joven. Guapa, casi desnuda, vestía colores sicodélicos apenas. "Mirá qué copita de helados" dijo Díaz.

—Y, ¿cuál es tu problema, viejo?

—No puedo ver —dije con torpeza.

—¿Cómo?

—He mirado el espejo esta mañana y no he visto mi rostro.

Quise recoger las palabras ya dichas. Eran demasiado solemnes y por lo mismo, absurdas. Demasiado formales para ser creídas. Pero de todos modos, ¿cómo se le dice a un psicoanalista que uno está loco? ¿Doctor, estoy loco? Esas palabras también serían demasiado formales para ser creídas.

El médico frenó de nuevo. Una negra en minifalda, sosteniendo de los dedos a un niño blanco, cruzó la calle. Sus piernas gruesas, bien formadas, sus pechos rellenos, frescos.

—Qué descaro de negra —dijo Díaz—. ¿Viste? Se visten a lo relajo como si estuvieran en Limón. Sólo en Limón la gente camina por las calles.

La sensación de pesadez me golpeó de nuevo en la nuca. Las palabras del conferencista regresaron a mi memoria: "Hay un trato distinto." Y la figura de Ester, y el teatro y el sueño de la noche anterior y el espejo... El

auto tomó la avenida tercera rumbo al oeste. El kiosko, la larga cola de autobuses con anuncios comerciales; el olor a humo gastado; un hombre cruzó la calle sin fijarse. "¿Viste?" —el frenazo seco, el frote del caucho sobre el cemento. El sonido de la máquina acelerando de nuevo, la Embajada Norteamericana, El Carmen —vieja casa de piedra con una iglesia adentro—, "Cuesta encontrar parqueo a estas horas. Parece mentira. Es un relajo que el gobierno no tome medidas. Este gobierno no se preocupa por los profesionales: ¿adónde querrán que vayamos a estacionar el carro?" La maniobra rápida e inesperada; el sonido de las copas contra el borde de la acera. "Opa". El ahogo del motor.

—Tu caso puede demandar varias semanas, pero no te alarmés. Ya veremos.

Había en las calles un calor seco. Mientras subía por las gradas detrás del médico, me quedé mirando las huellas de alguien que antes de nosotros había subido esas mismas gradas.

Era un consultorio sencillo, contrario a lo que yo esperaba. Una mesa hacía las veces de escritorio, unas sillas, muchos bolígrafos y papel.

"Lleve esas pruebas para aquel cuarto —dijo— y llénelas. Ya vengo."

Lo miré señalar el aposento contiguo, recogí el material y empecé a caminar hacia el sitio indicado.

Una hora después salí desesperado del consultorio del sicoanalista y empecé a andar (las manos en los bolsillos) sin un rumbo fijo. Vi pasar el edificio del Banco Central y el parque. Me detuve en la esquina para que pasara también la Catedral Metropolitana. Millones de pasos tejidos año tras año sobre el pavimento, barridos por la lluvia, lustrados por el brillo implacable del sol alegre de julio; el Teatro Moderno, donde una noche tuve que definirme ante las posibilidades exactas que el tiempo ofrecía. Recordé los ojos encendidos de Ester y los ojos achinados de de Dora París. Imágenes sin coloración; contemporáneas e imprecisas; los helados palito que venden

enfrente; una fila de autos en la esquina donde una vez también no pude aplicar los frenos a tiempo.

(No, el palito no, muerda un pedacito.)

Me devolví porque tuve la sensación de estar perdido, de no poder precisar el tiempo exacto en que me encontraba. El Teatro Moderno, y media cuadra después, ¿qué era? ¿El Servicio Civil o el Tribunal de Elecciones?

Algo hubo allí, en el San José de mi adolescencia. (Dora París, un millón de recuerdos. Ella luciendo su mejilla rosada, sus ojos de azabache, sus labios ardientes de melón.)

El Parque Central, la Catedral; los pasos inseguros y débiles, el calor sofocante quemándome los ojos; un asiento bajo las enredaderas entre dos viejos que leían cada uno un diario diferente; una voz estúpida insistiendo en que el noventa saldría permiado en la lotería el domingo sin falta; el lenguaje pintoresco de los limpiabotas:

—Diay pierna, la agarraste toda.

—Vos besás, napier. Uno se la gajue.

La jerga de Alveres ocupó el foco de mi atención por un largo e inútil minuto. El señor de la derecha dio vuelta a la página distrayéndome.

(Los recuerdos de Dora París seguían llegando. La fiesta de las madres, alegre y repleta de señoras que vendrían al colegio todavía ese año y otros años luego, sin saber si servirían a sus hijos los esfuerzos, pero convencidas de que al menos ganarían mejor después de graduarse.

Casi como un asunto mágico.

Porque no estaban allí por aprender. En realidad —pensé— nadie tiene interés en el conocimiento. Por lo menos eso era cierto en Costa Rica.

Todos estudian por ganarse un puesto. Eso es, para conseguir un puesto y mejorar de posición económica.

—¿Bailás conmigo, Dora?

—No, corazoncito.

—¿Por qué?

—Es que, ¿sabe qué es? Mamá está aquí y es evangélica. Para ella el baile es malo.

- El baile es... ¿pero tu mamá lee la Biblia?
—Todos los días.
—Los israelitas bailaron cuando salieron de Egipto.
—Personalmente no tengo nada contra el baile
—dijo—; es mamá.)

Los limpiabotas que atraían a intervalos mi atención, disputaban con los recuerdos de ayer el derecho de imponerme un ritmo nuevo. Ahora, miraban las piernas de una hermosa mujer que cruzaba el parque. El hambre había abierto espacio. Un vacío adormecía mis pies. De pronto se me ocurrió analizar la presencia ignorada de las uñas sobre los dedos de los pies.

(Otra mañana fuimos de paseo junto al río. Yo había estado ensayando la declaración formal de amor que esa mañana haría. Ella me esperaba delante del bus, radiante de entusiasmo, como si hubiese intuido la cercanía de un momento decisivo para ambos. No ocultaba su alegría; y por mi parte, yo estaba realmente contento de verla.)

Una señora atrajo la atención de los limpiabotas. Estaba embarazada, pero quizás su falta de estética o su concepto no convencional de la misma le había hecho salir a la calle con su vestido más holgado. Era lo suficientemente holgado para hacer caber en él el contorno de su futuro hijo, y además sus propios intestinos, pero no alcanzaba para ocultar sus hermosas piernas que, quebrando la luz a su paso, orlaban los bordes de cemento que definían el camino.

(Fracción tras fracción, los recuerdos de Dora París seguían llegando. El calor hondo del sol destellándose sobre el río, mientras el autobús subía, subía, subía; un puente flotando en el viento sutil y el agua, mordiendo entre campo abierto infinitos meandros. Nos detuvimos y me bajé confiado del autobús. Luego el chofer arrancó sin aviso y hube de alcanzar el vehículo en marcha. La risa de los compañeros, las palabras gruesas entre el chofer y yo, los ojos divertidos de Dora.)

Sin quererlo empecé a seguir a la señora encinta. Mis ojos perseguían el juego elegante y sensual de sus

piernas; las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada, los pies sin control. Cruzamos la calle, nos detuvimos un instante en la otra acera; seguimos luego hacia el norte, el cuerpo encendido; cruzamos una calle y otra y otra; entramos a una tienda; nos detuvimos frente al mostrador —ya lo vamos a atender a usted, señor—, ruido de cambio y jerga judía —ahora sí, ¿en qué le podemos servir?... señor... señor...

Salimos a la calle, cruzamos hacia algún sitio con olor a cebolla, ajo, leche de plátano, saliva y boñiga. Entramos a una soda —los contornos apenas encorvados, la carne dura, joven.

(No fue posible el noviazgo entre Dora París y yo. Primero la inoportuna intervención de una compañera que habló de Ester. Los ojos desesperados de Dora se hundieron en el río. Y yo hubiera gritado que no era cierto, pero una parálisis estúpida me contuvo.

Mas tarde logré que se tomara un trago.

—Uno no te va a hacer daño. Probá por lo menos.

—Pero es pecado...

—¿Pecado? Pero si Cristo tomó vino.

—Era jugo de uvas fermentado.

—¡Jugo de uvas fermentado! —nos echamos a reír.

—No —dijo—, sin fermentar, quise decir.

—¿Sin fermentar? Dora, por Dios, el jugo de uvas sin fermento no emborracha.

—No he dicho que emborrache.

—No has leído bien, Dora.

Luego bailamos una pieza. Yo no podía comprender qué de malo tenía acercarse a una muchacha hacia uno, queriéndola con la hondura con que yo quise a Dora París.

Pero tuve mis dudas. Me imaginaba tratando toda la vida de liberarla de sus cadenas.

Y me fui resignando como el día a una rutina estéril. El bus regresó acumulando tristezas en las sombras del agonizante día. Pero yo la quería. Dios mío, ¡quise mucho a Dora París!

—Señor, ¿no se le ofrece nada? —El mesero tenía un resto de preocupación.

—Si —dije después de unos instantes de silencio—, un fresco de cas.

—Y ¿de comer?

—Nada.

Las piernas salieron de la soda pero me quedé allí, clavado en el asiento. Creo que la señora había notado ya que la seguía. ¿En dónde estaba? No sólo me había perdido de fecha sino de lugar. Cuando al fin salí de la soda, me detuve en la esquina para ver pasar una cadena de metal con seres humanos injertados. Eslabones. Cadena de movimientos y sonidos de caucho. Devolviéndome en dirección a la soda crucé de nuevo la calle.

—Pst, pst, el mayor —dijo uno de los vendedores de lotería que se acumulaban en la esquina.

—¿Qué?

—El mayor.

—Si sabe que es el mayor, ¿por qué no lo compra usted?

—No tengo plata.

—Pues escóndase por ocho días...

Alcé la vista del suelo para mirar al vendedor. Sobre un vehículo de carga con placas nicaragüenses unas señoras descargaban sandías; una de ellas con el rostro semejante a la sandía, y la otra, sustituyendo su enagua por varios fustanes, sudaba copiosamente.

“Echate un poco pa trás si me hacés el favor.” La maniobra desesperada de un chofer por sacar su vehículo de entre otros dos. Espejos, espejos. Primero, el intento de sacar la trompa. Luego, echarse para atrás.

Dele, dele, dele. Con el vehículo frenado el chofer le dio vuelta a la rueda. Quiebre. Quebrá, quebrá. Dos autos se arrimaron esperando que les dieran el paso. Una creciente cantidad de espectadores se acumulaba en la calle y en las aceras aledañas. Un oficial del tránsito intervino para aumentar la creciente oleada de gritos.

Los oficiales de tránsito tienen esa costumbre —pensé—, uno puede estar seguro de que cuando hay una presa es porque anda alguno cerca. Casi siempre se paran debajo de un semáforo. ¡Imagínense!

—Espejos, espejos —insistía un niño—. ¿Espejos, macho?

Resolví comprar uno. Era un repentino impulso. Comprar uno, como si con eso pudiese resolver o confirmar la existencia de un enigma.

—¿Espejos, macho?

—¿Cuánto vale? Tomá.

¿Mi rostro? Temblando me arrimé a la pared. ¿Mi rostro?

Aprovechando el hecho de que todos estaban concentrados en las maniobras del vehículo de carga, arrimé el espejo a mi cara con lentitud. Y pude comprobar que había un rostro... un rostro...

Una mezcla de alegría, de pavor y de asombro cruzó por mi conciencia.

—¡Había un rostro negro!

Quebré el espejo. El muchachito se arrimó preocupado.

—¡Díay macho!, ¿qué pasó?

—Dame otro.

—¿Cómo?

—¡Dame otro!

El niño me lo vendió dudando de mi sensatez y, por si acaso, salió calle abajo de prisa. Quizás no estaba convencido de que la destrucción del espejo se debió a un accidente. Acaso dudaba y con razón. Alejarse era una medida prudente y a la vez discreta. Era la suya una deducción lógica: un tipo que quiebra un espejo que acaba de comprar es loco. Es loco porque lo hizo a propósito. Habría sido absurdo condenar al muchacho por su instinto de auto-conservación. Se alejó del peligro y eso fue todo.

Uno de los autos que esperaban paso empezó a pitar. Un rato después las bocinas inundaban de escándalo la calle.

“¿Tengo el rostro negro?” Aquello se me había convertido en obsesión. Era la totalidad de mi mundo. Pensé que a lo mepor estaba sugestionado por el conferencista de la noche anterior. Porque no es posible cambiar el color de la piel. ¿O acaso era posible?

Había oído hablar de algunos que lograron modificar temporalmente el color de su piel, pero fueron experimentos con productos químicos. Yo no me había sometido a proceso alguno, y por lo tanto, resultaba absurda mi repentina mutación.

Arrimé el espejo cautelosamente. (Una vez cualquiera en un lugar cualquiera alguien pendía de la orilla de un precipicio. Las manos aferradas al puente, la voz quebrándose en oración: Señor, ten misericordia de mí, pecador; la mano tensa; porque soy gusano y no hombre; indefinible espera de la muerte y un vértigo creciendo desde las venas; gusano y no hombre, gusano y no hombre; gusano y no hombre...)

El frío de la brisa me tragaba y grité. Grité un instante antes de que las piedras rompieran mi cerebro en pedazos. Supongo que de veras grité.

—Moreno ¿qué te pasa?

Abrí los ojos —supongo que histéricos, dilatados— para mirar las caras divertidas de una decena de curiosos. Me miraban con regocijo, pero con cierto temor. Porque, claro, no es un espectáculo común el que yo les ofrecía: un hombre de pie gritándole a un espejo. El sudor corría por mi rostro ennegrecido.

—¿Te pasa algo, moreno?

—Se le rodó la tapa del perol a la morrena —dijo uno, instantes antes de recibir el primer golpe.

—Moreno, ¿estás loco?

La víctima cayó al suelo con el rostro ensangrentado.

—Negro jijue —empezó a gritar el agredido, pero una certera patada le hizo callar.

—Dele duro. ¡Eso, Casius, dele duro!

—Lechero: ya está caído el carajo.

Oí un silbido y eché a correr furiosamente. Detrás de mí las voces demandaban un fuerte “agárrenlo” que se perdía en el espacio vacío. Golpeé a un cargador sin quererlo. Las canastillas rodaron sembrando la calle de pelotitas verdes. Una niña gritó con rabia, “negro desgraciado”, y su grito me persiguió media cuadra.

Me detuve cuando la respiración acabó con la irrefrenable gana de huir. Me había cortado la mano en el pleito, por lo cual entré a una farmacia. Ahora tuve que esperar hasta que el empleado sirviese a una muchacha que entró después de mí. Y no supe si atribuir su privilegio a su condición de mujer o al color de su piel.

"Y vos, moreno, ¿qué querés?"

Las calles deberían haber cambiado de color también. No tenía ni la menor idea sobre el lugar en que me hallaba. No se me ocurrió preguntar tampoco. Sencillamente eché a andar. Y estuve caminando mientras las horas se acumulaban a mis pies.

¿Mientras las horas se acumulaban a mis pies? Pucha, carajo, por más que trato no puedo superar la cursilería. Uno termina siempre siendo un cursi. Y lo mejor que uno puede hacer cuando se da cuenta, es callarse.

II

DESDE el otro extremo del potrero oyó la voz. La llamada era insistente. Irresistible más bien. Y Charles poco a poco fue cediendo. Al principio no tuvo ganas de responder. Sus ojos llenos de sal, su sangre cargando el intenso vapor de tantas horas de rudo trabajo en el cacaotal; el sol, como si tuviese pacto con fuerzas demoníacas, quebrábale los huesos, pucha, carajo, que tantos días de sol y de agua se les cuajan en infinitas auroras marchitas. Sí, auroras marchitas. Porque el día los halla aún cansados. Ahuuu... ahuuuuuuuu... ahuuuuuuuu... .

Recogió la pala y el machete antes de contestar. Intuía peligro. Y eso es lo absurdo de la intuición, que el peligro se palpa pero no se define. Ahuuuu... ahuuu... Charles... Charles... —bejuco, lianas. Sus pasos en la hierba, las florecillas, el cacaotal, pucha carajo, total ¿para

qué haber estudiado y regresar cargando el fracaso como trofeo a la par del título? Y volver a volar machete.

Si por lo menos la cosecha fuese abundante como lo fue en otros tiempos, o si los precios fueran buenos. Pero Charles McForbes ya no vivía de sueños. Lo concreto era el sudor, la sal en los ojos, el barro sobre las botas, la avispa en el pelo. Y pucha, carajo, él detestaba todo eso. Ahuuuu... ahuuuu... ahuuuuu... Charles...

La zanja también era concreta. El lodo de la última llena la cubría y eso era real. Los pies untados de porquería. El negruzco suelo de Estrada cubierto por una capa resbaladiza color caqui.

—Ahuuuu... ahuuuuuuuuuuuu... Charles...

—Ahuuu...

—Charles... es su mujer, venga.

Pucha, carajo, la mala herida se le fue clavando. Empezó a correr.

"Su mujer cayó enferma." Ya no tenía vigencia la asquerosa suavidad del barro.

Se le olvidó también el odio explícito que venía acumulando. Sólo tuvo conciencia de veinte años de despiadada lucha contra todo; la labor desperdiciada en tierras ajenas; callosidades, vacíos, indefinibles congojas. Una vida lenta y parca como el cacao seco, triturando el paso de cráneos olvidados; lidiando con la venganza de los espíritus de milenarios sukias, de los espíritus de una raza que antes que ellos ocupó los llanos hasta que los cristianos europeos los asesinaran salvajemente.

Tristes veintitrés años. Los ochenta de Pete eran mejores, porque el viejo murió sin ver la llegada gradual de los blancos adinerados y de las compañías bananeras que succionaron la tierra restante. Ni vio los acaparadores, que llegaron calladamente y sin que el lodo los manchara, que llegaron invulnerables a la naturaleza cómplice, que además les dio la astucia suficiente para redactar en español documentos legales que sólo ellos comprenden, pero capaces de impresionar al campesino.

Así los años hasta sumar veintitrés. Años que le abrían su huella.

Años que se abrían como una queja inútil pero enorme. Cruzó la cerca, odiándose con la violencia del sol llanero. Frente a sus ojos entorpecidos por el sol, descubrió las facciones redondeadas de Guillermo Brown.

—¿Qué pasa, Guillermo?

—Venga, Pastor, Lorena... es Lorena...

—¿Qué le pasa a Lorena?

—Venga, hombre...

Lo vio dar vuelta y empezar a alejarse. Sus pies trituraban la fragancia de la hierba; sus pies intrépidos; su cabeza inclinada bajo la sonrisa del sol.

—Por Dios, Guillermo, ¿qué pasa?...

—Cho: ustedes los pastores son los menos pacientes.

—Pero por Dios y por —quería decir, "por la perra cochina que una tarde dio a luz el puerco que le estaba hablando", pero un pastor no debe decir tales cosas.

Guillermo no le había oído. Ni parecía dispuesto a oír. A él le encargaron un trabajo bien específico: vaya a la finca y llame al pastor. Dígale que su esposa Lorena está enferma. A lo mejor él no tenía ni la menor idea de la causa de tal enfermedad, ni estaba consciente de los síntomas. En todo caso cumplía su deber, secamente, con sabor a cáscara de maní entre los labios.

Era la suya la misma actitud de millones de seres. Su humanidad estaba limitada por la mecanización de sus actos. El proceso evolutivo se había detenido inesperadamente por la estratificación absurda e irracional de un mundo desviado por una ilusión: la de creer que un grupo es superior por el simple hecho de ser más poderoso. Absurdo que primero redujo razas a la condición de sub-humanas y luego, como producto lógico de su propia evolución, produjo un Hitler y después el apartheid. La separación definitiva de las razas justificada por la teología y la ciencia. Absurdo que, ahora, había definido a unos dueños de la tierra y a otros como parásitos. Y todavía más doloroso se le presentaba a Charles el absurdo de su propia raza. Porque en última instancia, la condenada necesidad de los negros era, a su modo de ver las cosas, el mayor obstáculo para su progreso. Porque eso de que

"los oprimen" es sólo una parte del asunto: era cierto también que el negro se oprimía solo.

Claro que Charles reconocía que hubo años de esclavitud. Sumando esos años trabajados por tantos antes que él, más los años trabajados por Pete, y además sus propios veinte años de lucha. Y este negro llega y sin tomar en cuenta eso le decía que su mujer está enferma y se negaba a decir ni una palabra más. "Que el fuego lo abrase, con todos los diablos."

Tal vez Guillermo se dio cuenta de la callada indignación de Charles. Tal vez intuyó la violencia con que el pastor lo condenaba. De pronto se volvió hacia él, y le dijo que nada sabía del asunto. "Ruth me dijo: vaya avísele a Charles que Lorena está enferma. No me dijo nada más. Y yo he venido a hacer eso: a avisarle. Y eso es todo."

Charles se acordó en esos momentos de un hecho que habría pasado desapercibido en otras circunstancias. Momentos antes de oír las llamadas de Guillermo, había oído un pitazo y un tren frenando súbitamente. Le asaltó el recuerdo de otra tarde: el tren aproximándose peligrosamente a la niña de mirada petulante que cruzaba la vía férrea; el frenazo y el pito desesperado, el intento de huir en medio del pánico; la máquina impotente ante el empuje de cuarenta vagones de banano; ya vencida, la vio caer fuera de la vía, su vida extendida milagrosamente, su pierna triturada para siempre.

—Condenación, Guillermo: ¡lo que quisiera saber es si la agarró el tren!

Pero antes de que Brown respondiera estaba convencido de la torpeza de su pregunta. Porque si el tren la hubiese atropellado, Brown habría tardado más para venir a avisarle.

—No me conteste, Guillermo, ya me dijo que cayó enferma.

—Cayó enferma y Ruth me dijo que viniera a avisarle. Eso es todo.

Reprimiendo el deseo de agredir a Brown, cruzó el cacaotal en silencio. Vencieron la orilla del arroyo, las cristalinas burbujas del torrente, y subieron todavía callados,

por la empinada cuesta. El hecho mismo de ganar la plaza para penetrar en el patio de la casa fue parte de una prolongada y lúgubre ceremonia. La vida de los negros está impregnada de ceremonias.

Vista desde atrás, la casa de los McForbes era tan pintoresca como por delante. El barro de la pasada llena cubría aún la plaza, con su olor a rancio; plantas hasta entonces desconocidas en los llanos, los restos del indestructible Chirripó renaciendo en contextos nuevos.

Un árbol de limón adornaba un extremo de la casa. A su lado, un gigantesco árbol de nombre desconocido, donde una vez hacía muchos años, mientras jugaban cricket, Cliffton —el padre de Cliff Duke, su vecino actual— sepultó una pelota en algún lugar del tallo; la cerca (al cruzarla escuchó un distante disparo de balaú); más allá unos arbustos de yuca, símbolo de la inquebrantable voluntad de los habitantes del pueblo.

Porque había que tener una voluntad inquebrantable o una terquedad congénita, para resistir. O acaso una cualidad inherente a la cultura del grupo humano que después de cada llena, empezaba la reconstrucción año tras año, lustro tras lustro. No era fácil cultivar la tierra con ahínco durante ocho meses y ver el trabajo destruido un mes antes de la cosecha por el paso brutal de un torrente que, rebelde como la naturaleza del llano, se negaba a definir su curso. Hoy el río cruzaba la finca de enfrente. El año próximo podrá pasar en cualquier parte, a lo mejor debajo de la casa de uno de los habitantes de Estrada. Sólo la terquedad campesina, el arraigo desesperado a la tierra, les hacía quedarse aguantando, mientras atribuían a la justicia de Dios la injusta retribución a su labor.

Pero Charles se estaba obstinando. Total, haber estudiado en el colegio, haber recibido cursos de teología, haber hecho una de las mejores fincas del pueblo, todo esto de nada le servía ahora. La deshumanizante rutina diaria era la misma de siempre. Pucha carajo, la misma de siempre.

Una escalinata se alzaba hacia el corredor. La casa colgaba su vestidura de madera sobre esbeltos polines. Dejó caer las herramientas en el patio y sin prestar

atención al perro, que como todas las tardes se abalanzó hacia él para expresar a su manera la alegría de verle, y sacudiendo con su peso la casa, trepó grada a grada, como si temiese levantar el pie, como si de tal modo de andar dependiese incluso su sentido del equilibrio; grada a grada hasta el corredor, donde se aglomeraban unas doce personas en desordenada tertulia. Con furia en los ojos —Brown tenía la cualidad de enojarle siempre— cruzó la pequeña sala en medio de la cual burbujeaban miradas compasivas y de burla; jadeante, tenso, se dirigió despacio al lecho de su mujer...

Ruth, una vieja amiga, le miró sin conmoverse. Sus ojos achinados, añejos en la angustiante calma que de repente entró con Charles.

Vio entre la penumbra los dedos hábiles de Ruth frotando las sienes de la enferma con aceite y alcanfor. Otra señora, cuya identidad no le preocupaba en esos terribles instantes, le untaba ruda en las muñecas. Terribles instantes, porque para él eran terribles. Su mirada fue bajando por el pecho de Ruth, por su vestido desteñido y oloroso a remedios; bajó hasta el suelo y allí se sostuvo sin enfoque preciso; después, el cansancio le hizo subir la mirada por las frías patas del catre, y el frío penetró en sus ojos —y vio la cara pálida de Lorena— “Lorena, qué pasó... Lorena, Lorena... Ruth, por Dios, ¿qué pasó?” Su esposa estaba allí, tendida, indefensa e indiferente al paso veloz del tiempo.

El silencio se había vuelto una cosa concreta, medible. Pasó su mirada de ojo a ojo, descubriendo en ellos un acallado temor en cada uno. Era como si un suceso traumatizante —la resurrección de Lázaro— los hubiera marcado desde siempre hacia la eternidad. Al fin, Ruth habló.

—Lorena le estaba dando vueltas al cacao. Usted sabe lo que es eso. Hay que estarle dando vueltas al cacao en el día...

—Ruth, ¡Jesucristo, hombre! Quiero saber qué pasó.

—Déjala entonces —intervino la otra persona—, ¡dale chance!

—Chance mierda —exclamó Charles—. Quiero saber qué pasó.

Alguien dejó escapar el nombre de Jesús. Tal palabra era inconcebible en la boca de un pastor. Charles sintió que la sangre le hervía. Porque durante tantos años había estado laborando la tierra para que ahora en un momento dado, cuando la angustia le cortaba la respiración, le venían a explicar que hay que darle vueltas al cacao para que se seque. Era más de lo que un hombre normal —aunque fuese pastor— siempre que sea normal pudiese tolerar. Demasiado. Sí, hay que sopesar bien la resistencia de un hombre como Charles enfrentado a la situación de su ser querido. Y para peores penas lo dijeron. La voz fue lo suficientemente fuerte para que él oyera, pero no para que él pudiese distinguirla entre las demás.

“Un pastor diciendo eso.” Una pugna de imágenes desató una cadena de sucesivas reacciones en él. Hielo hirviendo en el cielo, viento y sequía. Y por eso las odiaba. Odiaba a todas ellas, a todos los desgraciados condenados negros del mundo, y maldecía, maldecía a todos.

—Pero Charles, ni siquiera tiene compasión de esta pobre mujer que se está muriendo. Es un desconsiderado. Debería recordar el cargo que ocupa en la Iglesia, los años de estudio en el colegio; no tiene temor de Dios.

Temor de Dios. De veras. Eso era exactamente lo que les faltaba. Porque había que ser cruel para dejar a un hombre jadeando así, ahogándose de desesperación, sin decirle lo que le acontecía a su mujer. Sin explicarle cuál suceso terrible la postró sobre la cama, lanzándola al trance.

—Ruth, por favor —suplicó—, por favor.

La ira se había convertido en una larga súplica. Los ojos desorbitados, las manos temblorosas, Charles hervía en la intensidad total. Se levantó para encararlos: ¿por qué no se van de aquí?

—Es que no podemos contar lo que hemos visto. Charles —el afligido marido iba gradualmente tomando conciencia de los muchos ojos que lo observaban, Eran las señoras del vecindario, muchas de ellas miembros de su

propia congregación. Su grey entonces, y a ellas estaba llamado a servir.

—Bien. ¿Por qué no pueden contar lo que han visto?

—Tenemos que esperar veinticuatro horas...

—¿Ya entonces para qué? Lorena estará enterrada ya. ¿Ya entonces para qué?

Ruth se puso pálida. Vio el esfuerzo que Charles hacía por controlarse, un esfuerzo consciente, violento. Ruth se volvió hacia las otras mujeres con la autoridad que dan la alcurnia y los años. Sus ojos ligeramente cerrados, sus labios ligeramente partidos. No dijo nada. Ni siguiera alteró el peso de sus labios. El silencio se fue acomodando en la casa, apoderándose de las cabezas crespas; las mujeres quedaron absortas en su mirada, presas, lívidas.

—He sido amiga de Lorena por muchos años —dijo cuando el silencio ya era total—. Y poco me importa lo que me puede pasar. Yo... yo voy a contarle a Charles lo que pasó. No se preocupen ustedes.

—Pues... en ese caso, dejémosla: ella debe saber lo que hace.

Era una abierta insinuación. Ruth era hija de un obeahman.⁽¹⁾ Los vecinos estaban convencidos de su sabiduría y esa convicción poco a poco, elevó a Ruth a un lugar de privilegio en la comunidad, como consejera y amiga de casi todas las mujeres del pueblo. Ahora, ella dijo que hablaría y eso causaba admiración de las demás. Aparte de Ruth, nadie más se hubiese atrevido a contar lo visto, en ese momento.

—Usted sabe que hay que darle vueltas al cacao varias veces al día, y eso es lo que Lorena estaba haciendo —dijo Ruth mirando a Charles.

El dejó de mirarla para concentrarse en el rostro pálido de su mujer. Tragaba sucesivos nudos que se le iban formando en la garganta, y escuchó el lento relato, con la misma actitud heroica y decidida. Y supo una vez más que

(1) Obeah: palabra derivada del Ashanti que significa poder. Obeahman: hombre de poder, capaz de utilizar los poderes misteriosos del cosmos para bien o para mal.

el cacao necesitaba sol, y había que estar pendiente de él en esa época del año porque durante esa época del año llueve mucho. Y Lorena debió haberse venido hacia dentro a quitar la carne, porque cuando las vecinas llegaron, la carne aún estaba puesta. "Y mire usted..."

—Y ¿mire usted qué? —se le escapó la frase y era ya demasiado tarde. Una vez articulada y dicha, la presencia del silencio rodaba vencida.

Desde la cocina llegaban las interminables vibraciones de los votos del contrario. Sonido sin límite, tirano y cruel como las plagas de Moisés. En esos ecos, otras esperanzas se le cicatrizaban. Era demasiado. Pidió a una de las presentes que fuese a la cocina y echase el radio al piso. Ella fue y le dio vuelta a la perilla.

—Ruth, condenada sea, mujer (y eso tampoco era digno de un pastor, pero quedaba dicho). Vengo a ver a Lorena porque usted me mandó a llamar. Brown me dijo sencillamente —Dios, cómo odiaba las condenadas costumbres de los negros— que Lorena estaba enferma, y no me dio ninguna explicación. Está en el catre, abobada y con una cara de pánico tremendo, y usted me dice que estaba dándole vueltas al cacao y que hay que darle vueltas al cacao y otras tonterías de esas. Y nadie me dice lo que le pasa a Lorena.

—Lorena fue atacada por un dopí.

—¿Por un dopí? —De pronto el silencio volvió a crecer, agigantándose.

—Un espectro blanco.

—Pero...

—Y cayó como enloquecida, echando una espumita blanca por la boca. Cuando llegamos la encontramos tiesa...

—¿Tiesa?

—Si. Sólo la boca se le movía y eso para maldecir como una perra.

Encima de la cama de Lorena, el retrato de Pete McForbes, padre de Charles, parecía implorar un eterno Padre Nuestro.

El afligido marido tardó un cuarto de hora o quizá más, para empezar a entender lo que Ruth le había dicho. Las vecinas se iban retirando una por una. Era duro aceptar una explicación tan mágica después de tantos estudios. Aunque, a la verdad, no eran ni tantos. Pero había frente a él una realidad concreta: Lorena tendida en el catre en una especie de trance y respirando apenas. Y eso era lo concreto.

Pero la explicación era abstracta. Una respuesta mágica a un hecho real. A falta de mejores explicaciones había que aceptar esa. Sí, eso fue lo que pasó, eso fue. Todas estaban de acuerdo en cuanto al fantasma, aunque solo Ruth por ser hija de un obeahman pudo distinguir el color. Un fantasma blanco, descarado. Porque había que ser descarado para cometer tal fechoría en presencia de tanta gente y a plena luz del sol. Usó la puerta de enfrente para salir, como lo hubiese hecho cualquier viviente a medianoche, y luego, caminando por la vía férrea, se fue perdiendo en la nada. "Pero entonces oí a Lorena maldiciendo y me dije: eso no es normal." El rostro de Ruth lleno de esas arrugas que los años dejan a su paso para ocultar la biografía en un velo de misterio; sus ojos, sus labios, vacilantes a ratos y seguros otro tanto, como si hubiese definido alguna vez cuáles eran las cosas en las que ella lo cifraba todo. Su credo vital. Su última instancia. Dije: "eso no es normal, porque Lorena con costos dice "feo". En eso salieron otras vecinas y vimos el espectro, y todas nos mirábamos y no decíamos nada. Pero después, cuando oí que no paraban las maldiciones de Lorena, tuve que agarrar valor para venir a ver qué era el asunto porque no la iba a dejar así. Nunca me santigüé tantas veces juntas. Las otras me siguieron, como sobre y estampilla."

La súbita presencia de Clarita de Duke, interrumpió el relato. Era una vecina de los McForbes, enfermera. El llanto de las mujeres de pronto empezó a crecer hasta hacerse totalmente audible. Ella las miró con rabia, acaso negándoles todo el derecho a creer en lo que para ellas eran valores lógicos y normales. El entendía muy bien su actitud: tal fue la suya al entrar en contacto con la ciencia.

Pero luego las aguas volvieron a su cauce: no para sumirse en el mundo mágico de sus padres; antes para entenderlo. Pero para Clarita no existían tales concesiones. Lo habían discutido varias veces. De una sola mirada les arrebató la base de su cosmogonía; desafiante, autoritaria. El llanto se fue cuajando en muda protesta.

En los ojos de las vecinas era posible leer su repudio hacia la intrusa: era una actitud de rebeldía ante la personalidad deslumbradora de doña Clarita. Un desafío más allá de su propio control. Porque ni la labor constante de los obeahman, ni la hostilidad de la mayoría, habían logrado penetrar en ella, convertirla en una más del grupo, arrebatarle su estúpida arrogancia.

De momento parecía que doña Clarita saldría triunfante, y que iba a ser más fácil de lo que pensó Charles obviar el problema. Porque eran dos mundos irreconciliables, cada uno con su propia lógica. Pero alguien empezó a afirmar que Lorena se iba a morir, que ya no tenía salvación, y que en vez de inyecciones necesitaba un obeahman. La sentencia mortal corrió de labio a labio, dándole vueltas a la cama, creando el necesario ambiente de fatalismo para cumplir su meta, desafiando a Charles, que de pronto se sintió al lado de la foránea, partícipe de su cultura extraña, su actitud pretenciosa, tan nongrata como ella, que nada tenía que venir a hacer al pueblo.

Charles tuvo conciencia de la autodefensa de las mujeres. Una defensa desesperada e irracional. Por eso se puso al lado de la señora de Duke, delante de cuyos ojos además, la sentencia mortal huía, devolviéndole la fe. Ella se movía con una seguridad absoluta. Se inclinó levemente sobre la enferma, destapó la jeringa que traía envuelta en un pañal blanco, mientras Ruth luchaba por dejar la nalga de Lorena accesible. Clarita continuaba mirando de cuando en cuando a las demás; perforó confiadamente las carnes de la paciente y sin perder ni un instante el ritmo con que entrara a la sala, apretó a Charles en el hombro. "Confianza, viejo. Hay que ser fuerte."

El no pudo evitar la sensación de nostalgia que le produjo su partida. Habría querido detenerla, para beber

de su serenidad.

—Pobre Lorena —dijo una de las ya escasas presentes—, tan joven y se nos va a morir.

—No diga eso, Mary —protestó Charles sin convicción. Luego se acordó de la ejemplar serenidad de Clarita de Duke, el ritmo que le infundía a la vida toda, y repitió la frase con mayor firmeza.

—No trate de engañarme, yo lo sé muy bien. Pobrecita. Es la única amiga que tengo y se me va a morir. Pobre Lorena . . .

—Cállese la condenada boca —gritó Charles. Estaba fuera de sí. Se levantó violentamente y fue en dirección a la cocina. Se detuvo en el umbral, arrepentido, porque no era una buena cosa para que la dijera un pastor. Consciente del hecho de que lo observaban, hizo un esfuerzo enorme para calmar los nervios. ¿Qué le estaba pasando? De pronto se había vuelto impaciente, histérico. Miró a Mary, tratando de comunicar con sus ojos aquello que por ser tan íntimo, los labios no se atrevían a pronunciar.

—Mary . . . ¿hay café?

—Sí, Mr. Charles. ¿Quiere?

—Dos tazas, por favor. Y que me dejen solo con Ruth. Sepultando las manos en los bolsillos, se dejó caer sobre la silla. Su suspiro largo, reflejaba una cansada amargura.

—¿A qué horas sucedió esto así? —Tenía grabada aún la imagen de la distante tarde, con toda su fuerza dramática. Lorena haciéndole señas desde una piedra en medio del río. El sonriendo, negándose a unírsele. El momento se fue dilatando entre broma y broma hasta que perdiendo el equilibrio, ella cayó al agua.

—No puedo ir a casa así, papá me mata. Busque a Ruth y dígale que vaya a casa y me saque un vestido.

Charles miró a Ruth, pálida, tensa, velando fielmente el lecho de la enferma. Era esa misma Ruth que él buscó la tarde aquella, para que juntos evadiesen la mirada vigilante del celoso obehman. Sin el pelo negrísimo de antaño, sin la palabra floreada, pero con la misma mirada chispeante de siempre. Ruth, Ruth Viales. Hija de un colega de su

suegro, e inseparable amiga de la casa durante todos estos años. No concebía a la una sin la otra. Porque si a Lorena la descubrió en su propia casa, cuando fue aquella tarde en busca de los servicios de Mr. Sam, a Ruth la asoció con ella desde el principio, porque desde el principio hablaron de ella.

Tardaron más de una hora para escamotear el vestido, plancharlo y llevárselo a Lorena. Ella los acusó de haber estado cortejándose y pelearon. Fue una disputa violenta, recia como las lluvias de noviembre. Una semana después tuvieron una segunda pelea por el mismo motivo y Lorena juró no hablarles nunca más. Y fue fiel a su promesa durante tres semanas. Pero un día se apareció en la casa de los McForbes, y le dijo a Pete que estaba embarazada y que Charles era el responsable. El viejo Pete nunca había visto tanto descaro y no supo qué hacer. Llamó a Ruth para preguntarle sobre supuestas relaciones entre Charles y Lorena. Ruth defendió a Charles como un caballero, incapaz de un acto irresponsable. Pete citó de nuevo a Ruth otra tarde, y en presencia de Charles y Lorena invitó a ésta a decir lo que había sucedido entre ella y Charles. Pero Lorena se echó a reír maliciosamente.

El viejo amenazó con hablar con Mr. Sam.

—Está bien, no pasó nada porque yo me opuse. Pero Charles ha estado jugando conmigo. Y de todos modos, papá no tendría que saber que su hijo ha estado jugando conmigo. Es su hijo, señor, y es usted el que debe hacer algo. ¿No le parece una falta de respeto que no se conformen con hacerle daño a la hija, sino que quieran herir también al papá?

Pete echó a Ruth y a Charles de la casa, y le dio media docena de fajazos a Lorena.

Mr. Sam llegó furioso una hora después a reclamarle a Pete su atrevimiento y por poco se van a las manos. Sólo la presencia de Charles y de Ruth obligó al diálogo. Pero el viejo Mr. Sam le dio un manotazo a Charles, para vengarse de la acción de Pete.

El viejo McForbes comentaría después que jamás había visto a una niña tan malcriada y sobre esa base se

opuso al noviazgo.

Mary trajo el café.

—Ruth —dijo Charles—, estaré afuera en la hamaca. Para cualquier cosa, llámeme.

Ya la noche abría paso hacia el barrio. Estrada se consumía en la intensa luz de la luna. Carraspeando a intervalos, Charles dejó que sus ojos volaran hacia la hondura. Era mala la suerte que le había tocado. Porque de haber tenido suerte, estaría a la hora de la tragedia, y así habría podido sacar sus propias conclusiones.

Levantó los ojos a tiempo para ver a un caballo cruzando la línea del tren, con dos jinetes a cuestas. Uno de ellos tenía la cara vuelta hacia la cola del animal.

Había algo de absurdo en la escena. Tal vez era influencia del pensamiento mágico de las vecinas. En todo caso, acababa de tener una experiencia absurda. ¿Experiencia real o imaginaria? No estaba en capacidad de definirlo en esos instantes. Pero de lo que sí estaba absolutamente convencido, era de haber visto o imaginado que un par de jinetes cabalgaban sobre el mismo caballo. Certeza total que no aseguraba nada.

Quitó los ojos y regresó a sus cavilaciones. Era difícil para cualquier marido que ame a su esposa, verla muriéndose y no poder hacer nada por ella. Verla extendida, vencida en una cama, y no poder sino lamentarse; acaso llorar de rabia y de impotencia. La sensación de congoja que lo asaltó acrecentaba su soledad.

Pensó ligeramente en Ruth, planteándose la posibilidad de que ella realmente compartiese su dolor. Pero tal pensamiento siguió su curso sin dejar huella. La noche era tenue en cierta manera. Alzó la vista para mirar de nuevo a los dos jinetes que aún cruzaban la vía férrea. El caballo se daba prisa sin moverse de sitio. El miedo corrió por los conductos previstos por la Naturaleza, y Charles recordó la cara maltratada de su padre Pete, sus ojos perfumados por la densa secuencia del amanecer. Lo recordó una mañana cualquiera, mientras junto a la sábana. le imploraba a Dios que recibiese en su seno a quien había sido chancero y hablador, y más que hablador, farsante. "Véame, hijo:

cuando me haya muerto y esté en peligro, haga esta señal: la de la logia."

Los jinetes seguían cruzando la vía. Charles hizo la señal convenida y los perros comenzaron a ladrar. Segundos después, apareció el viejo Pete, huyendo de los furiosos canes. Al llegar frente a la casa de su hijo, se detuvo, para repetir la clave solemnemente. Entonces Charles vio a la par de su viejo a Jakel Duke, el abuelo de Clif su vecino.

Una especie de ternura cruzó por su conciencia al verlos. Fueron siempre amigos inseparables. Charles recordaba a Jakel llegando a su casa, su mirada inteligente, su baja estatura, sus manos callosas y un libro bajo el brazo.

—Hola, Pete ...

—Bueno, la brisa sopla para acá ...

—Ninguna brisa: vine porque quería discutir un capítulo de este libro.

—A ver qué porquería trae ahora.

—¿Porquería? Debe de estar bromeando. Se trata nada menos que de ...

Podía ser cualquier libro de historia o de religión. O acaso una revista noticiera.

Y los dos se sumergían en la lectura, enviando a Charles y a Clif por una cuarta de ron. Y gastaban el resto de la tarde discutiendo en tanto hacían rendir el licor. Eran grandes viejos —pensó—. Grandes como su propia historia.

La grandeza se explicaba, por una parte, porque Jakel descendía de algún rey ashanti. Y Pete tenía abuelos escoceses. Era el orgullo de la familia, y eso enfurecía a Jakel, quien por el contrario se ufanaba de su pureza africana.

Entretanto, los habitantes del pueblo, inquietos, maldecían a todas las generaciones de demonios y de canes habidos. Al día siguiente contaría cada cual su propia versión, y el clamor de los canes habría llegado a los pueblos vecinos. Muchas dirán: el espectro volvió por Lorena pero los perros lo ahuyentaron. Eso debe ser cosa de Ruth.

—Maldito Bowman —dijo Charles, cuando vio desvanecerse a los jinetes—. Me corto la oreja que esto es cosa de Bowman.

Entró en la casa para ver cómo seguía Lorena. La encontró relativamente tranquila, y resolvió ir a casa de los Duke para conversar con doña Clarita.

Ella lo recibió en la puerta, su voz amable como siempre, su sonrisa simpática, sus palabras reposadas, cargando una dureza y una ternura simultáneas. Era la actitud normal en las personas de hondas convicciones.

—Charles. Pasá, estás en tu casa.

—Gracias.

—Clif está ocupado.

—Quiero hablar contigo.

—Ah, en ese caso te sirvo un traguito.

—Sí, por favor, buena falta me hace. Pero por Dios, no muy fuerte.

—Sí, ya lo sé, complejos de pastor.

El quería saber la opinión de alguien como ella, que hacía milagros curando a los habitantes del pueblo. Alguien que era habitante del pueblo, pero no estaba aún integrada a la comunidad porque se rebelada contra los valores comunes a los demás. Desearía eso: oír de tales labios alguna concesión, algún punto de apoyo para pasar del mundo de sus padres al único que había conocido hasta que fue al colegio, el mundo de los Duke. Mundo que por lo demás parecía estar en lucha total con el de Lorena y de Ruth.

Porque era duro pensar que las mil leyendas de yampí no tuviesen ni una partícula digna de salvación. Una partícula por lo menos, para construir a partir de allí. Pero Clarita de Duke era un muro infranqueable. Un silencio definitivo.

Buscó un papel y una pluma de fuente y escribiendo en él unas palabras se lo dio a Charles.

—Lorena necesita un especialista —dijo—. Este es muy buen médico.

Charles leyó el nombre. Le pareció un tanto absurda la actitud de doña Clarita, porque todo eso habría estado bien si la causa de la enfermedad de Lorena fuese física. Ante algo natural, la medicina corriente. Pero la dolencia de Lorena no era física, aunque las consecuencias lo fuesen. Porque era necesario recordar las cosas tal como sucedie-

ron: fue atacada por un espíritu maligno. Y caída en el suelo, gritando y ahogándose, la dejó el espectro blanco, quien además con descaro no común, usó la puerta de adelante para irse.

No obstante todo eso, Charles tenía la firme convicción de que no fue ni la ruda ni ninguna de las yerbas con que la frotaron, lo que salvó a Lorena de morir allí mismo, sin siquiera despedirse de él, sino las inyecciones puestas por doña Clarita. Regresó a su casa con el sabor de la visita en la punta de la lengua. Clavada en la nuca traía la cruel serenidad de la señora de Duke. Se puso los zapatos viejos y meciéndose en la hamaca, sus ojos se fueron cerrando.

Clarita de Duke no había querido responder. No explicó la existencia de los polvos en el florero, la revelación de Pete, los comentarios de Nabe. Se negó a explicar nada. El sueño acabó con sus cavilaciones.

La noche veinticuatro a las veinticuatro horas, vio sobre la pared el número veinticuatro y a su padre a un lado.

—Vengo de Panamá —le dijo— y traigo el número. Júguelo con ganas.

Charles se despertó a esa hora y después de prender la lámpara estuvo mirando el sueño tranquilo de Lorena durante el resto de la noche. Eran los tiempos de oro.

A las cuatro de la mañana se le ocurrió apuntar el número y regresar al sueño, pero ya era la hora de levantarse.

A las siete estuvo en casa de Gleda Brant. Allí compró ochenta pedazos. Luego pudo reunir ciento noventa pedazos entre Rupert y Granados. La emisora panameña le anunció el premio. Charles ganó tres mil cuatrocientos veinte colones.

Todo el pueblo lo supo. El hecho molestó bastante a Cristian Bowman. Por eso, a la semana siguiente empezó a jugar doscientos cincuenta colones semanales.

Hubo de jugar dieciocho meses el número diecinueve, antes de disfrutar de la satisfacción de haber ganado más que su rival. Su júbilo hizo innecesaria toda participación

de los correveidiles del pueblo; él mismo divulgó su resonante triunfo.

Los únicos del pueblo que no parecían haberse impresionado con la hazaña de Bowman eran los Duke. Charles recordaría siempre el comentario inusitado de Clif: mirá, Charles, la gente es idiota. Enriquecen a las Bancas. Los verdaderos ganadores son ellos. No ves que ganan sin invertir nada. Y ni siquiera salen a vender.

Charles ardía en deseos de explicarle a Clif, que él no era como los otros. Que si bien había ganado con el número veinticuatro, la situación era muy distinta, pues Pete vino de Panamá y le trajo el número. Sólo que entre ambos no había comunicación posible. Clif ya no era el niño que él conoció junto al río. La amistad subsistía ciertamente, pero la comprensión había muerto.

Y era una cosa trágica que el hombre, en última instancia, estaba solo. Recordaba las horas de aventura junto a Clif. Los días en que iban de caza, tras la vida de alguna ardilla o de una avecilla. La víctima posándose en lo alto de algún guayabo, afirmando su derecho a la vida. Iguanas; garrobos cansados del salto; tensar los hules, ver la piedra abriendo camino fatal en el aire espeso de la tarde, y la vida escapándose sin remordimiento.

Y compartían esa alegría, es cierto, como si les fuera absolutamente necesario afirmar su señorío sobre los demás animales. Pero después quedaba el silencio empañando al bosquecillo. El aire tiznado de violencia, el sol, la lluvia y la agonía del sudor.

Poza Azul. Alarde de habilidades; la fisonomía de su negra desnudez en el agua, el regocijo, la frescura; su todavía indisputada presencia en el llano. Pero después cada quien iba por su propio camino. Porque en última instancia, todo hombre está solo frente a la Fuente de su Existencia. Durante sus años de estudiante anduvieron juntos también. Una noche en el Springfield hallaron un par de negritas, cuyo recuerdo quedaría siempre como tema de conversación. Como algo que podían compartir. Recordar la melancolía de la música honda que les arrastraba sobre el piso; tara sutil que les devolvía aún por unos instantes el calor

de su humanidad. Porque cuando una pareja baila en el Springfield, está recreando su existencia.

La estaba besando y ella sonrió jovialmente. Fue entonces cuando sintió una enorme ilusión de unidad y creía compartirlo todo. Pero en la misma sonrisa estaba la semilla de su trágica situación de humanos, limitados desde que cada quien es una individualidad. Y se descubrió solo, como el destino último del hombre.

Pero ahora, le asaltaban los recuerdos de infancia, la comunión con Clif, la mutua comprensión que parecía haber salvado sus límites humanos.

No, no había nada que hacer con los Duke. El sueño se alejó bien pronto, devolviéndole a la realidad. Se levantó de la hamaca y fue en busca de su familia: la una esposa, la otra sombra de su esposa, las dos amables y serviciales, las dos preocupadas por él.

—Ruth, deberías dormirte un poco.

—¿Dormir?

—Sí. Dormir, aunque sea un poco.

—Cómo se te ocurre. ¿No sabés que Lorena es como mi hermana, como una hermana menor para mí?

—Deberías dormir de todos modos.

—No podría. Te hice sopa. Tomate un poco.

—Gracias. Pero deberías recostarte un poco en el diván.

—Dame chance, Charles, dame chance.

Charles probó la sopa. Era el sabor característico de las comidas de Ruth, no tan buenas como las de Lorena, pero había que conocer muy bien a ambas para reconocer la diferencia.

—Está buena —dijo, y ella sonrió con tristeza.

—Voy a tomarme un poco antes de que empecés de nuevo.

La noche seguía pasando silenciosamente. Silenciosamente, salvo por el sonido terco de los cubiertos sobre los platos de loza. De pronto sin que ninguno lo esperase, Lorena llamó a Charles.

—Lorena... —la sopa detenida a media garganta—,
Lorena...

—Charles, ¿dónde estás?

—Aquí... aquí estoy...

—Charles. Dice Pete que hay un polvito blanco debajo del florero grande. ¿Oíste? Debajo del florero grande...

—Sí... debajo...

—Untate limón en las manos y sacá el polvito ahora mismo. Tenés que hacerlo ahora mismo.

—Sí, sí, voy enseguida. ¿Cómo te sentís?

—Charles, hacelo ahora mismo...

—Sí, ya voy —terca como siempre lo fue—. Ya voy. Pero decime cómo te sentís.

Pero Lorena dormía ya, de nuevo fuera de su alcance.

El abrió camino hacia la cocina, entre el condensado aire de la casa. Estaba temblando. No era fácil decidirse a llevar a cabo la orden, porque si hubiese un paquetito de polvo blanco debajo del florero, y si además su esposa no lo había puesto... Y si no hubiese ningún paquetito... Si encontraba los polvos —pensó— era para llamar a la señora de Duke. Si no los hallaba, era para esconderse de ella. En fin.

Buscó un limón y, partiéndolo, untó el jugo en la palma de la mano derecha y en las plantas de los pies. Luego se dirigió, despacio, tenso, sudando frío, a la ventana. Era un momento terrible. De pronto se le juntaron sus veintitrés años —incluyendo los de estudio en el colegio y los de teología— concentrándose pasado y presente en ese momento. Levantó la maceta grande, y arrojó los polvos por la ventana.

Estuvo pensando después en la conveniencia de haber llamado a la señora de Duke. Pero realmente estaban allí esos polvos, y solamente él los había visto. Sus años de colegio le dijeron que era sugestión, fuerte sugestión mental. Por lo menos —pensó— debí llamar a Ruth. Pero ella también estaría sufriendo del mismo mal. Su diagnóstico por tanto, no habría servido de mucho. ¿Poder oculto? Esa misma tarde él había visto un par de jinetes cruzando la vía. No olvidará nunca la clave de la logia, la

repentina aparición de un ser etéreo parecido a su padre, la persecución de los perros, la posterior aparición de otro ser semejante a Jakel Duke. Pero tenía también un papel, con la dirección de un especialista en San José, escrita por la mujer más educada del pueblo.

A pesar de su consternación pudo dormir un poco. Entonces conversó con Pete, su padre, y con Jakel, su antiguo vecino. Ambos le explicaron que con la asistencia de un médico Lorena podría prolongar la vida un poco, pero que el daño estaba hecho ya y era tarde. Un hongo en su estómago era la causa de su mal. Y Bowman era el responsable.

Charles despertó sudando. Lorena seguía profundamente dormida, indiferente a la congoja de la fiel Ruth que, a intervalos, dormitaba sobre el respaldar de la cama.

Pasó como una hora sumido en una especie de sudor amargo. Y tal vez hubiese seguido indefinidamente así, si Lorena no lo hubiera llamado de nuevo.

Corrió a su lado.

—Charles, sáqueme de esta casa antes de que me maten.

—Sí, Lorena... sí... mañana...

—Charles, Bowman nos odia, usted lo sabe.

—Sí, pensé en eso.

—Vieron un espectro... él me atacó. Lo vieron. Acabo de soñar... soñar con tu papá. Dice que en la ventana hay unos polvitos blancos.

—Ya los saqué.

—Nabe fue la de eso...

—¿Nabe de Bowman?

—Debés untarte limón en las manos y sacar los polvos de allí.

—Ya los saqué.

—Están debajo del florero grande...

—Ya los saqué.

—Oh Charles, Charles...

El olor a limón llenó el cuarto. Ruth agarró las manos de Charles, con el terror en sus ojos. Charles sintió a lo largo de la espina dorsal un intenso cosquilleo.

III

AQUELLA tarde, Cristian Bowman los vio cruzar la plaza y aproximarse a la casa de los McForbes. No pudo resistir el indefinible impulso que se fue apoderando de él, mezcla de rabia y pesar. Sabor parco, como el de una amistosa traición. Sus ojos atormentados se clavaron en un punto de estiércol.

Pero los dejó pasar. Brown y McForbes continuaron su camino sin verlo. Cerrando los ojos un momento, contuvo la respiración. Levantó el balaú con lentitud, mientras a lo lejos, los hombres zigzagueaban entre los arbustos del potrero.

El arma tembló en sus manos. Tendida sobre una rama, una iguana midió los pasos de los dos hombres sobre las hojas, la cabeza levantada, los músculos tensos.

Bowman oyó la voz de Nabe instruyendo a sus hijos sobre los diez mandamientos. Los vio acercarse a la alambrada y agacharse. Apretó con ira el gatillo. La iguana se desplomó ya muerta sobre el suelo. Dibujó de paso en el aire tenso de la tarde, un rayo verdusco. Desde el sitio en que cayó se levantó un intenso frío, apoderándose del árbol.

Sólo Brown volvió a ver. Cruzaron la cerca, sus figuras reduciéndose paso a paso.

Frustrado, Cristian se dirigió a su propia casa.

Nabe lo aguardaba en el corredor. Sus ojos iluminados como siempre lo estaban en los momentos culminantes.

—¿Viste a Brown con el carajo ése?

—Sí. ¿Te das cuenta?

—Mandaron a llamar a Charles. Lo mandaron a él. Es que Lorena se enfermó.

—¿Cómo?

Nabe entró en la casa, seguida por su ansioso marido. Avido de noticias, Cristian repitió la pregunta.

—Un dopí la agarró mientras le daba vueltas al cacao.

—¿Qué? Pero, ¿así, en pleno día?

—En pleno día.

Caminó hacia el cuarto, y se tendió sobre la ancha cama.

—No jugués a inocente: te conozco muy bien.

Cristian dio dos vueltas alrededor del cuarto. Luego fue a la refrigeradora y trajo ron y dos copas.

—¡Perra! —dijo Nabe con satisfacción.

—¿Estás contenta?

—¡Perra!

Hacia lo lejos empezaron a acumularse los celajes.

—Cierre la ventana.

El, obediente, se levantó pensando en el tiempo largo que se había ido acumulando entre la última vez y ahora. Deseando, sin poder controlar sus impulsos, que Nabe al fin hubiese resuelto perdonarle por haberse tomado un trago más de la cuenta y quedarse dormido precisamente en la noche de su cumpleaños.

Cruzó el pequeño cuarto, la copa bailando entre sus dedos toscos. Calentó el vaso, aspirando el aire cargado de deseos reprimidos, de ilusiones frustradas, de días rotos. Apurando las últimas gotas, acumuló una tras otra las piezas, hasta que su cuerpo quedó totalmente asequible a las violentas caricias de su esposa. Y de pronto el día se hundió en gemidos.

El comienzo del ocaso lo sorprendió apurando su tercer trago. No era conveniente desmentir a Nabe, porque ella sabía muy bien el asunto de la violación de Lorena. Desde luego que no creyó que fuese violación sino descarada entrega, y por lo mismo odiaba a Lorena. Dijo que después de todo, Cristian era un hombre y por lo mismo, adecuado por la naturaleza para complacer a la parte femenina. Cristian estaba pues, con las manos amarradas. Era

necesario dejar a Nabe con sus propias conclusiones. Pero Dios era testigo de que él no era capaz de tanto.

Menos mal hacerle un daño al tal por cual de Charles, que ese sí no se merecía otra cosa. Porque Charles fue siempre un hipócrita profesional. Un tipo petulante que no creía en nada.

Entró a la cocina para servirse otro trago. Nabe dormía un largo sueño, lleno de suspiros. Su figura de carbón encendido en la luz que, desde los celajes, se filtraba por una rendija.

Se sirvió un trago doble. Pensó que el corredor sería más fresco. Dichosa Nabe que podía dormir ahora, cuando los acontecimientos habían tomado un giro inesperado.

El mundo era así. Unos reaccionaban durmiendo o llorando en los mejores momentos. Otros simplemente se echaban a reír. Pero él era de los que se preocupaban siempre. Porque el triunfo acaba con el objetivo. Y sin reto la vida viene a menos.

Esa tarde Nabe se entregó sin reservas. Como si convencida por su odio de la eficacia de su marido, quisiera premiarle. Había logrado su gran sueño: que Cristian odiara a Lorena. Adiarla hasta el punto de desear su muerte. Era demasiado logro.

Pero él por su parte estaba realmente preocupado por la suerte de Lorena. Se acomodó en una mecedora en el corredor de la casa. Vio a su enemigo salir a su propio corredor y colocarse en la hamaca. "El muy animal —pensó— para eso quiso a Lorena; para hacerla sufrir."

Escuchó los primeros anuncios de la noche en la voz apasionada de un yigüirro. Oyó a Nabe moverse en la cama, y sus pensamientos regresaron a las horas inmediatamente anteriores: los pasos ardientes, los dos hombres cruzando la plaza, el rayo verdusco de la iguana, su huella definitiva sobre la hierba; la gente aglomerada en la casa de los Mc Forbes; Nabe, la mano de Nabe en su nuca; el espectro que según su esposa había atacado a Lorena en pleno día; la satisfecha convicción de Nabe de que él era el responsable de la dolencia de su odiada rival.

—Nabe . . .

La oyó moverse de nuevo en la cama. Se levantó y fue hacia el cuarto.

—Nabe, ¡despierte!

—¿Qué pasó?

—Alístate ropa. Voy para Limón.

—Pero . . . ¡no me digás que te vas a acobardar ahora!

—¿Acobardarme? No, no es eso. Hay que dar el golpe definitivo ahora que Charles está sin defensa. Alístate ropa para agarrar el pachuco: tengo sólo quince minutos.

A las cinco llegó el tren "pachuco" como se esperaba. Buscó asiento hacia el lado de los McForbes, olvidándose por completo de Nabe y de su eterno adiós desde el corredor.

Desde la ventana del coche vio a Charles en la hamaca, su cabeza apenas levantada para ver pasar el largo desfile de coches.

El tren, tomando la recta, se extendió con entusiasmo por en medio de los cacaotales del llano. La esperanza de poder salvar a Lorena empezó a cobrar dimensiones gigantescas: porque él podía ser todo lo que la gente quisiera, pero no era capaz de causarle daño a Lorena. Una sola vez quiso por la fuerza hacerle un bien y resultó un daño. Ahora haría cualquier cosa para salvarla de lo que fuese su dolencia inesperada.

Acaso hubo algún error. Acaso en vez de agarrar a Charles, el espíritu enviado efectivamente hizo víctima a Lorena. O a lo mejor era sólo casualidad. Sólo había uno capaz de aclararlo: el obeahman. El hombre de poder. El tren llegó al puerto temprano. Las calles frescas por una reciente lluvia, conservaban de trecho en trecho pequeños pozos de agua que reflejaban la belleza de los celajes.

Su padre y su hermana vivían en Puerto Limón y su primer impulso fue llamarles. Luego pensó en desechar la idea de la entrevista con el obeahman, pero, algo más fuerte que él lo había decidido en definitiva.

Alzó el teléfono y marcó el número con cautela. La voz chillona de su hermana respondió en pésimo español. Charles le habló en inglés.

"Ah, sos vos. No vengás. Ni te asomés por aquí, muchacho, el viejo está que se pega un tiro. No, no seas loco." Luego fue agregando a sus protestas palabras soeces, insultantes.

—Papá dice que sos un vendefamilia. Un desgraciado. Es que nos has humillado en toda forma. Nos has defraudado, Cristian.

Por unos minutos él olvidó el golfo, la lucha íntima que pugnaba dentro de sí por definirle. El sonido oxidante de la voz de su hermana era todo. Puso el auricular, después de gritarle a la indignada muchacha, que él se los había advertido con tiempo.

—Mi hermana es histérica —dijo, y se preguntó enseguida si había empleado bien la palabra.

Fue a un bar cercano y pidió una cerveza. Lorena Sam, hermosa, guapa, los dos jugando en el potrero con la inocencia de los niños que pueden jugar. Los dos jugando, comiendo guayabas en la soledad del potrero, improvisando escenas que acaso habían conocido siempre; juegos extraídos de los genes, producto del juego de otros niños siglos antes de él; producto del nacimiento de otros hábitos adquiridos antes que él viese por primera vez el suave correr del arroyuelo. Lorena Sam, Cristian, los dos descubriendo junto a la Poza Azul las diferencias de su desnudez. Lorena Sam, los dos en la casa del obeahman, o en la casa de Ruth entre gritos, saltos y quejas de dolor cuando por descuido alguno golpeaba la nariz contra el catre.

"Sos un vendefamilia, un traidor. Papá tiene razón."

Salió del bar y caminó hasta la esquina. Entrando entre luces rojas a la especie de Night Club que había allí, pidió una "imperial". En la tenue neblina hervía desde una vieja rockola un bolero.

—¿Qué le servimos, señor?

—¿Cómo?

—¿Qué le servimos?

—Pedí una "imperial".

—Me la pidió a mí, —se rio escandalosamente un cliente—. ¡A mí!

—Siempre he dicho que vos tenés cara de cantinero —dijo un compañero de mesa y la risa opacó durante unos instantes la cadencia del bolero.

Sueños que hicieron callar las ansias con que había teñido sus días. Pero sin duda, en las sonrisas de Lorena, en sus ojos encendidos halló por primera y única vez el sentido de la ternura. Ternura que, madurando, engaña. Ternura que hace creer que el amor es una realidad duradera y no una simple ilusión mental. Sólo una tormenta pasajera que siente una mujer o un hombre en presencia de un ser que lo deslumbra. Como lo que él sentía por el carbón encendido de Nabe. Ternura era un nombre menos vago que amor: es eso otro que se da una sola vez y nunca pasa. Engaño bestial. El bolero. Lorena Sam y Cristian bailando en la penumbra cualquier noche. "Lorena, regáleme el palito"; "Lorena, vamos de paseo." Lorena, Lorena...

Pero los sueños acaban siempre. Por eso odiaba a Charles. El vino un día desde las sombras, con su uniforme de colegio y sus estudios de teología y empezó a cultivar la tierra. Vino con su estupidez idealista y empezó a trabajar en la tierra que su padre le había reservado. Para entonces el viejo McForbes estaba bastante enfermo, y acaso ese fue el motivo del regreso de Charles. Lo cierto es que con tanto a su favor, no le fue difícil robarle el cariño de Lorena Sam. Se la llevó definitivamente; junto a sus maneras refinadas, sus ocurrencias, su vocabulario y su color claro, exhibió una devoción apasionada. Y además era un hombre de Iglesia y un finquero que, al poco rato, caló camino a la prosperidad. Eran atestados suficientes para cautivar a cualquiera.

Charles acabó con el mejor de sus sueños. Pero los sueños acaban siempre.

Pidió al mesero que repitiera la orden. No podía ir antes de las diez en todo caso.

Charles había destruido su verdad, la única que pobló su mundo.

Su mundo que desde los tiempos de su abuela era un mundo grosero. El chilillo mordiente en las manos de la abuela, su severidad, su castigo por no haber hecho lo que otro tuvo la osadía de hacer. Nunca látigo alguno ardió tanta carne.

Cristian vio o creyó ver a Lorena sentada en el bar de espaldas hacia él. Se levantó agitado, dispuesto a ir hacia ella. Pero se acordó de un pueblecito de mil quinientos habitantes donde Lorena había quedado vencida por el odio de su esposa y otros muchos pleitos. Nadie podía estar en dos lugares a la vez: no era Lorena.

Debería olvidarla y plegarse a Nabe. Sobre todo ahora que para su propia familia él era un traidor. Un traidor, un vendefamilia, sólo por haber votado contra el candidato "oficial" de los suyos. Cosa ridícula era después de todo, que un jamaiquino naturalizado viniera a decirle a un nativo por quién debería votar. Además, él les advirtió a tiempo, para que ellos también optasen por el triunfo. Era cosa de votar a ganar, y lo contrario era insensato. Porque, ¿qué se ganaba votando por un candidato que para solucionar los problemas del país prometía acabar con los intermediarios? ¿Acaso no era esa una profesión honrada? ¿Acaso no estaba reconocido en toda Costa Rica que el vivo, por ser vivo, tiene derecho a disfrutar de los privilegios que Dios o la Naturaleza le dio? ¿No era voz común aquello de que "allá los tontos, quién los tiene"? ¿Acaso en los cuentos esos que le contaba Mr. Sam, no ganaba siempre el Hermano Araña, por ser el más astuto? Sin embargo, ahora su familia le llamaba traidor, como si él no les hubiera dicho a tiempo que votasen por la oposición.

Cristian nunca pudo amar a Nabe y eso le ocasionaba una cadena de remordimientos. Porque la recordaba joven, abierta como una flor y solo pudo darle sus propias frustraciones.

Viejo desgraciado su padre, venir a acusarle ahora, habiéndole destruido todo. Sí, en cierta forma Howard Bowman era culpable de todo. Porque era un viejo tacaño y desgraciado. Culpable de todo: de haber perdido a Lorena y de las interminables frustraciones de Nabe. Porque él puso su

parte, ganando los exámenes de ingreso a la Universidad y Howard no quiso financiar su estada en San José, simplemente porque su mujer le tenía mala voluntad. Y ahora el viejo hablaba de vendefamilias, cuando él vendió a su propio hijo por no ofender a su querida.

Lo más que logró tejer con Nabe eran heridas y fracasos. Desde luego que su cuerpo de carbón encendido le atraía sobre todas las cosas. Pero no era el cuerpo de Lorena Sam. Le daba a Nabe su pasión de hombre, como lo hubiese podido hacer cualquiera. Y nada más podía ofrecerle, porque por culpa de Howard él no pudo estudiar lo suficiente para competir con Charles McForbes.

Resuelto a llevar adelante su proyecto de consultar con el obeahman, salió del bar. Continuó su camino solitario, el rostro hecho polvo, su postrera esperanza a cuestas.

Clif también logró irse de Estrada. ¡Imagínese!, Clif Duke, el más pobre de los tres. Y había regresado ahora con su prestigio de escritor. Imagínese, ¡escritor! Y él, Cristian Bowman, hijo de un viejo pudiente, no pudo estudiar porque a la mujer de su padre se le ocurrió cerrarle el camino.

Una ligera llovizna bañaba su rostro y humedecía las calles del Puerto. Su niñez regresó con la lluvia; el niño llorando en casa la tarde en que Howard, enojado, le hizo saber a golpes que era un error responderle a su madrastra de mala manera. El niño sangró copiosamente frente a la furia de su propio padre. "Porque apenas se te ha roto la cáscara y estás tratando de acostarte con la sirvienta, y tu madre te llama la atención y lo niegas, y lo niegas de mala manera."

Al cruzar el río Cieneguita recordó la teoría de su padre sobre la pobreza: quienes la padecen son gente perezosa que nunca se esfuerza. El olor a río, turbio siempre, se escurría de la cuenca para afearlo todo. A la orilla del río los pobres habían construido sus casas, pagando alquiler al dueño de las tierras. Muchos de ellos tenían más de cincuenta años de pagar. El niño se quedó llorando en casa cuando su padre, furioso, le reventó la cara por segunda vez por darle veinte colones a la empleada por considerarla

pobre, y la muy idiota se lo dijo a una vecina que a su vez se lo dijo a la querida de su padre.

Caminar entre recuerdos desagradables por la calle ancha y polvorienta de Cieneguita era una torpeza. Pero era mejor caminar que sufrir. El sufrimiento es una manera masoquista de afirmarse como ser viviente.

Los ojos llenos de polvo, el camino oloroso a cadáver y la noche como un niño hostil.

El niño se quedó llorando en casa, cuando su padre, furioso, le echó una taza de agua caliente en la cabeza, porque cansado de las vejaciones de su madrastra le había dado un golpe en el estómago. "Maldito hijo de perra; no sos hijo mío. Mirate en el espejo: sos tan negro. No sé cómo saliste tan negro: mirá tu hermana. Tu hermana es mucho más clara. Vos no sos hijo mío, yo tuve padres con sangre europea. Vos sos más negro que un condenado salvaje africano."

Eso se lo había dicho en presencia de Charles y de Lorena Sam. Los tres estaban en la casa de Mr. Sam cuando llegó Clif a llamarle: tu padre dice que si no vas inmediatamente te manda al reformatorio. Cristian quiso huir pero Lorena y Charles insistieron en que se enfrentara a su problema. Y lo acompañaron hasta su casa, donde su padre lo aguardaba con el agua caliente. Y le hubiese echado una segunda taza si los demás niños no hubiesen empezado a implorarlo que no fuese tan cruel con su hijo.

Ojos cansados, dolientes; lágrimas que fueron contenidas en su tiempo y sin posibilidades de escape habían quedado atrapadas en la sangre. La noche marchaba hacia el bulbo, como si regresando a su origen pudiese detener la manifestación de la flor.

Pies cansados y dolientes por un camino terrible.

Se detuvo de nuevo en otra cantina y pidió una cerveza. La espuma, en vez de ceder, se iba muriendo. No era como el mar. El líquido color de orina le llegaba hondo.

Sus ojos ardían demasiado. Una ligera gota perforó la capa de tiempo que las cubría e inició un lento viaje, célula por célula, hacia algún sitio preciso, dejando tras de sí una huella perfecta, localizable a simple vista.

Los ojos del niño ardieron cuando su padre, furioso, tomó un poco de agua de cloro y se lo echó a la cara. "Porque ningún hijo mío trae a la casa una nota inferior a ocho y se escapa con eso así no más."

Otra cerveza. La lágrima empezó a trepar por el mismo camino. Se levantó y, saliendo, fue a escupir al caño. Los ojos del asustado cantinero se dilataron al verlo salir sin pagar.

El niño tomó una mañana sus maletas y amenazando a su madrastra con marcarle la cara si intervenía, se alejó de la casa a pesar de los ruegos de su hermana.

—Voy a casa de los Lince. Ellos son primos de mi mamá. Clovis me dijo que podía dormir en su casa. Ya tengo edad suficiente para ganarme la vida. No soy un niño.

—Y el colegio: ¿vas a dejar el colegio?

—No. No te preocupes, no voy a dejar el colegio, hermana.

Cristian miró el reloj; faltaban pocos minutos para las diez. Tenía que apresurar el paso.

Conocía desde hacía tiempo la sensación que se va apoderando del cliente conforme se acerca al despacho de un obeahman. Una sensación de miedo, una especie de sobresalto que jamás habría podido definir. Porque lo irracional nunca se define. Cristian se secó el sudor varias veces; el copioso sudor que la congoja —¿pero era eso? ¿Era congoja?— y el intenso calor hacían brotar de su frente.

Pensó en la primera vez en que tuvo el valor suficiente para ir a ver al obeahman. Era julio. Durante cuatro largos meses había aguantado a la belicosa directora de escuela. Pero ya era mucho. Como delegados del partido que eran los dos, debería haber un entendimiento mejor entre ellos. Pero no había tal. La directora era petulante y eso él no lo soportaba de nadie.

Primero trató de conquistarla por simpatía. Nabe organizó una fiesta para ella —a pesar de que llegó hacia finales de marzo—, la recibieron en su casa, le dieron todas las facilidades del caso para que ella hiciera del pueblo su hogar. Pero allí estaba. Rebelde, petulante. Renuente a aceptar la hospitalidad de Nabe. Primero, no quiso quedarse

a vivir en su casa. Luego no aceptó el sobresalario que los Bowman le asignaban a todas las directoras anteriores. Nunca vio nadie tan ciega resistencia.

Cristian optó entonces por enamorarla. Le llevaba regalos, la trataba con la galantería de un sofisticado profesor de ciudad. Y quiso seducirla, reducirla a la impotencia e imponer su condición de varón sobre su femineidad. Pero la muchacha se rebeló frente a todo. Incluso no quiso irse del pueblo para ocupar un mejor empleo que por influencia de Bowman le ofrecieron. Contra sus galanterías opuso el más vil desprecio. Contra la presión movilizó a un grupo de padres de familia. Y cuando la quiso seducir, ella misma lo llevó a su casa, y desnudándose en la cama de la cintura para arriba se puso a leer una revista.

Los habitantes por lo general se callaron. Dejaron pasar. Pero no olvidaron la valiente denuncia de la muchacha. Y eso bastó para detener a Bowman por un tiempo.

No le quedó sino un camino: el del obeahman. En noviembre la maestra de pronto se enfermaba o bien perdía la paciencia con todos. Primero tuvo dificultades con sus subalternos, luego con el jefe político, y finalmente con los padres de familia. Por eso un día tomó el tren sin que nadie la presionara y se fue del pueblo sin despedirse de nadie. Nabe hizo circular por el pueblo el chisme: Cristian la arregló y lo seguiría haciendo con todos los que se le enfrentaran de ahora en adelante. La segunda vez que fue a ver al obeahman, no pudo ser atendido, porque la misma persona a quien trataba de perjudicar estaba protegida por él. Y fue entonces cuando hizo el cambio al actual, con quien había logrado una conveniente amistad.

Ahora, caminaba por las calles de Cieneguita, sus pies sudando, sus rodillas fallándole, su garganta áspera, sus manos frías...

IV

PUCHA carajo, uno cuando nace para tamales, las hojas le caen del cielo. Porque yo vi el condenado aire principesco de esa familia Centeno y sin embargo me embarqué. El Doctor Centeno se echaba para atrás, como un cacique. Como si fuera el cacique de San José, y no es que uno sea cursi ni nada. No, de veras: no es cursilería. El Doctor tenía su oficina alfombrada desde donde masticaba su cigarrillo de señal. Interminables burbujas de pedantería cubrían el cielo raso de pared a pared. Carajo, no es que uno sea cursi, no, no es eso. Es que es la pura verdad como Dios manda.

Engracia estaba ahora muerta. Me acuerdo de la mañana cuando vi los grandes titulares en el periódico: ella y doce ancianos en el fondo del Virilla. Yo sabía que mi suegro le había dado la certificación médica a pesar de estar ella mal de la presión. El mismo me lo dijo sobre una mesa de tragos. "Conducía un microbús de la Casa de Ancianos y según los dos únicos sobrevivientes, de un momento a otro como que le dio un mareo y perdiendo el control los pricipitó al fondo del río."

Me imagino a mi suegro detrás de su elegante escritorio, preguntándole los datos con esa indiferencia que le caracteriza:

—Nombre.

—Engracia...

—¿Engracia qué?

Conociendo como conocí a Engracia, sé que la pregunta, por ser tan brusca, habría danzado en el espacio sin hallar dónde alojarse. Habría bailado sin que ningún oído la recogiese, y por lo mismo, habría tenido que volver a los

labios del médico. Volver como un boomerang. Palabra que no es retórica. Palabra de hombre.

Pero también conozco a mi suegro y sé que el condenado le habría gritado.

Sí, le gritó. Engracia misma me lo dijo luego. Claro que sólo me contó una parte de la historia: la otra se la reservó. Si supiera que no me podía haber importado menos.

—Engracia Pe . . . Peña.

La voz de Engracia es una especie de melodía suave y sensual. Bien, yo sé que eso es un poco, ¿cómo le dijera?, un poco grandilocuente. Pero es que hay cosas grandilocuentes que son ciertas. El Doctor tuvo que levantar la vista, olvidarse de la paciente y ver la hermosa mujer que le miraba con cierto nerviosismo, empinada sobre unos altos tacones. Sin poder contener su impulso primitivo se quitó los lentes. El mismo me lo dijo: se quitó los lentes el desgraciado. Yo la había visto ese día por la mañana: iba con un vestido verde claro. Era linda la condenada. Lo mejor que ha producido Grecia. Lo digo con toda franqueza: yo fui allá a conocer y no pude ver nada semejante a Engracia. Pero además de linda era mala. Era jodida. Eso es lo que era. Jodida como sólo ella.

—¿Edad?

—Cuarenta y cinco años, Doctor.

Una mujer no suele ser demasiado bonita a esa edad, pero Engracia lo era. Por eso fue que pudo desarmar a mi suegro completamente. Le dijo que se desvistiera. Cuando Engracia se desnuda, todas las cosas son de mármol. Mármol pulido, y no es que uno sea cursi. Es como ver una pieza de mármol salpicada de luces. La sangre se le hubiera acumulado a cualquiera. A mí casi me mata esa mujer. Casi. Tenía sombras en su piel, sombras azules. Un pelo rojizo que le hacía recordar a uno a la propia madre. Mi madre solía ofrecermé sandía y a mí no me gustaba. Pero ella estaba segura de que la sandía era el mejor alimento para el hígado, de modo que su insistencia era fanática. Una dulce voz que clama, "Hijo, ven a comer sandía", desarmó al viejo Lucas. La piel de la sandía se desecha. El pelo

de Engracia, cuando cae sobre su espalda desnuda, da fuerza al mármol que entonces adquiere una coloración rosácea.

No fue necesario suplicar demasiado. Se limitó a acercarse al Doctor —según él mismo me lo dijo— y confesarle que su marido era un borracho y ella detestaba a los borrachos.

Eso era cierto. Era un borracho que llegaba noche a noche oloroso a guaro y queso y sin limpiarse siquiera los sobacos se desnudaba de la cintura para abajo y se le echaba encima, levantando la ropa de Engracia apenas lo necesario. Un indecente borracho de músculos flácidos. Y ella se cubría la cara con una almohada, mientras él disfrutaba su vicio de bestia.

Una sola vez se opuso con la ira propia de una tigresa herida. Pero él, a pesar de sus borracheras era bastante fuerte, la golpeó con una violencia tal que la despojó para siempre de su rebeldía.

Ese día ella le confesó todo eso al médico. Imagínese lo que era yo de niño, con una sandía roja, fresca, dulce, y con semillas negras en el centro; y además, una madre dulce que no supe apreciar entonces, suplicándome. Así se puso el Doctor después. Primero cayó en sus garras. Luego se hizo el rogado, cuando en realidad se estaba muriendo de las ganas de empezar de nuevo lo que fue su mejor jornada.

Ella tuvo que seguirle contando los detalles de su historia: que se enredó con un muchacho y estaba además embarazada.

Mi suegro le dio la certificación médica y siguió viéndola. Para él once o doce vidas valían menos que sus instantes de luz. Luz en medio de su condenada vida oscura. El pobre diablo buscaba un poco de paz y la halló entre los brazos de Engracia. Y él mismo, para no perderla, le sacó el chiquito. Mi suegro es una bestia.

Yo tenía que haberme curado en salud. Porque meterse en una familia así es una torta bien fea. Sé que estoy a ratos hablando como un cursi, y otro rato a lo relajo. Bueno, a lo relajo no, pero por lo menos no como habla la gente de mi nivel. Es lo que dice aquella poetisa afri-

cana: "aquí estoy, atrapada entre dos culturas." Pucha carajo, y no sé pa ónde agarrar.

Pero estaba contando lo de mi suegro. El es de una familia de los tiempos de privilegio. Hay que ver las tazas, la mesa, los tapices importados que tiene en la casa. Hay que ver el mundo de retratos colgados de la pared, omnipresente —carajo, ya me puse cursi otra vez—. En su galería de retratos se reunían los rostros de toda la estirpe. Hay que ver lo que es crecer con eso, y leer uno a uno los nombres y las hazañas de todos ellos. Y encima de todo eso oír a su madre y a los demás familiares hablando de las glorias de su alcurnia. Glorias tejidas en la historia patria. Don Ormelindo Gutiérrez Boza, español, radicó en el Valle de Orosi. Casó con doña Felipa González. María Gutiérrez González, hija única, casó con Federico Peña Calvo. Oscar Buenaventura Peña Gutiérrez, doña Amalia Soto Himmel... la interminable sucesión de nombres y placas de bronce, sobre los cuales se fue levantando sólidamente la juventud de Lucas Centeno. Moras y Granados, Salvatierras y, casi al final, el Lic. Oscar Centeno Mora, quien se casó con doña Aminga Vidaurre Caramelo, distinguida dama guanacasteca, y de allí nació probablemente —según Ester— la inclinación de la familia por el folklore.

Era una alcurnia de diputados, gobernadores, municipales, obispos y alguna que otra monja. Pero el mayor de todos fue don Hugo Centeno Hewit, quien estudió en Europa en las universidades de Poncelea y Cerro Triste, y fue embajador en Washington. Autor de la celebrada obra "Mi palito de café", incorporó a la literatura nacional el elemento europeo. No pudo terminar ningún otro libro, debido a sus ocupaciones políticas. Pero recibió con creces los honores de la época.

Mi pobre suegro quiso emularlo. Por eso se hizo cargo de la dirección del Hospital Nacional. Pero lo que se sacó fue la cuenta de miles de muertos. Porque cada muerto se sumaba al anterior y pesaba sobre sus hombros. Cada error de los médicos y del personal paramédico acumulaba blancura sobre sus cabellos. Miles de empleados dependían de él. Y además era profesor en la Universidad

y atendía su consultorio personal. Y sólo se ganaba por todo eso quince mil colones mensuales. Quince mil mensuales, cuando en el extranjero podía ganar mucho más. Pero por amor a su patria se quedó, sacrificándose. Eso decía él por lo menos. Y palabra, mi suegro no es nada cursi.

Claro que por más aristócrata que era, le dio duro la muerte de Engracia. La verdad es que él la mató. La piel de Engracia era demasiado suave para él. Con frecuencia se aparecía por la oficina de mi suegro a la hora de la salida y se quedaba allí con él hasta que el cansancio los obligaba a irse a dormir. No digo que la mató al propio, porque la verdad es que si no fuera por ella mi suegro hace rato que hubiera tenido que resignarse a vegetar como su esposa. El necesitaba a Engracia, pero el muy tacaño, en vez de mantenerla le dio el certificado.

Una vez le dije que tuviera cuidado porque podía hacerse daño. Dijo que no era un cobarde como yo, y que no huiría. Pero no tuvo empacho en reconocer que Engracia era demasiado para un hombre de su edad. Y eso a pesar de la edad de ella.

El la mató por tacaño. Pucha, yo creo que no le dio ni un confite y ella siguió con él sólo por miedo a perder su trabajo. O por miedo a buscarme. Según ella, eso era. No soy tan cursi como para creer eso.

Días después de la muerte de Engracia, Lucas me llamó a su oficina.

Era una cosa trágica que él tuviese que llamarme en un momento así. Pero mi suegro tenía pocos amigos. Desde la muerte de mi suegra se dedicó de tal forma a su trabajo, que se fue apartando del mundo real. Porque no me digan que es real eso de vivir metido en un hospital, con gente vestida de blanco atendiendo a gente vestida con bata. No, ¡qué va!, eso no es real. Ese es un mundo ficticio creado por nosotros para luchar contra lo que sí es bien real: el sufrimiento humano. Los únicos contactos que tenía mi suegro, pues, con el mundo real éramos nosotros. Parece mentira. Claro que estaba Magdalena. Pero ella y él no se llevaban muy bien. Además Magdalena no es el tipo de

persona a la cual uno le va a ir a contar un problema. A menos que sea un problema de tipo sexual. Y desde luego que Lucas Centeno no le iba a ir a contar un problema sexual a su hija adoptiva. Ni siquiera a Ester. Por eso me llamó a mí. Era imposible llamar a Ester y decirle: hija, acaba de morir Engracia, antigua amante de tu marido, y hasta ayer, amante mía.

No podíamos hablar en el hospital porque yo detesto todo lo que huele a éter. Todos los hospitales huelen a éter. No podíamos hablar allí, de modo que nos fuimos a dar una vuelta en el elegante auto de Centeno. Tiene un bonito auto. No tan amplio como el mío, pero más o menos parecido.

—Te afecta mucho, ¿no es cierto? —le pregunté después de un rato de silencio.

—La he matado yo —dijo, y carajo, en ese momento me pareció cursi. “La he matado yo” sonaría ridículo en cualquier parte.

Terminamos en Ojo de Agua. Había poca gente en el balneario, pero Centeno estaba obsesionado por la imagen viva de Engracia. Descubrió, ya tarde, que ella había calado hondo. Demasiado hondo. Y no es que yo sea cursi, ni que sea cruel, pero en cierta forma la muerte de Engracia era su propia salvación. Porque si la sacaba del trabajo tendría que casarse con ella. Y si se casaba con ella tendría que optar entre ella y su trabajo. La primera opción lo reduciría bien pronto a la triste condición de vegetal. La segunda opción implicaría la pérdida de Engracia. Porque la intensidad de la pasión es proporcional a la edad. Y todo lo que escapa de la regla es una aberración. Incongruencia en todo caso. Y siendo en el plano emocional, los hubiese destruido a ambos.

Nos hubiésemos podido divertir en Ojo de Agua, pues, como dije, había poca gente. Pero sólo hablamos de Engracia y de Engracia, y de las frustraciones de mi suegro. Nunca dio la talla. No podía dar la talla, porque hay cosas que se aprenden de muy joven y se van perfeccionando con el paso de los años. Pero él no aprendió a tiempo. Mi suegra era “una mojigata de espanto”, como la definió una vez un

vecino. Una vez le pidió el divorcio a Centeno porque según ella hay cosas reservadas a las prostitutas. En cierta forma las mujeres como ella fomentan la prostitución, pues al actuar así autorizan al marido a ir a buscar en otra parte lo que no tiene en su casa. Luego lo culpan. Mi suegra era así. Una señora de muchos defectos, porque este era apenas uno de sus muchos... Pero, no estábamos hablando de mi suegra sino de mi suegro. Pobre viejo. Si hubiese caído en manos de Engracia treinta años antes, a lo mejor se hubiese salvado. Pero treinta años atrás, a lo mejor Engracia todavía no era Engracia. ¡Las cosas que ella y yo aprendimos juntos, gracias a un marido alcohólico! Esa mujer me hubiese destruido. Las cosas que aprendí con Lorena además. Y las que inventamos Victoria y yo. No, Centeno no podía dar la talla. Pobre diablo.

Un hombre crece como Lucas Centeno Vidaurre en la soledad de su cuarto. Un niño sensible con dos hermanos demasiado identificados con la herencia familiar. No le quedó más remedio que poblar su mundo de enanitos. Y no es que yo sea o no cursi: es muy cierto. Tuvo que poblar su vacío de enanitos. Podemos imaginarlo, perdido entre lozas de la china, oro africano, plata peruana y otras cosas que el tiempo corroe. Y por la ventana su espíritu sensible se asociaba con la lejanía, con la lenta fragancia de la mañana.

Don Oscar —así llamaba mi suegro a su propio padre: don Oscar. Hay que ser cursi. Creo que me equivoqué: mi suegro a veces es cursi.

El Licenciado Oscar Centeno, en todo caso, era un hombre acaudalado. Abogado y comerciante, supo combinar negocios y leyes exitosamente. Por eso en la casa de Lucas nunca faltó el pan. Más bien sobraron las especialidades consumidas a medias en lozas importadas. Y luego los cuadros al óleo por toda la casa. Y mucho arte abstracto, desde que Don Oscar fue a los Estados Unidos y trajo consigo cuadros vacíos y sin verbo. Cuadros que no dicen nada y que por detrás tienen una marca que dice Made in U.S.A.

Luego sus cuatro tías solteronas, florecillas adornadas con lacitos. Y un espejo en la sala, porque uno de los ante-

pasados dejó dicho en su testamento que el espejo debería quedar en la sala. Un piano de cola y mucho vacío. Diván, sofá, tres sillones, consola, alfombras rojas, simulacro de florero, chimenea —imagínese lo que es eso: una chimenea en la casa en pleno trópico— y muchas visitas. Odiosas visitas.

Por eso mi suegro pasaba mucho tiempo en su propio cuarto. Por lo menos allí tenía la imagen inofensiva de un Cristo Nazareno con cara de afeminado. No la paz, pero sí el sosiego. Después de todo, eso es lo que buscan los hombres de su tierra: ser un oasis de sosiego, aunque nunca tengan paz. Es que la paz viene en la lucha únicamente, y a ningún tico le gusta fregarse.

Bueno, eso ¡quién sabe! Tampoco soy el Papa para que el mundo se calle. Me imagino en todo caso que a Lucas no le gustaba ver a su madre cuando iba para misa, porque una vez dijo que Ester se parecía a su madre cuando iba a misa. Dijo eso un día en que ella llevaba un vestido que no le gustaba a él. Son conclusiones que uno va sacando. Su madre era muy devota. Todos los días, al regresar de misa, se paraba en la puerta para distribuir a los pobres unos veinte colones en víveres. A cambio recibía las bendiciones de su clientela fija. Mi suegro huía también de la honestidad de su padre, quien una vez desahució a una viuda con trece hijos de una propiedad suya, y luego la donó a la iglesia para que allí se hicieran los turnos.

Huía de la sombra de "Mi Palito de Café" y de su benemérito autor. Y en eso era muy diferente a sus hermanos. Ellos se definieron, él titubeaba. A veces acompañaba a su padre a las reuniones de los Hombres Libres, para oír su prédica de libertad absoluta. Uno tiene derecho a engendrar los hijos que uno quiera, ganar el salario que el patrono libremente fije, y pagar los precios que los comerciantes, libremente, en la oferta y la demanda quieran fijar.

Y su padre hizo eso en su negocio. Don Oscar sí era un tipo osado. De cursi tuvo muy poco. Yo llegué a conocerlo. Cuando entró al Mercado Común, vio que no podía con la competencia. Entonces decidió repatriar el ochenta por ciento de su capital invertido en Europa y con ello man-

tener a sus empleados durante un año y medio vendiendo a precios inferiores al costo. Desde luego que la gente sólo le compraba a él. Casi todos los demás quebraron. Solamente uno pudo sobrevivir y entonces se pusieron de acuerdo y subieron poco a poco el precio. Tal vez suene un poco cursi, pero me gusta oír a Lucas diciendo: Don Oscar y don Franklin se repartieron el tamal. Después la gente terminó pagando más de lo que antes pagaban. Pero eso era preferible antes que coartar la sacrosanta libertad.

Debió ser terrible la adolescencia de mi suegro. Digo, es un hombre sensible, y como tal, expuesto a los vaivenes de la sensibilidad. Por eso fue que se casó con la primera que no quiso decirle que él no estaba cumpliendo fielmente con las reglas de la sociedad. Ella se lo dijo después. Lo reservó para luego. Para cuando ya tuviese el anillo de bodas y por lo menos una niña para él. Esa es una de las cosas que hacen con frecuencia las mujeres: se reservan las cosas para luego y caen sobre la víctima en el momento menos esperado. Claro que también lo hacen algunos hombres. En fin, no era de eso de lo que estábamos hablando.

La noche y el día tenían un enorme parecido en la vida de Lucas Centeno. Debería agradecerme: yo rompí su hastiante rutina con mi propia presencia primero y con haber traído a Engracia después.

Centeno creció y se hizo médico. Una elección casual por una profesión próspera. Tras un largo tiempo de andar como un coco a la deriva en el mar, halló en su profesión el camino para ordenar sus pasos.

Pero él no pudo liberarse nunca del sentido de culpabilidad que le causó la lenta decadencia de la Familia Centeno. Porque se lleva en la sangre, o por lo menos se supone que se lleva en los genes, todo el valor de la estirpe. La audacia de sus antepasados, los que forjaron la tierra con sus virtudes y defectos, y le dieron nombre, para dejarla de herencia a sus descendientes.

El bisabuelo de Lucas era un hombre audaz. Tenía la sangre ardiente de los Gutiérrez, tal como el viejo don Ormelindo, que trajo consigo el furor de una España mora, y sin que nadie se le opusiera abrió camino en el Valle de Orosi.

y la ardiente sangre de los Soto Himmel, que trasladaron la familia hacia el Valle Central, donde cultivaron doscientas hectáreas de tabaco, cien de hortalizas y además un hato de ganado. Los Soto Himmel fueron los que consolidaron la riqueza que años antes había empezado a forjar don Ormelindo y que acrecentó notablemente Felipe Peña al sumarse a la familia por casamiento con doña María, la única hija de don Ormelindo.

Y no es que yo sea cursi, pero la verdad es que la familia era digna de admirarse. Pero admirarse de lejos. En fin, cuando "Mi Palito de Café" llegó a manos del Presidente en letras de molde, se marcó el punto culminante de la gloria de la familia. Porque fue en esos instantes cuando la familia tuvo conciencia de su existencia histórica, descubriendo incluso una misión bien específica: la de ser un modelo de la sociedad costarricense. Pero Centeno parecía carecer de la osadía de sus ilustres antepasados. La de su abuelo, la de su padre, pero sobre todo la de su bisabuelo, quien al ver que los Sánchez (más conocidos como Sanch, porque cambiaron el nombre después de asociarse con un inglés, diz que para hacerlo rimar), cuando vio, decía, que los Sanch cortaban las plantas del tabaco para sembrar café, le consultó a su vecino sobre su aparente locura. Entonces supo que el café tenía enormes posibilidades de exportación a Chile y a Europa. Por lo tanto hizo igual que los Sanch.

Toda la familia lo consideró un loco, y doña Orlanda Salvatierra de Centeno se asustó tanto que llamó al cura del pueblo, quien colmó sus días de preocupación, con agua bendita, rezos, inciensos y plegarias. Pero a pesar de eso, don Oscar Centeno Granados llevó a cabo su obra destructora. Luego lo vieron visitar con demasiada frecuencia la casa de su vecino, por lo cual el cura dictaminó epidemia contagiosa, consecuencia de la ira de Dios. Porque Dios se enoja si los hombres no llegan al templo a adorar al Santísimo cuando está expuesto. Y las señoras del pueblo temiéndolo que la epidemia se extendiera por todo el poblado, se convirtieron fanáticamente al culto.

Nunca hubo tanta misa pagada en la parroquia. Y se nombró una junta de vecinos que tras largas deliberaciones

acordó convocar a los dos poseídos por el demonio a una reunión, con la esperanza de salvarlos del infierno. El cura hizo en la sesión un largo recuento de lo que Satanás había hecho en la historia de la Humanidad, para terminar exhortando a los dos supuestos dementes a que regresaran al seno de la Santa Madre Iglesia.

El viejo Sanch los echó de su casa a punta de machete, amenazando con cobrarle al cura por semejante afrenta. Y dijo que mientras estuviese al frente de la parroquia un cura tan "baboso", ni él ni su familia volverían a misa. Porque era el colmo que un idiota se hubiese atrevido a venirle a insultar en su propia casa, frente a sus hijos y frente a su esposa. Y además juró no volver a contribuir a la manutención del religioso. Centeno se mantuvo fiel a su amigo, unidos por su común esperanza. Y cuando llegó al pueblo el inglés, el café ya estaba produciendo.

La exportación estuvo a cargo del inglés por muchos años, y junto con los Sanch los Centeno prosperaron. Se dedicaron al beneficio del café, que produjo grandes dividendos. Y en esa generación se levantaron tres hijos de don Oscar, para ocupar uno un obispado, otro la gobernación de una provincia y otro una curul en la Municipalidad local.

Pero el más famoso de los hijos de don Oscar fue don Hugo Centeno Hewit, nacido de segundas nupcias después del fallecimiento de doña Orlanda. Estudió en Europa. En Poncelea y Cerro Triste. Teología, filosofía y finalmente, letras. Su regreso fue una verdadera fiesta nacional. Por la prensa a grandes titulares se ocuparon del legendario personaje.

Don Hugo fue profesor de presidentes y de diputados. Pero la publicación de su gran obra "Mi Palito de Café" marcó el momento cimero de la familia. Porque su libro logró postergar por muchos años, la incorporación indeseable de los barbarismos criollos.

Sí, la familia era gloriosa, y Lucas Centeno se sentía culpable de su decadencia. Porque algo malo sucedía ahora. Su única hija, que por tantos años vio crecer detestando a los negros, estaba de pronto enamorada de un negro.

Tal vez fue la sangre guanacasteca de su esposa doña Aminga Vidaurre. Tal vez fue eso: la sangre de negro que había en ella. Sangre de una Castilla mulata.

Y no era nada contra mí, exactamente, porque al principio mi suegro me acogió en su casa. No me echó, antes me hizo parte de los suyos. Decía querer a los negros y en efecto tenía muchos amigos negros. De Limón venían a buscarle pacientes de raza prieta. Pero para él nuestro matrimonio era un asunto inconveniente: era su única hija, y por lo mismo, la llamada a transmitir la gloria de la familia. Porque los negros, siendo diferentes —buenos para el deporte y el ritmo y el trabajo— nada ganaban con casarse con una mujer blanca. Y Ester, como Centeno, y dada su hermosura, no tenía ninguna necesidad de casarse con un negro. Mucho menos con un fracasado. Uno que estudió la secundaria y regresó al campo. Uno cuya fe fue tanta que abandonó el pastorado al morir su esposa. Uno que regresó a la ciudad para estudiar antropología, y acabó doctorándose en inglés. Un fracasado, eso era yo para él. Y nunca me había podido quitar del todo mi condición de limonense, a pesar de todo.

Por eso, se sentía culpable de haber sido bueno con los negros en el pasado. De haber fallado genéticamente, engendrando una mujer y no un varón. Pucha carajo, era increíble que un médico se pusiera en eso, pero era cierto.

Según mi suegro, su lucha contra la brujería que mató a Lorena, le había demostrado lo necesaria que era la educación para los negros, para sacarlos del salvajismo y la postración. Pero no pensaba que yo, después de ver y padecer las consecuencias de tales oficios, los utilizara para que sus hijas —Magdalena, su hija adoptiva, y Ester—, quienes durante tantos años habían odiado a los negros, de pronto se enamorasen las dos de mí.

Pucha, y no es que yo tenga un cuerpo de atleta. Pero se enamoraron las dos de pronto. Y yo hubiese sido flojo si no me aprovechaba. Sobre todo de Magdalena, que estaba guapísima, y me debía más de una... Con Ester fue diferente. Este era en cierta forma un sueño largo que se cumplía. No sé explicarlo, y no es que yo sea cursi.

Pero como si todo fuera poco, cuando mi suegro se había resignado a la idea de que yo era un mal definitivo, los hijos no llegaron. Porque está bien que Ester se casara con un negro, pero que además resultara estéril, eso ya era demasiado. Demasiado para las canas del viejo. Pero ya ve, con el tiempo nos fuimos haciendo amigos, hasta el extremo de que me contara sus andanzas con Engracia. Sobre todo después de la muerte de mi suegra. Pero también ese resentimiento se le fue pasando. Creo que se consoló diciéndose que era mejor la extinción definitiva de la familia a que sus despojos pasaran a manos mulatas.

Y como última medida desesperada empezó a traer a Pérez a la casa, como si en el colmo de su senectud y fracaso, tratara de que Ester me fuese infiel. Acaso así ganaría el nieto que le obsesionaba. Pucha, no se puede negar que Centeno es una bestia. Una bestia de la peor especie. No sé cómo fui a dar a esa familia. Por Dios que no sé. Hay que ser uno muy cursi para eso. Demasiado cursi.

V

LORENA, señora de McForbes, y eso lo había intuido desde la tarde aquella en que el sol ardiente reposó en la cúpula de un mango, y la gente del pueblo estuvo mirando aquel fenómeno extraño, tomándolo como la anticipación segura de algún acontecimiento importante.

Esa misma tarde se enteraron Charles y Lorena, de que el cariño infantil se estaba convirtiendo en fuego. Desde que regresó de la ciudad, casi no había ido a verla. Era como si los dos temiesen el encuentro de sí mismos. En tanto ella agoniza sobre la cama, donde tantas noches habían dibujado tantos sueños, pensará en la intensidad de aquella tarde: los pasos vacilantes de Charles acercándose a la casa, los golpes cautelosos en la puerta y ella

que lo había visto desde la ventana se lanzaba hacia la puerta para dejarle entrar.

Mientras ella agoniza, él pensará también en el encuentro, compartiendo con ella lo que podría ser su última noche, evocando cada instante de la distante tarde que los unió para siempre.

—Lorena, ¿está tu papá?

—Sí. ¿Qué se te ofrece? ¿Quieres verle?

—Sí. Una consulta.

El sonrió. Las líneas de su rostro, al contrario de las de Cristian, se habían ido suavizando con el tiempo. Se alisaron, abriendo para ella de nuevo la increíble armonía que tanto la fascinaba. Como el furor coordinado de una gigantesca ola, los dientes blancos, perfectos, las manos fuertes, los dedos largos.

—Qué, ¿nunca me ha visto?

—No. Es la primera vez.

—¡Ah! Ya veo.

Recordarán la escena paso por paso. Ella durmiendo profundamente, él velando junto a su cabecera, mientras desde el diván llegaban los ronquidos graciosos de Ruth Viales.

Los pies fuertes, grandes, ágiles. Pasos de juventud, presencia de hombre.

—¿Sabe, Mr. Sam?, tengo un problema.

—¿Un problema?

—Sí. **Un problema serio.**

—¿A ver?

—Bueno, usted sabe que hace dos años papá me dio la finquilla esa, y la he venido trabajando.

—Desde que volviste.

—Sí. Cuando volví me la dio. Y le he sacado algo. Pero ahora resulta que Cristian compró la finca contigua.

—Sí, me contaron. ¿Y?

—Me tiene embrujado desde hace días.

—¡No me diga!

—Sí. La finca de pronto ya no produce como antes.

—¿No?

—No. La finca está bien arreglada.

—Mmmmm. Dejame ver.

Las manos sutiles de Mr. Sam conquistaron la dimensión honda, desde la cual las cosas tienen color; Mr. Sam supo toda su historia, su gradual decadencia, o más bien, su degeneración, su lento desliz, su precipitación sin sentido. Cómo la modorra ambiente lo arrastró primero hacia la casa de sus abuelos.

La casa de sus abuelos, colgando sobre los antiguos soportes de madera, salpicada la ciudad de luces tempranas. Un dolor hostil surgió de una de las calles y se paró frente a él. A lo lejos una iglesia, una solitaria escuela, un triste parque. Y más allá la desnudez de Montego Bay, y miles de rostros heridos y desnudos.

"Y tu abuelo, vos sabés cómo era. Y ¿qué se le puede hacer en este caso? Está bien que tu padre te haya mandado a estudiar. Pero tu abuelo se fue hace años con una mujer. Una pendeja. Y no lo he vuelto a ver. Lo siento, Charles: pero tendrás que regresar a Costa Rica."

Una terrible frustración fue aquella. Pero Charles regresó para oír la insistencia de su padre que le dijo: tendrás que estudiar, Charles. Tendrás que estudiar de alguna manera. En último caso, a estudiar español te vas al colegio aquí, no hay más remedio.

Y todo eso, toda la historia de sus frustraciones, sus años de lucha, la etapa borrascosa de su vida; los problemas de adaptación y de personalidad, su abandono de muchas buenas costumbres sustituidas por nada, su casi muerte moral, la regeneración por obra de su profesor de teología, una intensísima vida devocional (caer de rodillas en el templo rezando un Padre Nuestro, leer un salmo con lágrimas en los ojos), escuchar una voz susurrándole quedamente que le quitará el corazón de piedra y le dará uno de carne.

Largos años de esperanzas y frustraciones. Porque cinco años pueden ser largos y duros si se vive en un inter-nado, sin conocer siquiera la ciudad, sin haberse abierto camino. Un camino nuevo.

Dos años echados al canasto, o guindados junto al título en la pared. Años que permanecían allí todavía el

día en que fue a conversar con Mr. Sam y se encontró con Lorena en la puerta.

Mientras Lorena agoniza, no olvidará esa parte de la historia de Charles, porque el tiempo los había convertido en un solo ser amplio.

Mr. Sam no dijo que Bowman había embrujado a Charles, pero tampoco dijo que no. Sencillamente buscó un ungüento en el armario y se lo dio a su cliente.

—Todas las noches ponés un balde de agua en el patio. Luego te frotás con esto y te acostás—. De pronto la conversación se había hecho íntima, familiar. Como si a partir de ese instante sus destinos se hubiesen ligado.

—Tenés que levantarte bien temprano todas las mañanas y regar la finca con el agua, siguiendo por los linderos que quedan al lado de Cristian.

Pero tenés que estar allí por lo menos unas dos horas antes de que llegue él. Y luego, por la tarde, tenés que quedarte dos horas después de que Cristian se haya venido. Y cuando vas a la finca vas a decir: "El Señor es grande y fuerte" siete veces. Y eso lo tenés que hacer hasta la próxima cosecha, todos los días.

Lorena hizo lo propio para encontrarse con Charles de nuevo en la puerta. Y le sonrió con fuerza; sus dientes como furiosa carga de luz. Y le sonrió así para que no la olvidase nunca. Es que, de esa manera, ella estaría segura de que él nunca se olvidaría de su sonrisa.

Durante los meses siguientes Charles se levantaba temprano todos los días, e iba a su finca a tiempo para cumplir con la ceremonia prescrita. Allá mismo desayunaba, y de una vez daba inicio a la faena diaria. Ganándole diariamente dos horas a la mañana y dos a la tarde, su finca se mantuvo limpia y cuidada durante el tratamiento; la poda y la resiembra, las zanjas y el cuidado de las raíces.

En noviembre Charles volvió a la casa de Mr. Sam y Lorena le sonrió de nuevo. Esta vez el muchacho vibró con su sonrisa. Entró risueño, satisfecho y antes de que se cerrase tras de sí la puerta le dijo a Mr. Sam:

—Éxito, viejo, y le traigo quinientos pesos para que vea que no soy mal agradecido—, anunciando su triunfo:

Ese año sus cosechas superaron en mucho a Cristian y a su papá Howard juntos. Y el pueblo comentó complacido tal hazaña.

Ella no olvidará la víspera de Navidad, cuando Charles regresó a su casa, bien vestido, con chaleco, sus ojos brillando como un gato acorralado.

—Hey, Lorena.

—Hola. Pase. Voy a avisarle a papá.

—No. No le avise nada. Vine a verla a usted.

—¿A mí?

—Sí. ¿Hoy llega su novio?

—¿Mi novio? Yo no tengo novio...

—¿No? ¿Cristian no es su novio?

—No.

—¿Cierto, cierto?

—Cierto.

—Entonces yo... ¿puedo venir de vez en cuando?

—No sé.

—Cómo, "no sé".

—No sé, ¿eh? Usted es quien debe saber si puede venir o no.

—¿Cómo así?

—El hombre es el que debe tomar la iniciativa.

—Solamente usted sabe eso. Pero de todos modos ya la tomé.

—Pues eso es lo que debe hacer.

—¿Ha tenido novio antes?

—No, ¿por qué?

—¿Hablo con su papá, para que no se oponga?

—No sea payaso.

—¿Payaso?

—Sí, payaso. Usted no tiene el valor para hacerlo.

—¿Que no? Lo haré ahora mismo.

—Pero... espere... espere, muchacho...

—A Cristian no le ha gustado mucho vernos juntos

—dijo ella.

—Y ¿él con qué derecho?

—Con ningún derecho. Es sólo que ... pues ... desde niños somos como hermanos y yo ...

—Como hermanos ...

—Sí, ¿no se acuerda? Vivía metido en mi casa.

—Sí, siempre han andado juntos. Por eso le preguntaba si no eran novios.

—No. Nunca se me ocurrió eso siquiera. Es como un hermano.

—Pero está celoso.

—¿Celoso? No, no son celos sino ...

—¿Le caigo mal?

—Tampoco. No veo por qué ...

—Bueno. Es difícil explicarlo. ¿Pero se acuerda? Eramos cinco: Clif, Cristian, usted y Ruth.

—Y usted ...

—Sí, yo: éramos cinco. Clif y yo logramos estudiar. El no. Digo: éramos tres varones en la pandilla. De los varones, solo él no pudo estudiar.

—Pero si ganó el bachillerato. Viajaba a Limón todas las semanas.

—Sí, eso es cierto. Pero Cristian es muy ambicioso. El no se conforma con tan poco. Quiso siempre ser el mejor del grupo

—No, no creo que sea eso. Debe haberse resentido porque no le dije nada de nuestro noviazgo. Es que él me cuenta sus aventurillas.

—¿Sus aventurillas?

—Cosas de chiquillo. Eso es todo. Cosas de chiquillo. Pero si despidieron el tema por trivial, a los pocos días sufrieron las consecuencias de los desmedidos celos de Cristian. Primero fue a conversar con Mr. Sam, pidiéndole iniciar un noviazgo con Lorena.

Pero el viejo le llamó tonto, explicándole de paso los compromisos con Charles.

“Es que te tengo que llamar tonto, porque tantos años de llegar aquí cuando él no llegaba, y te quedaste callado hasta verla con otro.”

Lorena sentirá morder aún el furor doloroso del látigo sobre su piel. Verá el puño de su padre descargarse sobre la boca de Charles. Las palabras duras, dolientes. La impasibilidad del novio.

—No le devolveré el golpe, Mr. Sam, porque usted me hizo un gran favor con el caso de Cristian. Y además usted es el papá de Lorena. Pero dígame quién es el desgraciado mentiroso que le contó eso, para rajarle la cara.

¡Quién le contó eso para rajarle la cara! Lorena se lo dijo a gritos. Se lo dijo para que lo supiera. Pero Charles fue a buscar a Howard Bowman y le retó a que defendiera a su mujer o que ella se retractara. Pero la vieja negó haber sido la del chisme. Charles, enfurecido, fue a buscar a Mr. Sam exigiéndole que, o confirmara en presencia de la señora lo dicho, o se retractara.

Fue un escándalo que tomó presos a todos los habitantes del pueblo.

Charles y Cristian se agarraron a puñetazos, porque éste llegó a defender a su padre. Y quizás se hubieran liquidado a golpes si los vecinos no lo hubiesen impedido. La pelea duró una hora y media y cuando los separaron, ninguno de los dos podía caminar y estaban casi ciegos.

El odio fue creciendo entre las dos familias. Pero a pesar de todo, el noviazgo continuaba y una tarde tomaron la decisión de juntarse.

Charles quería casarse. Mr. Sam, rojo de ira, les exigía lo mismo. Pero Lorena se opuso violentamente al matrimonio.

—Es que, es que, papá... Si me caso va a creer que es dueño mío y va a hacer lo que le dé la gana conmigo. Yo no quiero sentirme amarrada a nadie y de todos modos...

—¿De todos modos qué?

—Soy su mujer ya.

Recordará ahora, el repentino mareo y la gana de Lorena de McForbes, cómo le remordía la conciencia. O cuando el Inspector de la Lucha contra la Malaria le decía Mrs. McForbes. O cuando los niños la llamaban señora.

Cristian nunca dejó de pretenderla. "Déjelo y cátese conmigo" le decía constantemente. Y un día llegó a la casa con cara de idiota y le dijo que Charles le había mandado por unas cosas.

—Pero, usted y Charles no se hablan.

—Ya hicimos las paces.

Ella no quería creer, pero Cristian le enseñó la cédula de Charles como prueba de su verdad.

—Y le manda esta botella de vino de Oporto. Dice que en el Puerto está lloviendo y que le va a costar un poco más la vuelta.

Mientras ella buscaba los papeles, le sirvió a él un trago del vino. Pero Cristian insistió tanto que brindaran por la amistad entre él y Charles, que ella hubo de complacerle.

Recordará ahora, el repentino, mareo y la gana de Charles... Charles... o de cualquiera. Sin voluntad, no pudo resistir cuando él la llevó casi arrastrando a la cama para celebrar él solo su triunfo, rugiendo como una bestia y ella aferrada a él también. Vencida así, y humillada después, rabiando sin remedio sobre la sábana manchada.

Llevó consigo el secreto por mucho tiempo. Pero por el pueblo el rumor corría: que el hijo que ella gestaba no era de Charles, sino de Cristian. Porque la cédula de Charles no se había perdido. Además, no habían hecho las paces. Y en Limón vendían unas pastillas para vacas. Y el niño nació con el rostro de Howard Bowman.

Entonces Lorena llamó a su marido para confesarle lo que había sucedido.

El ofendido marido esperó pacientemente a que ella se recuperara y llevó el niño al orfanato. Luego, implacablemente le propinó a Lorena una paliza tremenda, por no haber hablado a tiempo. Después le disparó dos tiros a Cristian hiriéndole en el abdomen y en la pierna; su intención era castrarlo.

Así el odio siguió creciendo. Ahora, en el lecho, evocará los años que siguieron a aquel suceso, los hechos irrevocables que la condujeron al encuentro con el espectro; hacia el instante criminal del golpe.

El sueño la vencía en pleno día. Los años se revelaban ahora con crudeza. Sus veintitrés años, sus cinco de casada; su desconocido hijo que en algún punto de la ciudad habría vivido sin madre.

Tendida sobre el lecho, aferrada a Charles, podía recordar la noche cuando le contaron que Mill, precisamente Mill, con todo lo coja y estúpida que era, llevó a su marido al lecho. A la cama de Nabe, y se acostó con él. Sin habérselo propuesto Mill había causado un derrumbe, acabando una prolongada Luna de Miel.

Ruth quiso consolarla: un marido es como un niño. Come cualquier cosa si tiene hambre.

Pero fue sólo por estar en su período, y por no presentarse así en presencia del Señor, que no quiso ir a la iglesia ese domingo.

Ella hizo un escándalo después. Porque la idiota de Mill es una sometida.

Cicatriz abierta para siempre.

Charles reparó la herida. Y luego vino lo de Cristian. Pero Lorena nunca pudo olvidar lo pasado. Y cada vez que por el mismo motivo tuvo que quedarse en casa mientras él iba a la iglesia, se ponía de mal genio.

Algunos domingos lo esperaba en ropa menuda. Y se ponía furiosa si él intentara hacerle el amor, porque ella no era la condenada idiota con la que se acostó el otro domingo.

Domingos hubo en que también le aguardó de la misma manera y trataba de provocarle. Pero él, temeroso de que le dijese de nuevo lo mismo, no le hacía caso. Entonces ella le reclamaba porque siendo una mujer decente y no la idiota coja con que él jugó de muñeco sin sentir asco, él prefería ponerse a leer un cochino libro.

Una semana no pudo esperar su regreso. Porque podía ser que él se quedara otra vez en casa de la idiota coja sin sentir repugnancia y ella hubiese tenido que pasar el domingo sola. Alistó su ropa pues, y fue a casa de Ruth.

Tendida en el lecho, indefensa, vencida, pensará en todo eso. Y en su amor también. Porque fue amor lo que la hizo levantarse mañana a mañana durante tantos años y

prepararle el desayuno (bamí, fruta de pan, plátano asado). Y fue amor lo que la hizo aguardarle por las tardes, la cena lista sobre la estufa, y las medias limpias y las pantuflas asoleadas.

Y fue amor lo que la hizo muchas veces tenderse de rodillas a lo largo de los años, para pedir que Dios le protegiese de las culebras.

Su amor había sido así, sin extravagancia. Y tenía que amarle, aunque sólo fuera por haber aguantado durante tantos años sus celos.

Aferrada a Charles, se quedará dormida, para soñar de nuevo con el viejo Pete McForbes su suegro. Y él vendrá con voz sonora:

—Hija, te dije que te cuidaras de Bowman.

—Pero me he cuidado, papá.

—¿Cuidado? Ni tanto.

—Pero me he cuidado y usted lo sabe.

—Sin embargo, te están venciendo. Dile a Charles que saque el polvito que hay debajo del florero grande; que se unte limón en las manos y lo saque.

—Está bien: se lo diré.

—Ahora mismo...

—Charles...

—Charles —gritó Ruth, ah, la fiel amiga Ruth—, Lorena te llama.

—Ya se lo dije, papá.

—Sí, yo te oí, hija. Ahora escucha bien esto: tendrás que ir a San José. Es decir, te van a llevar a un hospital. Van a tratar de que sigas con ellos. Es mejor. Cristian no te odia, pero Nabe sí. Y ella lo manda a él.

Y llegarán a la memoria de Lorena inevitablemente otras fechas. Las que llenan su vida. Las que le dieron alegría y dolor a su biografía.

El féretro de Pete McForbes, añadiendo dolor a su dolor.

Lorena de McForbes, y las manos frías de su esposo, y el rostro impreciso de Ruth, la fiel Ruth.

A esas mismas personas se había aferrado, en el transcurso de los últimos años. Ahora, con la muerte clavada en su nuca, hubiera querido negar la presencia del espectro. Pero ella lo vio. Lo vio, y era blanco, tal como había dicho Ruth. Para algo las dos eran hijas de Obeahmanes.

Lástima que ahora faltaba Mr. Sam.
Pero la vida era así.

Mas, ¿no sería también cosa de Mill? Dios acaso quiso evitar que Mill hiciera tanto daño, y le dijo al diablo que la empujara aquella tarde para que la agarrase el tren. Pero la bandida tuvo suerte y la máquina la sacó fuera de la línea dejándola coja para el resto de la vida. Así, Dios redujo al mínimo las posibilidades de Mill de hacer lo que le diera la gana.

Era de veras una lástima que Mr. Sam no estuviera. Los milagros de su padre no se habían limitado a salvar la finca de Charles. Salvó el matrimonio de Clovis Lince. Porque queriendo a Grace Duke la madre de Clif, Clovis necesitaba una mujer desesperadamente, para atenuar un tanto los efectos negativos del rechazo de su pretendida. En realidad, no tuvo más remedio que juntarse con Mary. Al principio peleaban mucho. Pero un día decidieron consultar a Mr. Sam.

Por lo que Lorena pudo oír, Mill estaba buscando a Clovis como loca, dispuesta a llevarlo a la cama de Nabe. A saber lo que tenía la coja que enloquecía a todos. Un brujo, el que le hacía trabajos a Nabe, le dijo a Mill que le hiciese un entierro. Y cada vez que la fuerza atacaba a los Lince, acababan peleando.

Mr. Sam les dio varias medicinas y unos palillos de dientes para Mary. Y cuando la fuerza del "entierro" agarraba a Clovis y se ponía de mal genio y a insultarla, en vez de contestarle tenía que masticar uno de los palillos y repetir mentalmente: El Señor Jehová es grande y fuerte.

Bastó. Clovis fue al poco tiempo un hombre cambiado, al punto de casarse con Mary.

—Charles . . . Charles . . . el polvito. Quita el polvito.

—Ya lo boté, mi amor. Ya lo boté.

—Charles ... con limón ... use limón en las manos ...
—Ya lo hice ... duérmete ... no te preocupes ...
duérmete ...

El tiempo fue creciendo lentamente. Un año se le hizo simple, entre el salón Francisco del Hospital Nacional, y el cuarto que habían alquilado en la ciudad. El olor a hospital era ya parte de su modo de vida. Las visitas de sus amigos de vez en cuando. La medianoche que buscaba su camino de siempre. Su mano cada día más fría, buscando el destino de las cosas.

No pudo ir aquella tarde al Hospital para el control. Estaba segura de que el médico se pondría furioso porque desde hacía unos meses la hostigaba por cualquier motivo. Pero no le daba de alta. "Es que sé lo que tiene y no la puedo curar. Sí, sé muy bien lo que usted tiene, negrita. Pero no la puedo curar. O a lo mejor, no es eso lo que tiene ...", y se quedaba como ido, mirando la nada.

Pero ella quería ir, quería vencer su depresión. Toda la mañana la pasó triste, doliente más bien. Sus manos temblaron la noche anterior. A las once llegó Charles, cansado, envejecido.

Era demasiado para él. Sus veinticuatro años se habían duplicado. Estaba agotado, agobiado bajo la responsabilidad de mantenerla viva.

Se acostaron. La pasión brotó, iluminándoles, devolviéndoles como relámpago la esperanza de salir airosos. Pero cuando sus cuerpos volvieron a la condición natal, el frío cambió el rumbo de la tarde, marchitándola. Eso nunca había pasado. Por eso, al caer de espaldas, vencidos, frustrados, ella lloró de pena y vergüenza. El se levantó, y cubriéndose —nunca lo había hecho antes— se puso a leer. Ni una palabra dijeron. Estaban cansados y los dos lo sabían muy bien.

Un día lunes se casaron. A pesar de todo, omitiendo el velo lució un vestido blanco. Su padre, el viejo Mr. Sam,

rebotante de alegría gastó sus ahorros. Ella estaba iluminada, pura, y la lluvia no pudo opacar su comportamiento. Se había casado al fin, sin temor alguno. Estaba segura de Charles. Aunque nunca se está totalmente seguro de nada. Pero Charles era bueno. Mejor de lo que hubiera podido pensar.

Sólo que Dios no quiso darle a él un hijo. El único niño que ella tuvo, le había sido arrebatado porque era un niño que no había deseado. Representaba en cierta forma la prolongación del espíritu de un malvado pero el niño era inocente. Inocente. Tal vez por eso, y como castigo, estaba ahora abandonada de Dios.

Ahora, espigas de cristal entre los ojos.

Antes de irse (una extra sale a las seis y el conductor me prometió un empujón: la cosecha se está perdiendo y estamos sin plata) Charles intentó de nuevo encender la perdida lumbre. Fue una experiencia distinta; un largo ritual sin nombre.

Su hijo, arrebatado. A cuántas abuelas antes de ella, durante estos ignominiosos cuatrocientos años de crímenes (el indio asesinado, y sus propios descendientes mestizos, cantan la gloria del conquistador) le arrebataron a sus hijos para venderlos en la plaza: "Vendo negra y a sus dos hijas." "Las vendo." "Las vendo juntas o separadamente a gusto del cliente." "La mayor tiene dos años." Las vendo juntas o separadamente. Y ¿cuántos hijos como el hijo de ella, habían venido al mundo por la exclusiva voluntad del esclavista?, y ¿dónde había estado Dios durante cuatrocientos años?

Porque su pueblo clamaba. Sólo que este hijo suyo no era de ningún esclavista sino de una bestia tan negra como ella. Una bestia. Eso es. Pero ¿era negro? O acaso había adquirido andando el tiempo las características de quienes engendraron a alguno de sus abuelos y en todo caso, educó a los niños negros en su escuela-iglesia durante cuatrocientos años. Pucha mundo este. Pucha mundo.

¿Pucha mundo? Una de las expresiones favoritas de Charles. De él había aprendido tantas cosas. Como eso de los cuatrocientos años. Y sin embargo en Limón hacemos carnaval cada mes de octubre, para celebrar el día de la Raza que introdujo estacas en el año del indio en el nombre de los Reyes Católicos. Y nos sentimos orgullosos del inglés, idioma de criminales. Sí, de traidores. Porque Charles había indagado sobre la experiencia negra, y la pregona-
naba entre los más cercanos a él.

Y pensar que era su propio hermano de raza quien la había violado y ahora la estaba matando. Y llamaba a eso amor. Porque, estando ella en el hospital Cristian vino a verla llorando. Y juró que la quería. "Estoy dándole al orfanato una suma todos los meses. No he desamparado a nuestro hijo." Maldito Cristian que vino a turbar sus horas de sueño con sus razonamientos de bestia.

Y allí en su lecho, Lorena se arrepintió un millón de veces de las horas compartidas con Bowman, de las risas trenzadas juntas, de los ojos ardientes, de las manos afe-
rradas al caminar sobre el riel.

Podía entender en parte su nostalgia, porque ella, a pesar de todo, lo quiso como se quiere a un hermano. Pero él no la quiso nada. En aquel día trágico lo demostró claramente: no la quiso nada.

A lo mejor, durante esos largos años de jugar había vivido deseando, esperando el minuto más propicio para asestar el golpe. Apropiándose de lo que por las buenas, a lo mejor hubiese logrado que fuera diferente. Y ella inocente de todo ello se sentaba de cualquier manera en su presencia, como si fuese su hermano. Lo había visto desnudarse, sin más interés que la curiosidad femenina.

Pero entonces Charles frustró los planes de Cristian. Y por lo mismo él se vengó de tan baja manera. Lástima —pensó muchas veces—, lástima que Charles no acertó los disparos.

Ahora se preocupaba, porque a lo mejor la internarían de nuevo. Y tendría que regresar allá, al mismo salón, y encarar de nuevo a las enfermeras. Verá la muerte rondando allí, las quejas de la viejecita operada de la vesícula,

asesinada por el descuido del personal. Volverán a rondar sus sueños. Porque le recetaron dieta blanda y la enfermera no atendió las instrucciones. Y la señora a quien curaron sin guantes. Y los médicos discutiendo sobre el tamaño del órgano sexual de una paciente muy guapa. Y las lágrimas del marido que vio frustrarse sus esperanzas de tener un hijo, porque se equivocaron de suero y le pusieron a su señora un abortivo. Y el médico, el médico furioso porque era un primo suyo, pero maniatado por sus propias acciones, incapacitado para denunciar el caso por temor. Las lágrimas nublaron sus ojos. Cada página de su estada en el hospital le pesaba profundamente. Porque estar en un hospital nacional es estar dispuesto a morir de cualquier cosa que no tenga que ver con la dolencia que causó el internamiento.

Las noches fueron todas implacablemente hostiles, secuencias de herrumbre que se tienden a lo largo del silencio para siempre.

Después de la partida de Charles, Lorena se quedó de nuevo dormida. Y soñó en las escenas vividas en el Hospital Nacional. Una madre que avanza con el peso de su hijo en brazos. Gritó y, cayendo de la cama, estuvo llorando largo rato.

A su memoria vinieron las experiencias de la primera noche. Ella había llegado grave, en el tren de la tarde. Pero hubo de aguardar dos horas, mientras los funcionarios del hospital llenaban sus cuadros para efectos estadísticos. Entonces le llegó el grito de la afligida madre que ahora había oído en los sueños.

La señora había llegado con su niñita enferma, sus ojos desorbitados, su voz temblorosa, suplicante. Detrás de ella su marido, cargando su cansancio. Y avanzó con el peso de su hija en brazos, hacia la enfermera... sobre los hombros. Había que arrebatársela de la muerte, salvarla de lo desconocido, salvarla para sí, para el mundo.

—¿Trajo los papeles?

—Niña, necesito que me la vean... se me está muriendo...

—¿Trajo los papeles?

—No, no traigo nada. Salí de casa y...

—¡Qué problema!

La niña debatiéndose entre la vida y la muerte. Jadeando, convulsionada; la lividez patente.

Es una sola queja, una sola oración: una sola gota inmensa de angustia, dilatándose entre sus ojos: San Gabriel, Dios, María Santísima... se me muere mi'ja, se me muere mi'ja...

La enfermera pulsó el botón del intercomunicador, llamando a la jefa.

—Es para un visto bueno. La señora está toda melodramática.

—Ya voy.

Lorena, fundiéndose con el tiempo, podía mirar ahora a la jefa. Llevando la taza a los labios, con absoluta indiferencia.

—Pues sí, fijate que te cuento...

—Pero, diay, ¿total?

—Pues nada. Esta bien que el Doctor es un perro, y todo lo que se quiera. Pero date cuenta de que es un médico.

—Sí, aunque uno no esté de acuerdo o no le guste, tiene que comprender que las cosas se pueden decir de otra manera.

—Claro, es lo que te digo. Pero la tal fulana —hizo un gesto y las dos se rieron, mientras seguían tomando el café.

—¡Ay señorita, pásame con el Doctor! Por favor: vea que se me muere.

—Tengo que esperar el visto bueno de la Jefa. Pero está ocupada. Hay que esperar que venga.

—Pero es que se me muere...

—Diay sí, yo con mucho gusto, ¿verdad?, pero dése cuenta que como usted no trae nada. Uno no puede, ¿me entiende? ¡Sí, es que ustedes tienen la culpa!

—Ay, ... señorita, ¿por qué no le dice al Doctor?

—Merce —la enfermera insistió por el intercomunicador—, ¿ahorita venís?

—Sí, ya voy.

Uno de los presentes alzó la voz de protesta.

—Esto es una barbaridad, la atención empeora. La pobre señora afligida con la chiquita muriéndose, y ustedes sentadas allí de vagas en vez de ayudar.

—Se les olvida que somos los clientes quienes pagamos el salario.

—Sí, tiene razón, señor —el murmullo se extendió por toda la Sección de la Consulta Externa.

La enfermera se sintió culpable del dolor de aquella madre. Era cierto que la burocracia entorpecía la labor, hasta opacar la mística original en los menos sensibles. Era, desgraciadamente, cierto.

Se levantó y dirigiéndose a la Oficina del Director con una queja formulada en los labios, expuso la situación.

—Y ¿qué dijo Mercedes?

—Que ahorita venía. Pero fíjese, de eso hace un buen rato.

—Bien, pásela con el Doctor Montefrancisco. Yo le digo.

—Gracias, Doctor.

La madre, agradecida, dijo con los ojos lo que no podía decir con los labios, y entró en el consultorio. La enfermera sonrió, comprendiendo la intención, sintiendo la legítima satisfacción que da el servicio al prójimo.

Adentro, el médico echó una breve ojeada a la niña —tenía decenas de pacientes que atender; tantas vidas fatigando la suya, tanta angustia estrujando sus ojos— y procedió a recetarle un supositorio para la fiebre y una botellita de Donatal.

—Váyase tranquila, señora, no se preocupe. Con esto la niña se compone—. La madre, aliviada en pos de la espermita y la mágica agua dulce y verde como la esperanza de rescatar a su niñita. Y mientras sus pasos se dilataban sobre el mosaico, la jefa, al fin, se presentó para firmar el visto bueno y advirtió a la enfermera que lo iba a pagar caro, pues nadie la había autorizado para pasar sobre su autoridad.

Los pacientes oyeron las amenazas de la jefa, consumiéndose en un espeso silencio. Sobre sus frentes se encrespaba la paz y el sosiego, y la vergüenza de la tarde que también pasaba en silencio.

Se pintaron cruces en el atardecer. Las aves, las flores, el hombre continuaron su incesante peregrinaje a través del éter. Miles de llantas, decenas de miles de llantas cubrieron las calles. Millones de ojos poblaron el mundo.

Lorena sintió deseos de escapar, de salir definitivamente y desvanecerse. Permaneció en tal estado varias horas, haciendo las cosas mecánicamente. No pudo comer. El mundo la aplastaba.

Al fin, un grito semejante al grito de Mill cuando la atropelló el tren, la arrebató del aislamiento, alzó la vista y el grito se materializó en el rostro de la afligida paciente con su niña entre los brazos.

Una semana después internaron a la misma señora en el Salón Francisco. Y Lorena, que recordó la escena presenciada a su llegada, indagó por la niña. Entonces supo el resto de la historia.

—Ay, morena, se me murió la niña. De eso es que estoy aquí. Se me murió y yo traía los papeles. Se me murió en manos del médico.

El Matina surgió de pronto en medio del salón, aunque nadie más lo veía. El río Matina estaba allí, desbordándose, inundando toda la región; y ella lo veía, y nadie más lo veía, y el que ella lo viera, bastaba. Veía la pequeña choza flotando sobre el río, aguas abajo... aguas abajo. Desde nunca las manos de su madre... el grito de horror. El Matina estaba allí aunque ellos no lo veían, el Matina estaba allí aunque nadie más lo veía... el Matina estaba allí, aunque nadie más lo veía...

Impregnada del peso de la tensión, tenía que seguir oyendo las voces cada vez más lejanas.

—Les haré una demanda —el marido amenazaba—, les voy a plantear una demanda de la que nunca se van a olvidar. Ahora verán: voy a ir a los periódicos.

Pero antes de consumirse en la inconsciencia, oyó una voz como procediendo del aire: sí, por cierto, está afligido. Se quejará setecientos noventa y siete veces, en setecientos noventa conversaciones, y allí, desde la comodidad, desde el anonimato, le darán la razón. Y no sabrá seguir el camino que lo lleve a una positiva toma de conciencia, y él, absuelto, visitará "La Guitarra Bar y Cantina de Oro", y con una cuarta de guaro y chicharrones y otra y ceviche y otra y garbanzos y aún otra . . . despedirá a su hija en paz. Y luego, aparte eso, no hará nada.

Lorena se despertó agitada, esforzándose por respirar. Tenía la presión alta.

—Dios mío, me siento malísima . . .

Encauzó todos sus esfuerzos por llegar a la pequeña mesita cerca de la cama, y alcanzando una botellita tomó dos cápsulas.

—Tengo que llamar a Charles . . . ¿qué hago?

De niña, el río Matina se llevó su casa. La visión de la choza flotando sobre la corriente, las manos de la madre tendidas hacia la puerta abierta, arqueando una plegaria de impotencia, quedaron participando de su existencia perennemente. El Matina, la choza, el dolor dibujándose en el rostro materno.

Lento, lento, Charles mío . . . mío más que nunca . . . si pudiera golpear la pared y que me llamen a Charles: él puede, Charles siempre ha podido.

El Matina se deslizaba entre la densa vegetación, con su imponente majestuosidad. Sobre el lomo del agua iba la casa de sus padres, transportada por el río. Los vecinos le habían dicho a su padre que no construyera la casa en ese sitio, porque era tierra floja. Aquella fatal mañana, ella había salido a comprar leche, y regresaba bajo una lluvia fortísima, cuando alcanzó a ver el derrumbe. La tierra cedió gritando y la tierra se posó en el fondo del río, y la choza sobre la cristalina sombra del río; suavemente; la madre alcanzó la puerta de bambú, tirándose al agua, y segundos después asomó a la ventana la figura de su abuela, con las palmas tendidas hacia ella; y oyó el grito horrible

y anticipado de su hijo, antes de que él fuera concebido, con la hondura total.

Tic, tac, tic, tac, el paso de la vida, la sangre, eco de todo, como un tango lento; el amor ganado desde joven, musitando entredientes la canción que Charles escribió en su honor: quedarás ligado a mi amor, tu libertad convertida en mi encierro . . . Tic tac, fatal, inevitable, congelado en sus labios. Y quería perpetuar en los labios de Charles ese ósculo inmediato, cuando los pasos de su vecino resueñan por las gradas, todavía, y la puerta se abre, y sabe que unos brazos fuertes la han suspendido en el aire, tic, apenas tic, imponderable . . .

—Doctor, ¿voy a morir?

—No, haremos lo posible por salvarla—. El sudor corría por la frente del Doctor Suárez. La pregunta era necia: usted está muy nerviosa, ¿por qué no vino hoy? La noche se evaporaba. En la distancia, la tierra destilaba luces que, elevándose, se fundían con las estrellas. Una suprema paz conformaba la noche.

Lorena de McForbes, en la mitad de la intensa espesura, oía pasos resonando por el pasillo, por el mismo balcón donde tantos días había andado. Oyó la canción que una vez Charles compuso en su honor, resonante en el eco: "amor, cuando ya no queden cimas, escalaremos hasta el mío. Amor cuando ya no queden valles, descenderemos hasta el mío."

De pronto se levantó curada y echó a andar por el pasillo. Al cruzar la esquina del corredor, vio al Dr. Suárez bajando las gradas. Apresuró el paso, tratando de alcanzarlo. Lo vio detenerse de repente en medio de la sala, y frotarse los ojos. Con asombro, vio a alguien acercándose con una mirada suplicante. Su corazón saltó de pronto con sonido de bronce, estrellándose en el mosaico.

Se detuvo delante del Doctor, con la palidez de la madrugada presa en la frente. Le pareció entonces oír la voz de Charles, su grito desesperado, inútil, y vio unas lágrimas deslizándose por las mejillas de una Ruth anémica.

La noche se le quebró en dos y de sus entrañas salió una sustancia viscosa que se le subió por una costilla.

Lorena nació sin el pecado falaz que la sociedad le atribuía. Porque el pecado original está en la sociedad en que nacemos, víctima de su propio mal. Ella no tuvo la culpa de su nacimiento, ni fue en realidad la causante de la muerte de su madre. Su madre murió porque todos mueren. Unos en el parto. Otros al nacer. Algunos llegan a viejos. Era la vida, absurda y no obstante, llena de sentido para quien descubría el arte de vivirla. La engendraron una noche junto al arroyo, que susurraba, y de eso tampoco tuvo ella la culpa. Y fue muy tardía la hora en que María, consternada, descubrió que no quería tener el hijo de un brujo negro. Fue un descubrimiento torpe, hecho cuando ya los meses de embarazo hacían imposible el placer. Prefirió librarse de ella. Pero Mr. Sam preparó una "contra" que le salvó la vida al feto. Y Lorena nació a pesar de los intentos criminales de su madre, pero María falleció ahogada frente a los ojos dilatados de la hija que quiso asesinar.

Mr. Sam la llevó a su casa inmediatamente y contrató a la madre de Ruth para que se ocupase de ella.

La hija del Obeahman fue una excelente estudiante en la escuela de inglés de doña Gretel de Duke, abuela de Clif. Y creció en compañía de las mejores del pueblo: Mill, Grace, Nabe y Ruth... Sólo que algunas se echaron a perder.

A la sombra de su poderoso padre, sus años transcurrieron, entre la penumbra y la luz cotidiana. Y así llegó a la edad de miel, cuando la conciencia de su femineidad se convirtió en la única causa de todo lo que se hace, y Lorena se hizo tímida, retraída.

Al fin una tarde apareció Charles. Y después lo que pasó en el matorral. Y luego estos años... años... Eso es, seis años.

Recordaba también lo sucedido con Cristian. Los sufrimientos pasados por obra de Nabe. Y la noche en que despertó con un dolor terrible y llamaron a Miss Ann la Partera. Y el viaje a San José con el niño. Y el regreso

vacío. Y la mentira: el niño ha muerto. El niño ha muerto. Pero sin saber por qué, le dijo a Cristian la verdad.

Lorena tenía que morir recordando el surgir de la flor que vence la resistencia del bulbo al amanecer. La espesura de las noches vividas. El sol ardiendo en el rostro sediento de la tarde. Sus manos sosteniendo el movedor, el cacao bailando en el barbecue; el súbito recuerdo de la carne quemándose en la estufa. Corrió hacia la cocina para quitar la olla. Entonces escuchó el terrible rumor de los espíritus, y desde el radio, el cantar de los votos del contrario, el espectro golpeándola y la voz de Miss Ann, intermitente, sudorosa, el dolor ahogándole los gritos del niño, salvajes, crueles, contundentes, frías, las manos del bestia de Cristian aferradas a su espalda, recorriendo impacientes su cintura, y ella lo odiaba, lo odiaba en medio de su locura pero no podía rechazarlo, no tenía fuerzas para resistir, el golpe seco en la nuca, Miss Ann... "Es un varón." ¿Un varón? "Sí, un hermoso varón."

De pronto se vio rejuvenecida cruzando la sala de espera. Nadie se lo dijo pero Lorena lo supo.

VI

CUANDO Ester extendió amorosamente sus brazos aquella mañana, sus dedos recorrieron en vano la almohada. "Amor", murmuró con ternura, su mente inmersa en un exquisito sopor. "Amor" —insistió, sus labios entreabiertos esperando el contacto de unos labios gruesos, vivos, jugosos. ¿Amor?—, sus ojos se clavaron de pronto en el cielo raso. Pensó que él estaría en el baño, o acaso en la sala leyendo. Desde la noche anterior al salir de la conferencia, había notado algo extraño en él. Algo indefinible, acaso producto de su imaginación. Asunto que, en todo caso, le pareció importante.

Retrajo mentalmente el calor abrasante de su instante de plenitud. Lo quería, sí, y que el conferencista

dijera lo que le diera la gana. Al fin y al cabo ella no era de la clase pobre y por tanto, nadie podía decir que buscó un profesional negro para salir de la pobreza.

Tampoco era necesario que él la escogiese. Allí estaba Magdalena, más guapa que ella, de la misma familia, rodeada del mismo prestigio. Porque nadie hablaba de la prima de Ester sino de las hermanas Centeno.

No, no era eso. Ella lo quería a él, como una mujer puede querer a un hombre. Y él, era evidente, la adoraba también. Tenía que ser así. Su voz entre sueños, casi suplicaba que fuera así. Porque tenía que ser así. Era absolutamente necesario.

Cuando despertó horas más tarde, no encontró a su marido. Era muy curiosa la manera de irse, porque había dejado el auto en el garaje. Primero creyó que él estaría en el barrio. Luego dedujo que el auto estaba averiado. Pero ninguna de sus repetidas teorías explicaban por qué él se marchó en la madrugada, sin desayuno y sin despedirse.

Mientras lo aguardaba —a él o a su voz por teléfono— preparó un buen desayuno. La empleada llegó tarde. Ester fue al baño, disimulando su creciente preocupación. El agua fría, acariciándola con eficacia, penetraba los poros.

El agua lograba su objetivo.

El amor tenía algo que frustraba, porque el momento de plenitud donde los seres comulgan, pasa inexorablemente sin que los amantes consigan penetrar el uno en los poros del otro. Salió del baño sobresaltada. Al ver en el espejo su palidez acentuada contra la blanca pared del fondo, recordó la charla de la noche anterior. "Y se buscan una mujer blanca, la más blanca posible..."

Pero la fórmula no podía aplicarse en su caso. Ellos se amaban de veras; desde más allá del odio, construyeron del odio un intenso amor. "Oh Dios, una vida larga para empezar el sueño perdonando."

El día no se detuvo como se detuvo ella. A las once llamó el Doctor Pineres para saber los resultados de la visita de su esposo al psicoanalista. Así se enteró Ester de la trayectoria matinal de su marido.

Después del mediodía tomó ella la iniciativa, llamando al especialista para preguntar por los resultados de la consulta. Díaz dijo que, naturalmente, no podía dar el reporte por teléfono, pero que ella fuese a su despacho. Y de paso, la invitó a salir, mencionando algunas frases aisladas sobre los negros, que ella prefirió disimular.

Al atarceder llamó al Dr. Centeno, su padre, quien acudió enseguida. La encontró melancólica, manchando con su palidez crónica el claroscuro del orto.

—¿Nada de Charles, hija?

—No, papá, nada en absoluto.

El viejo quiso informar a la policía, pero Ester le hizo ver que eso sólo traería problemas. Porque Charles había ido a ver al psiquiatra, y por tanto, le sucedía algo. Eso en los periódicos no convenía ni a los Centeno ni a Charles.

El Dr. Centeno insistió en que ella exageraba, y que además estaba demasiado empeñada en proteger a su marido.

—Le debo mucho a Charles...

—¡Ah sí! Yo creí que era al revés.

—Papá, ¿por qué decís eso?

—Nada, que se me ocurre que... bueno... no tiene importancia. Charles debe haberse vuelto a Limón.

—Pero... ¿a Limón? ¿Por qué iba a hacer tal cosa? No hemos tenido ningún problema.

El Doctor se quitó los anteojos para limpiarlos con su pañuelo. La luz de la lámpara se reflejaba en el vidrio, en esa imposible dimensión de las cosas reflejadas.

—Ester, cuando conociste a Charles, ¿quién era?

Ella cerró los ojos. No era el momento para tales remembranzas, sólo quería recuperar a "su" Charles, el que la hizo abandonar definitivamente su vocación de soltería.

Pero el Doctor, con su autoridad de padre, estaba dispuesto a obligarla a reflexionar sobre sus relaciones con Charles. Sólo una vez pudo Ester rebelarse con éxito a esa autoridad, y fue precisamente en el caso de su marido. El viejo protestó apasionadamente cuando supo que

Ester había respondido afirmativamente a la declaración de su pretendiente. "Yo lo aprecio, pero no estoy de acuerdo con los matrimonios mixtos. Pero, qué diablos, si ahora es de la familia tengo que defenderlo." Y en efecto cerró las puertas. En cambio su madre nunca lo hizo. "Te casaste con un pelagatos y de feria negro" solía decir por cualquier motivo. Y por otra parte Ester tuvo que luchar con la ira de Magdalena: sos una traidora, eso es: una cochina sucia traidora.

Y la pérdida de viejas amistades, que se resquebrajaron ante la realidad de su matrimonio con Charles, como si hubiese cometido un delito grave contra ellos. Y por fin, la cuidadosa y lenta reconstrucción del círculo de amistades.

—Papá...

—Te acordás, ¿no es cierto?

En efecto, ella se acordaba. Charles McForbes entró en la casa sudando, con hondos trazos de dolor en su rostro.

—Charles —dijo el Doctor—, le presento a mi hija. A Charles se le murió su esposa hace poco y está deshecho el pobre.

—Mucho gusto —dijo ella, pero en realidad quería decir: "qué raro papá andando con negros."

—Hicimos lo posible por salvarla —dijo él—, pero no pudimos...

—¿No pudieron?

—En realidad, ni Suárez ni yo pudimos dar realmente con el problema. Si me preguntás ahora, yo no sé qué diablos tuvo esa mujer. Lorena, Lorena se llamaba.

Ella les ofreció tragos. Charles pidió el baño; su figura atlética dibujó un camino rítmico en media sala.

—Es un buen muchacho.

—A vos todos los negros te parecen buenos, papá.

—Es bueno, Ester. Hubieras visto su devoción durante el año. Todas las semanas se iba a la finca y volvía. La cuidó con fe. Esa es exactamente la palabra, Ester: fe. Por eso me duele tanto que le falláramos, pero diay... Ahora está buscando trabajo aquí. Quiere estudiar.

—¿Qué sabe hacer?

—Trabajo de campo. Pero fue al colegio. Estuvo aquí en el colegio.

—Y ¿va a estudiar qué?

—Quiere ir a la Universidad. Pero el pobre está tan enredado.

—¿Enredado?

—Sí, con mujeres. Y además estuvo preso. Le pegó un tiro a uno que violó a su mujer.

Charles salió del baño, y dirigiéndose al asiento levantó la copa para brindar por "la hermosura de la hija de usted". Ella, ruborizada sin saber la causa, tosió para disimular su congoja. Charles sonrió, sus dientes, fila de mármol destellando luz, llamaron la atención de Ester. Era la primera vez que veía en un negro algo que valiera la pena.

—Papá, cuando conocí a Charles era un hombre, igual que ahora.

—No, igual no. Era un negro de Limón. Ahora es alguien. Es un gran muchacho, no se puede negar. Los negros lo que necesitan son oportunidades.

—Pero papá, sigue siendo un negro de Limón...

—Y precisamente, eso es lo que me preocupa.

Eso lo dijo con un aire sofisticado que molestó a Ester. Su padre no podía o no estaba dispuesto a comprender que ella amaba a Charles precisamente porque había encontrado en su negritud una profunda humanidad.

No pudo evitar quererlo, y tampoco hubiese tratado de resistir. A partir de esa sonrisa, él la había hecho consciente por primera vez de la humanidad de los negros.

—Lo quiero, papá, lo quiero tal como es.

—¿De veras? El ha tenido que cambiar mucho para ganarte.

—Qué estás...

—El muy simplón: se ha dedicado por completo a una sola cosa. Merecer a Ester Centeno.

—Todo lo que sé es que lo quiero —afirmó Ester indignada.

Sin embargo, durante sus años de infancia no quiso a los negros. Desde la ventana panorámica de la residencia de los Centeno, ella veía pasar los días. Des-

de detrás de las rejas onduladas, la pequeña miraba el acelerado movimiento de la ciudad, creyéndose la dueña de todo. Los policías le parecían de juguete, puestos allí para divertirla. La gente, los perros, inventados por ella para su propio gozo. Los perros copulaban en las esquinas ante el asombro de los niños juguetones. Y dos veces al día, los jóvenes en uniforme que con el tiempo llegó a representar para ella el colmo de la cursilería, desfilaban por la calle hacia y desde su centro de estudio. Magdalena su prima —huérfana recogida por los Centeno— cada vez que abría la puerta para que entrara o saliera el Doctor, formaba parte de los juegos infantiles de Ester.

Y también era parte de su recreación del mundo, el lechero, que todos los días a las nueve, llegaba por la puerta de servicio y Magdalena le abría.

Nadie en el barrio compraba leche cruda, salvo su prima, que alegaba hallar especial deleite en dicho producto.

El lechero traía infaliblemente unos huesos para perros amaestrados, y una caricia para Ester. Luego, se encerraba a jugar con Magdalena, y se iba calladamente por la misma puerta.

Después del almuerzo Ester hacía la siesta invariablemente. Cuando despertaba a las tres, sus padres se habrían ido de nuevo al trabajo: él, médico en el Hospital Nacional; ella, Jefa de Personal de un Ministerio de Gobierno.

En las primeras horas de la noche regresaban sus padres. Él para enfrascarse en la lectura del diario; ella para contarle, al mismo tiempo que él leía, las nuevas aventuras de la Sociedad de Damas de la cual era miembro.

Luego su padre la llevaría a la cama antes de salir él de nuevo, y en un murmullo aglutinado finiquitaba su jornada.

Sólo una sombra empañó su rutinaria niñez: la horrible figura de un negro que arreglaba los jardines del barrio. No porque él le hubiera causado daño, sino porque Magdalena y la empleada —que de cuando en cuando se encerraba con Magdalena y el lechero— la intimidaban constantemente

con el negro. Si no hacés esto o aquello, te va a llevar el negro. "Ajá, Ester, ahora sí: el negro viene por vos." Y se reían alborozadas mientras el pánico devoraba el corazón de Ester.

"Venga, Míster Fly, venga llévese esta chiquita malcriada"—, y Ester huía para echarse sobre la cama y llorar desesperadamente. Era de odiarle. En primer lugar, no había razón para que escogiese precisamente su barrio para limpiar jardines. Y luego, no debería reír cuando las muchachas lo llamaban. Y odiaba a su padre cuando se llenaba de compasión y le decía al negro: "Abrahams, vení arreglá esta carambada. Ganate unos centavos. ¿Querés café?" Y con pasmosa tranquilidad se sentaba a tomar café con él, fumando y conversando sin temor.

Algunas veces su padre llegaba al colmo de llamarla, para que saludase al negro Abrahams. Acostumbrada a obedecerle, se acurrucaba detrás de su padre, confundida por la sucesión de pánico y al mismo tiempo de admiración por el valor de Lucas.

—Saludá al morenito —insistía él—, decile: cómo le jauer yu?—, y entonces Abrahams, alentado por la confianza del Doctor, acariciaba la cabeza de Ester, sonriendo.

A la primera oportunidad Ester se escapaba de aquel martirio, y entonces la empleada y su prima le exigían asearse y pasarse alcohol.

"Tené cuidado con ese cochino. Los negros ni se bañan ni se peinan. Y además vienen de un lugar llamado Africa, donde la gente se come a los chiquitos."

Ester no tuvo otro remedio que obedecer ciegamente la voluntad de las inseparables amigas; la una empleada, la otra prima. Fue una niña sumisa, tímida, inhibida de actuar.

Y por eso se fue haciendo compañera fiel de la ventana.

—¿En qué pensás ahora?

—En nada, en lo mismo. No, no es cierto: estaba pensando en Abrahams.

—Ah, ese viejo sinvergüenza. Es un buen negro. Trabajador, pacífico, siempre sonriente. Me gustan los negros de ese tipo, siempre cantando y bailando. Nunca pude explicarme por qué lo odiaban ustedes.

—¿Ustedes?

—Magdalena y vos.

—Pues . . . qué querés que te diga. Son cosas de esas.

Ester tuvo el impulso de explicarle a su padre toda la realidad de su infancia. Sus horas de desvelo, sus sueños, sus pesadillas, el lento temor que fue creciendo en ella gracias a la labor incansable de Magdalena y la empleada. Pero quizás tales explicaciones no producirían sino amargura en la mente del viejo. Por eso prefirió callar.

El teléfono empezó a sonar. El mundo de Ester de McForbes se volvió de pronto al revés, dando camino a una descomunal esperanza.

El médico volvió a ver a su hija. Podía intuir la hondura de su estado emocional en esos instantes. Dejó que el teléfono sonara dos veces antes de levantarse y dirigirse al aparato con lentitud.

“El o su voz —Dios mío— él o su voz.”

Los segundos empleados por el Doctor Centeno le parecieron largos a su hija. Eternos más bien, como si con vocación sádica él hubiese querido disfrutar del dolor intenso y la ansiedad de su hija. Pero lo cierto era que el Doctor se había movido con normalidad; Ester no estaba en condiciones de percibir la realidad. Su mundo era en esos instantes un mundo extraño, dibujado en papel carbón.

Levantó el auricular y dijo “aló” con su característica serenidad. La misma serenidad que de niña ella le vio exhibir en presencia del negro Abrahams.

El o su voz al otro lado de la línea: todo el día había estado aguardando ese momento. Su voz, al otro lado de la línea: amor . . . amor . . . Y ella estaría llorando, rogándole que regresara a casa, a sus brazos vacíos.

—Es Pereira; pregunta por Charles.
—¿Pereira? Que llame luego.

Ester cargó tres dolores anchos sobre su propio dolor, para echarse vencida sobre su cama. ¡Todo en un día! Su marido enfermo mental; su prima con un ataque cardíaco; su padre totalmente agotado y acusándose de matar a Engracia.

Fue instruida en el Colegio aristocrático de la Explanada de Mata Redonda. Siendo hija de una familia pequeñoburguesa, heredera de sangre de ilustres ciudadanos, no podía sino matricularse en uno de los más prestigiosos planteles.

Durante los primeros tres años no tuvo mayores problemas. Era una alumna destacada, y gozaba de la simpatía de sus compañeras. Sin embargo perdió el tercer año. Mas no tuvo que repetir, gracias a la intervención de su padre ante el Director: era una Centeno.

Luego en cuarto, le tocó ser compañera de un negro. Era un muchacho tímido, de mal carácter, que pronunciaba sus haches aspiradas y omitía las jotas.

Educada a la sombra de las ideas de Magdalena sintió gran repulsión por él: dio rienda suelta al odio acumulado a lo largo de su infancia, fue una implacable enemiga del muchacho. Lo recordaba en el aula frente al profesor, mientras ella, o un tal Carlomagno, primo segundo de un ministro de Estado, instigaba a los demás a unirse a su campaña. Le recordaba frente al profesor, tratando en vano de ordenar sus ideas para responder a las preguntas, y entretanto los demás decían mil impropiedades en voz baja.

“Hey, Blaky, Blaky no saber nada. No entiende. Blaky sólo entiende de cacao y banana.” Y él luchaba por vencer su congoja, por concentrarse en lo que decía el profesor, mientras Berrumo le invitaba a sentarse.

“Todo está a oscuras. Cabeza de mono no puede ver lo que el profesor está diciendo.” Y se echaban a reír a grandes carcajadas. Los muchachos, poniendo en duda su propia reputación sexual, gustaban de referirse a él como

"La Morrena". Era lo único que lo convertía en fiera: ustedes serán invertidos —gritaba— pero yo puedo probarle a sus hermanas que no lo soy.

Un día, una profesora lo oyó decir eso, y lo hizo sancionar con el beneplácito general. El muchacho se defendió alegando provocación, pero lo único que sacó fue la redoblada burla de sus compañeros, quienes lo esperaban a la salida para calificar "gentilmente" a su progenitora.

Pérez fue el único compañero que no apoyó la campaña de Ester. Se asoció con El Negro desafiando a los demás, y trabó amistad con él. Eran buenos atletas ambos, y Pérez el héroe del colegio. Resultó casi imposible obligarle a escoger entre el prestigio y la amistad, pues era tal su prosperidad que disfrutaba de ambos tranquilamente. Y en más de una ocasión el grueso de los compañeros se abstuvo de mortificar al negro para no ofender a Pérez.

Pero la infatigable Ester averiguó la humilde ascendencia de Pérez. Sabiendo que residía en el Cerrito, en una casa humilde, y que su padre era vendedor de verduras en los elegantes barrios del este, planeó un paseo en la tarde. Y llevando a los más influyentes, pasó a la casa de Pérez con el pretexto de "recogerlo".

De allí en adelante, la tarea de desprestigiarlo fue más sencilla. Los veía andar juntos, en medio de los compañeros, padeciendo el acoso de las miradas, las risas, y las insinuaciones maliciosas. "Verduras y frijoles negros" —gritaba alguno—. "Cochinada" —replicaba otro.

Sin embargo, al correr del tiempo, el negro comenzó a volverse cínico. Sus ojos revelaban una risa burlona. Ester redobló la hostilidad, pero sólo consiguió acelerar el proceso. Y un día, al verla pellizcando a una compañera, se dirigió directamente hacia ellas:

—No sé por qué perdés tu tiempo, ricura, pellizcando a la pobre compañera. Vamos nosotros por allí y te dejo pellizcarme todo lo que quieras.

Enfurecida, Ester le lanzó un manotazo. El sólo se frotó el mentón y se echó a reír.

—¿Qué pasó? —preguntó Pérez, que se acercaba con otro muchacho.

—Esta mujer... Quería que la besara frente a la compañera, y como me negué se enojó... y bueno, el resto, ustedes lo vieron.

Al día siguiente se propagó la noticia, y muchos comentaban que "con razón lo persigue tanto". De nada valieron las explicaciones de Ester y de su compañera: la mentira, por ser lo que es, se propagó con increíble rapidez.

Pero lo que Ester sentía era odio. Con vivo interés leía los cables que contaban los desmanes en el Congo. ¿Cómo es posible? —preguntaba a sus amigas—. ¡En pleno siglo veinte! Está bien, yo sé que algunos blancos hicieron lo mismo —le respondió a un profesor que osó defender al Congo a la luz de la historia—, yo sé que ellos están vengándose lo mismo que España se vengó de los moros y América del Sur de sus opresores, pero, eso de las monjas es demasiado.

Y con cuánta satisfacción oía los comentarios de un periodista radical:

"Yo estuve en Watts la semana pasada, y los negros allí viven muy bien."

En el comentarista aquel juicio era tolerable, dada su mediocridad. Pero Ester, que era hija de una familia preparada, conocía la triste historia de la larga esclavitud, incluyendo lo que el Dr. King narra en su libro "Por qué no podemos esperar", que su padre le leyó en el idioma original; y la libertad para morirse de hambre, la discriminación humillante que aquella raza había sufrido en su peregrinaje.

Pero, también, Ester conocía otra historia: la escrita por las dependencias oficiales, tergiversada en algunos puntos, idealizada en otros, La Fábula⁽¹⁾ permanecía para bien de los espíritus que necesitaban siempre de ilusiones para vivir.

Se quedaba con eso. Era su realidad: "el negro desciende del mono; es un ser en estado de evolución permanentemente inferior", y punto.

Por eso, la tarde aquella cuando su padre trajo a Charles a casa, tuvo que hacer un gran esfuerzo por com-

(1) Emerson.

portarse a la altura de una mujer decente y no pedirle de una vez que se fuera de allí o dejarlo sentado en la sala disfrutando de la compañía del Doctor, que tanto placer parecía experimentar en su presencia. Desde luego la sonrisa amable de Charles empezó desde entonces a cambiar la imagen.

Durante los meses siguientes Charles frecuentaba la casa. Estaba estudiando y necesitaba la ayuda del Doctor. Con el tiempo Ester empezó a explicarle algunas cosas, y pronto se quedó sorprendida de su inteligencia.

Lo vio ganar tres años seguidos con notas distinguidas; traer flores a la casa después de cada serie de exámenes ganados; ayudarle a ella después con su inglés; velar su lecho en los momentos de enfermedad; suprimir para complacerla muchas de sus costumbres, adecuarse a ella, vestir a su manera y, finalmente, ganar el cariño de Magdalena y entonces sus celos.

En realidad lo de Magdalena y Charles no duró mucho. Al principio la prima se mostró tan implacable como siempre en su trato.

Pero acaso en su prima se fue dando el mismo proceso, y gradualmente Charles se fue calando en su corazón su propia hondura. Un día —según la versión de Magdalena— estaban en el baño los dos. Algo se había descompuesto, un toma-corriente, una percha, cualquier cosa sin importancia, y Charles estaba arreglándolo y Magdalena entró y de pronto lo encontró muy humano y sobre todo muy hombre... y luego fue allí mismo y después...

Pero no podía durar mucho. En Charles parecía ser una venganza por los años de sufrimiento, y en ella, un gesto de sincero arrepentimiento. Como si con su inesperada entrega pudiese borrar la historia acumulada a lo largo de tantos meses: la infancia de Ester, en sus años en el colegio, sus primeros contactos con Charles.

Y se fue muriendo en él, mientras ella se aferraba más y más. Y entretanto Ester ardía en celos. Una noche se descubrió llorando, las lágrimas silenciosamente corrían sobre sus mejillas pálidas. Pálidas y sin destino. Porque sin ella saberlo, los años la habían adecuado a él. Una noche Pé-

rez vino a verla. Era su eterno amigo, y además su más fiel pretendiente. Y hubiese querido convertir su amistad en matrimonio. Pero Ester se resistía. Se negaba a entregar a él lo que la sociedad definía como lo más importante y que no era sino una membrana que luego pasaba a formar parte del olvido. Y tampoco se casaba. Pérez estaba ya desesperado, cultivando en cambio la amistad con los suegros.

De modo que el pretendiente llegó esa noche, un poco tomado, dispuesto a llevar su larga persuasión hasta las últimas consecuencias. Posiblemente convencido de que ya nada tenía que perder, decidió tratar de hacerla suya. La tomó en sus brazos, reduciéndola a la impotencia sobre el sofá y la besó largamente.

Estaba seguro de lograr su objetivo por tales medios. Pero no contó con Charles, quien dormía en el cuarto de las visitas. Despertado por las protestas de Ester, salió violentamente hacia la luz agitada de la sala. Las consecuencias fueron graves para Pérez. Hubo necesidad de internarlo dos días en el Hospital Nacional.

Esa noche, llorando, Ester se aferró a Charles, atacada por una profunda impresión nerviosa. Esa noche, llorando, él la besó por primera vez.

Ahora, sobre el lecho, las lágrimas se escurrían libremente sobre la cara y a lo largo de los oídos. Oyó a lo lejos la medianoche, y el cansancio se hizo largo como el tiempo.

Centeno se sirvió una taza de café sin invitarla.

—Te casaste con Charles porque te salvó de ser violada, ¿no es cierto?

—Papá, me casé con Charles porque lo amaba. Pérez no me estaba violando, me besó nada más.

—Pero Charles creyó que estaba tratando de violarte y puesto que...

—Papá, te repito que me casé por amor.

—Luego tú te dejaste convencer de Charles y llegaste a la conclusión de que él era el dueño de aquello que salvó, en todo caso, creyó salvar.

—Papá, no te permito . . .

—¿No me permitís, Ester? Un negro que yo encontré un día en el hospital, destrozado y dispuesto a matarse porque su mujer se había muerto de nada. Sí, de nada. Pero se murió de todos modos. Y luego se fue, se fue de nuevo al monte donde lo parieron, y dejó a una mujer blanca con una panza y se vino; una mujer casada, mucho mayor que él. Y luego me busca, me pide ayuda y se la doy, y lo recibo en mi casa contra la voluntad de mis hijas y lo convierto en hijo adoptivo; carajo, y luego, hace de una su amante y se casa con la otra, y un día de tantos se cansa de ella, se hace el loco . . .

—Papá, te ruego que . . .

— . . . no me interrumpás, Ester. Se hace el loco y se va y la deja. Y entonces a las dos les da un ataque; una estuvo entre la vida y la muerte . . .

—¿Entre la vida y la muerte?

— . . . Y la otra, aquí está, y no se ha muerto porque es dura como una piedra, y finalmente yo caigo agotado, y pude haberme partido la cabeza en esas gradas. Y ahora, hablo, quiero hablar, la boca es mía, las hijas son mías, y yo lo traje a casa. Y quiero hablar. Y si tu mamá viviera me estaría diciendo: a eso nos has llevado. Y quiero hablar, y mi hija se opone. Dice que no me lo permite. ¡Con todos los diablos! ¿Pero es que no tengo derecho a protestar, cuando mis dos hijas casi no se hablan por culpa de ese negro? Carajo, eso es el colmo . . .

Y si tu mamá viviera. Ester la recordó saliendo de su casa como de costumbre, hacia el salón de belleza. Sus manos blanquísimas, puestas sobre el fondo negro del volante. Todas las mañanas de lunes a viernes pasaba a la casa de Ester, para desayunar y ayudarla con su pelo. (Charles insistía en que ella conservase el pelo largo.) Y se iba a media mañana al salón de belleza o bien a realizar alguna gestión a nombre de la Sociedad de Damas.

Y esa mañana salió como siempre en su auto. A las cuatro de la tarde Ester oyó por radio la noticia del accidente.

—¡Papá! —Ester se lanzó sobre él—. Papá, vos no podés entender, papá. Charles es como el fuego. Una huye porque el fuego quema. Pero una necesita el fuego, papá. Las llamas lo arrasan todo, pero una necesita el calor que dan.

—Como el fuego, ¿eh? Como el carbón diría yo.

—Papá, trata de entender. Charles es una persona extraña; no es ni negro, ni blanco. Está más allá de esas definiciones. Tal vez sea satánico: una mezcla extraña en todo caso, que la enloquece a una. Estoy enamorada, papá...

—Sí... —el médico dejó caer sobre el piso un suspiro enorme como el viento.

—Sí —repitió—, estás enamorada. Ese es el problema. Vamos a caminar.

—¿Caminar?

—Sí, caminar.

—¿A estas horas? Y ¿si Charles vuelve?

—No va a volver por ahora. Y si volviera que espere un poco.

—Pero.

—Vos lo has esperado todo el día. Vamos.

—A caminar a estas horas.

—Vamos en auto. De por sí, hace frío afuera...

El parque, la iglesia de La Merced, otro parque, otra iglesia, altos edificios, calles irregulares, pocos transeúntes, minifaldas que se exponen al frío de la noche, agonía de un pueblo que gime, lenta secuencia de cosas moribundas, profundas huellas de dolor por las calles, papelotes con fotos de los candidatos de la pasada campaña electoral, polvo...

Ester miraba la anchura del cielo donde colgaba la Luna, salpicaduras de estrellas en la interminable vastedad, y más atrás el infinito. El auto avanzaba con lentitud. A lo largo de la autopista, el verdor de las plantas se había teñido de luz amarillenta y de tinieblas; clareaba el horizonte, como inconcebible amanecer meridiano.

Un grupo de jovencitas, bromeaban entre sí, en algunas esquinas, en tanto esperaban al cliente de la noche. Vigi-

laban también a los vehículos rojos, por si alguna radio-patrulla quisiese sorprenderlas. Y de cuando en cuando, Centeno tenía que frenar para dar paso a la veloz huida que emprendían contra vía.

—Qué relajo —dice Centeno—. Qué relajo el de estas jóvenes de ahora.

—Papá —respondióle Ester tras un largo silencio—: los jóvenes de hoy son los hijos de los de ayer. Si andan mal, es que no hemos podido educarles.

—Por lo menos no me salís con las explicaciones de Magdalena.

—¿Qué dice ella?

Salieron de la ciudad y tomaron la carretera abierta rumbo al oeste.

—Magdalena ha estado saliendo con un muchacho que es profesor de la Universidad. Sociólogo o algo así.

—Julio.

—No. Con Julio ya rompió. Creo que se llama Martín o algo parecido. El asunto es que le ha metido cada idea rara en la cabeza.

—¿Comunista?

—No, tal vez no llegue a tanto. No, creo que a eso no llega. Pero... Mirá, según él, la prostitución es un producto lógico y necesario en nuestra sociedad.

—¿Así no más?

—Sí. Dice que nuestra sociedad está basada en el dinero. No hay trabajo para todos —dice— y es por eso que hay tantas... Magdalena cree en él como se cree en Dios. Se olvidan del problema moral.

—Papá, a veces el hombre puede más que la moral.

—Ester, te diré una cosa: estas prostitutas lo son porque sus padres son unos indecentes o unos ignorantes. Son así porque no tienen educación.

—Seguí, papá.

—¿Cómo, seguí, papá?

—Y los pobres no tienen educación porque...

Lucas Centeno guardó silencio. La noche penetró en el auto, iluminándoles.

SEGUNDA PARTE

VII

ESTUVE andando tamaño rato. Pucha, no sé por qué, pero no se me ocurrió en ningún momento preguntar en dónde estaba. Sencillamente me limité a andar como tonto, acumulando las horas bajo mis pies.

Quizás el hecho de no preguntar no era sino mi temor de regresar a casa. Un pretexto entonces, inconsciente, que me obligaba a seguir en suspenso, mientras trataba de entender exactamente qué me estaba sucediendo. Porque imagínense que me presentara a mi casa, y mirando la cara alegre de mi señora, la saludara.

—¿Qué desea?

Y yo estaría allí como un estúpido, sin saber a ciencia cierta cuál era la respuesta más conveniente. Porque, ¿cómo se le dice a una esposa que uno se volvió negro en la madrugada, un poco antes o después de hacerle el amor?

Y todavía más ridículo, pretender entrar en la casa, reclamándola como propia. Enseñar la llave, llevar la misma ropa, y tener la misma voz. No, la verdad es que la situación era demasiado absurda para ser enfrentada. Porque uno puede enfrentarse a grandes problemas y vencerlos, pero es necesario que tengan algo de lógica. Pero, ¿qué se hace ante lo absurdo? (Niña, niña, ¿por qué él es tan negro?)

El primer trago supo bien. Un calor recio se fue posesionando de mis intestinos. La tierra toda empezaba a arder.

(¿De niño, sentada en la clase frente a la maestra, una niña hermosa de ojos celestes y cabellos rubios había hecho la pregunta: Niña, ¿por qué él es tan negro?)

Con ansiedad repentina todos esperábamos la respuesta. Porque habíamos jugado en el río, el zacate y el barro sin diferencias. Nadie hizo jamás ningún distingo. Pero, pucha, la rubia tenía que ser.

De pronto pues, nos encontrábamos en bandos diferentes. Opuestos por una extraña condición biológica que nadie había notado antes y la respuesta era importante. Demasiado importante. Por su parte Walker, sometido por primera vez él también a la realidad de su color, miró a los otros. Estaba en un mundo blanco. Nunca me olvidaría de los ojos desesperados del muchacho, buscando mis ojos, suplicando en nombre de una larga amistad que le tendiese una mano.

Los ojos de Walker, estallados en pánico, veían romperse el cordón umbilical que lo había unido totalmente al resto del grupo; miedo de ser definido y como consecuencia de tal definición, ser apartado del grupo definitivamente.

La maestra por su parte fue incapaz de actuar en forma natural. Cuando habló, ya era demasiado tarde para que no comprendiéramos que algo estaba terriblemente mal en el mundo, desde que una diferencia que ninguno de nosotros había provocado, nos dividía, superando los vínculos de cariño que nos habían ligado durante todos esos años.

Era evidente que la maestra tampoco se atrevía a definir a Walker. Y dijo con un agudo tono de disculpa: todos somos iguales ante Dios. Y descubrimos a ciencia cierta que antes los hombres sí éramos diferentes. Y que esa diferencia, de alguna forma nos afectaba.

—Walker es moreno —dijo la educadora—, los morenos son iguales que nosotros. La única diferencia es la piel.

Uno de los niños se rio nerviosamente. Sin quererlo, lo agarré del pelo y le escupí la cara. El hecho me valió la expulsión por ocho días.

El segundo trago no tuvo el agradable sabor del primero. El color de la tierra se estaba modificando definitivamente para mí. Algo se opacaba. Algo se estaba quemando.

—Moreno —dijo un viejo acercándose—, este mundo es de perros.

Lo invité a tomar un trago conmigo. El viejo me miró con expresión de agradecimiento y se sentó sin protestar.

—Ya que usted insiste —me dijo— le voy a complacer, moreno.

(¿Moreno? Walker era moreno. No era negro sino moreno.)

Mi compañero de mesa era un hombre bajito, bien vestido, de ojos pequeños y redondos. Traté de imaginarlo con otros tres tragos: el rostro regordete empezaría a teñirse de rojo. En el desierto violento de la costa peruana había mirado el sol descender hasta convertirse en una bola roja, antes de caer tras el poniente. El polvo intenso sacudido de vez en cuando por la brisa vespertina, tan opuesto al verde fulgurante de las selvas de mi tierra. El pequeño compañero de mesa parecía de pronto peruano. Su rostro redondo, sus rasgos recios, como la raza que pobló en lejanos días el continente. Pero no hablaba como peruano.

—¡Unas boquitas, moreno?

—Sí, de lo que sea —si fuese peruano hubiese dicho zambo en vez de moreno. O acaso negro.

—¡Eh, guapa!, traénos dos chorizos con un par de raspas.

—¿Raspas?

—Sí: es la especialidad de la casa.

Una inexplicable calma empezó a penetrar en mis huesos. Mordí los chorizos con plátano verde y pedí otras tantas.

La mesera quiso protestar pero la intervención oportuna del hombrecillo le recordó que estábamos pagando. Después de un rato el hombrecillo decidió que el lugar era después de todo demasiado feo para mí, y decidimos ir al Esqueleto Mojado. Era un lugar teñido de rojo. Nos sen-

tamos en una pequeña mesa cerca de la tarima, donde una muchacha vestida de negro cantaba un viejo bolero.

—¿Los señores? ¿Ron?

La luz se ondulaba sobre el rostro y la voz de la cantante. Era una pieza insinuante, y su voz adecuada al ritmo, despertaba un intenso interés en el público.

En el mostrador, un grupo de muchachas observaban a un gringo que acababa de entrar. El mesero nos sirvió el ron y un paquete de cigarrillos cortesía de la casa. Era aniversario del club por lo que pudimos entender.

Después de la canción, un supuesto ilusionista tomó su lugar. Me consumí en el vaso, sorbiendo despaciosamente el contenido.

Mi compañero de mesa fue al baño. El ilusionista había efectuado un viejo truco y la gente le silbaba. Le costó bastante recapturar la atención, pero luego sacó a relucir sus números más originales y nutridos aplausos premiaron sus esfuerzos.

El hombrecillo regresó acompañado por dos mujeres.

—Quieren conocerte, moreno.

—Yo lo vi primero —dijo la más blanca—. Yo tengo la preferencia, ¿verdad, papito?

La muchacha se recostó a mi brazo. En la tarima una hermosa negrita empezó a bailar la conga. Los movimientos de su cuerpo despertaron entre los presentes una tremenda expectación que explotó en gritos de entusiasmo. Hasta el compañero de mesa, hasta entonces bastante indiferente, pareció interesarse en el repentino arrebató de aquellos movimientos rítmicos. La pieza fue muriendo poco a poco y la normalidad regresó a la sala.

La muchacha que se había recostado a mi brazo, me pidió un trago.

Su piel, encogida un tanto, sellada por la palidez de largas noches sin abrigo, exhibiendo en el frío de la calle los sitios más atractivos de su cuerpo. Me besó en la mejilla.

—Estos morenos tienen la ventaja de que uno los puede besuquear toditos y llegan a su casa y su mujer ni lo nota.

La risa de los demás me fue contagiando. Realmente era cursi lo que dijo, pero nos causó risa. Mejor dicho les causó risa a los demás, pues yo acabé riendo por puro contagio.

Ella, sentándose demasiado cerca, empezó con chistes y movimientos a urgir amor. ¿Amor? Es que nunca nadie ha querido inventar una palabra más adecuada. En la tarima, una rubia anunciada como Flor del Brasil, empezó a desnudarse al compás de una música cadenciosa. El viejecito de pronto vibró de entusiasmo.

—¿Baila bien? —me preguntó la compañera de mesa.

—Mas o menos.

—Ahora me toca a mí.

—¿De veras?

—Sí. Ese es mi número.

Casada y divorciada en Nicaragua. Ya no parecía costarricense. Pensé en Walker de nuevo. Nos encontramos una tarde en el parque de beisbol. Qué muchacho. El también había recorrido el continente. "Es una vaina, pero a la vez una ventaja —me dijo—. Mirá, en Argentina soy gringo o brasileño. En Perú soy de Lima. O de la costa en todo caso. En Chile soy gringo o brasileño. En Nicaragua de Bluefields. Carajo, y me hablan en inglés o en portugués. Nunca en español."

—Está bien —le dije—, pero no digás que te creen gringo. Decí que creen que sos de Estados Unidos.

La compañera se levantó y dándome un beso en la mejilla, se dirigió a la tarima, en tanto el salón estallaba en melodías. Era bonita, ahora que me fijaba.

—Pucha sociedad —exclamé sin quererlo.

—¿Qué te pasa, moreno?

—Nada.

—¿No cae la mosquita? —preguntó el viejecillo.

—Al contrario: cae solita. El problema no es ése.

—Entonces, ¿cuál es tu problema?

—Que estas mujeres tienen que hacer estas cosas para vivir.

—No te pongás de moralista.

—No, no es ni siquiera una cuestión moral. Es cuestión de justicia. No es justo.

—Cumplen una función, y además no lo hacen de gratis.

—Sí, cumplen una función. Nos ayudan a aguantar esto.

La muchacha estaba iniciando ya su acto final. Era de veras muy hermosa, y lo habría sido más si las noches no hubiesen empezado a calar en su piel.

—Está guapísima —dije para tranquilizar a mi compañero de mesa. La otra muchacha sonrió.

El murmullo de las voces, sofocadas por la orquesta, provocaban un triste sopor que nos arrastraba. La muchacha se quedó desnuda frente al público y luego, fingiendo estar avergonzada, regresó vestida a la mesa. Me levanté para recibirla.

—Te felicito —le dije—. Además de guapa tenés muchísima gracia.

Pero en mis adentros quería decir a gritos: pucha sociedad esta, pucha, pucha.

Cansado de la inercia cruzamos la sala hacia la pista de baile. La muchacha parecía divertirse realmente, como si en mí hubiese visto algo más que un cliente. Por lo menos un cliente especial. "Los negros son ardientes" pensé, emulando las palabras del conferencista, y me dio risa.

"Eres el beso que inflama.
la mano que me llama
y mi porvenir..."

Al acercarla, rozando las delicadas telas intermedias con descaro, pude ver su rostro en el espejo que adornaba la pista. Había cerrado los ojos: una profunda expresión de esperanza la adormecía.

"Y quiero tu agonía
sedienta en mi noche
y juntos despertar."

De pronto murmuró una frase en mi oído. (Así, papito, así.)

Era ya pasada la media noche cuando salí del lugar. Mientras me alejaba, la imagen de la bailarina me seguía: su suspiro, su agonía ardorosa, su ardiente queja. Un instante de luz tal vez, en medio de su hastiante cadena de noches.

Sus palabras resonaban en mis oídos mientras caminaba de nuevo sin rumbo en medio de la fría madrugada. "En Masaya conocí a un negrito. Eramos amigos. Es de Bluefields. Los negros son ardientes y bailan mucho." Pensé en mi condición de negro: condición descubierta o impuesta de pronto, no provocada, ni compartida con nadie. De pronto amanecí atrapado en esta piel, como si hubiese nacido en ella. Los negros son buenos bailarines, lo llevan en la sangre. Y además ardientes. Inteligentes también. Como si se hubiese hecho a todos en el mismo molde, uno por uno, parecidos física y moralmente, con idénticos atributos, con los mismos defectos.

Miré las manos ennegrecidas; alcé el pantalón para contemplar la piel oscura que cubría mi rodilla. Negro, como si fuese un castigo.

Las palabras de la bailarina eran como una pala que seguía cavando. Tenía una hermana. Una hermana mala como Satanás, con un corazón negro. Pensé: negro como mi piel. Malo como mi piel. Y ella le había dicho dos veces: sos más negra por dentro que Oscar por fuera. Porque Oscar era inteligente y bueno. Y ardiente también. Luego los negros son inteligentes y buenos. Y ardientes también.

Pero su hermana tenía mala opinión de los negros y eso se debía a una experiencia. Cuando era niña una negra mala la pellizcó. No se puede negar que la bailarina era un poco cursi. Decir, "una negra mala pellizcó a su hermana", quiero decir: hay que ser cursi para decir una cosa de esas en un ambiente así.

Era una negra que hacía vigorón y su hermana le robó un pedazo de carne. Por eso fue que la pellizcó. Y su hermana había comentado entonces que la negra era más negra por dentro que por fuera.

Negra como mi piel. Los negros son divinos, no obstante, como los muñecos. Y me acordé que los juguetes

son para jugar, solamente para jugar. Quizás una niña llega a querer mucho a su muñeca. Tal vez la llegue a querer tanto como a una persona. Pero la muñeca será siempre un objeto. Muy querido, pero eternamente un juguete inanimado.

Me acordaba de sus manos tibias urgiéndome hacia ella, invitándome a una noche tibia. Una noche brasa en el mejor de los casos para que a la mañana siguiente ninguno de los dos retuviésemos nuestros nombres. Y seríamos siempre, el uno, aquel negro guapo de Costa Rica, y la otra, la nica hermosa que me encontré en el Esqueleto Mojado. La ardiente y simpática bailarina. La noche tal. Y un vacío. Un hondo vacío que de todos modos queda.

¡Pucha sociedad esta!

Me descubrí caminando por las calles de Lomas de Ocloro cuando dos policías me llamaron.

—Moreno, ¿adónde vas a estas horas? —Otro señor, latino, pasó sin que le preguntasen nada, hecho que señalé.

—Mirá, moreno —me dijo el que parecía ser el oficial—, aquí no estás en Limón: cuidate.

Regresé sin habérmelo propuesto frente a la casa donde tantas noches alquilamos el sueño. La vecina con sus extravagantes gemidos; el temblor del tugurio, las palabras entrecortadas del amante de cuando en cuando; la risa nerviosa de la otra vecina. Teníamos que aguardar que el compañero de la vecina saciara sus ansias y se fuera, para empezar a apagar las luces una tras otra y dormirse, presos todos en aquella estructura de zinc y de madera.

Y soñar excitado con cuerpos femeninos, y sobresaltarse con el ladrido de un perro y la queja de una gata que celebraba el comienzo de un nuevo ciclo aferrada al macho.

Y por las noches hacía mucho, mucho frío. Frío más hondo que el frío de ahora. Frío que calaba el ombligo.

Luego empecé a pensar que sería bueno regresar a mi casa a esas horas y acabar de una vez con todo. ¿Por qué, por qué?

Me imaginaba llegando a mi casa calladamente, mis manos frías en el duro frío de la mañana, los dedos para-

lizados en la llave, y acaso luego pudiese lograr acostarme en el sofá y esperar el grito de Manuela al levantarse.

("Oscar es un negro cochino." "No le digás así: ya ve, es negro, pero tiene el corazón más blanco que usted.")

Maldita conferencia. Ayer no más era libre, pero fuimos a la maldita charla. Algo tenía de malo la tal charla.

Imagínense: buenos días, Ester. Disculpe, pero no le recuerdo. Soy su marido. ¿Qué? Y la infalible carcajada inundaría el barrio. Pero luego ella misma empezaría a fijarse y la risa se iría apagando.

La conocí antes de conocerla. Lo que quiero decir es que mi suegro me la había descrito con bastante fidelidad antes de llevarme a su casa. Pero las descripciones físicas se quedaron cortas. La primera noche que la vi, alta, risueña, caí cautivo de su exquisito comportamiento. De su voz sobre todo, que se quiebra en las cumbres y muere entre sensuales saltos.

A los pocos días logré abrir el primer agujero en la coraza que ella había levantado en su torno para protegerse de los negros. Magdalena denunció la inesperada amistad como "exceso de confianza". Pero nada pudo detener el lento pero seguro crecimiento del amor entre nosotros. Yo la admiraba: verla diseñar sus propios vestidos con tan buen gusto. Verla reirse, vibrar de entusiasmo.

¿Por qué pues no regresar a casa, y hablar con Ester? Acabar de una vez con la terrible sensación de muerte lenta que me agobiaba. Tenía elementos de sobra para probar mi identidad: las llaves de la casa, la billetera que ella me regaló con motivo de mi cumpleaños; la cédula, en fin, podía probar fácilmente mi identidad. Y entonces oírla gritar, ¡Manuela!, la patrulla. Criminal asesino, ¿qué le has hecho a mi esposo?

El camino estaba muy claro. La alternativa era afrontar las consecuencias de una situación totalmente absurda o huir. Huir para llevar conmigo al menos un recuerdo grato. O volver a casa y enfrentarme con los ojos de Ester, oír su grito de horror.

Sin saber por qué, empecé a pensar en mi madre. Rafael el de las facciones finas. Ah, ya. Creí que era el

otro. No, qué va: es demasiado feo. ¿Demasiado feo? Sus dientes blancos subrayaban la negrura de su piel en el frío rejuvenecido del aposento. Sí, es negrísimo. Parece un africano. ¡Jesús! Rafael salió al papá: tiene el pelo muy lindo. Pelo español. ¿Sabés? Es así, apenas morenito y con el pelo español.

¿En dónde estaba? Me detuve para mirar el número de la calle. Era la número catorce. De pronto decidí ir a la casa del psicoanalista. Eso era lo mejor: ir a su casa y pedirle que me internara en un hospital. Díaz es un perfecto idiota. Sin duda llamará a la patrulla para que me lleven al asilo: es capaz. "Este negro está loco, y creo que ha matado a alguien", dirá Díaz. Ya se sabe: no es lo mismo ser negro que ser hombre. Porque los hombres son blancos.

Eso era lo mejor: yo no tenía nada que perder. Ya me había sucedido lo peor. De todos modos quería terminar de una vez con mi estado absurdo de existencia.

Pero al cabo de una hora de andar volví a salir a la calle catorce. Pucha carajo, no había nada que hacer: entré a Las Cantarranas y pedí media cuarta de ron viejo. No sé por qué motivo le pregunté al mesero la hora de salida del primer tren hacia Limón. Pucha, creo que me estaba ya volviendo loco.

VIII

PUCHA, no era fácil volver a viajar en tren después de tantos años. Tan difícil como olvidar a Lorena Sam. Siguiendo las indicaciones del viejo Pete, y de Clarita de Duke, paramos al tren de la mañana frente a la casa para llevarnos a Lorena al hospital. Lorena lloraba. La sinfonía del tren sobre los rieles, los ojos dilatados quedaron formando parte de mis recuerdos para siempre. Nadie podía decir que su incontenible llanto era como una triste despedida. Un anuncio del final de una vida agitada. Pucha, a

cada rato me contradigo. Porque he insistido hasta el colmo en señalar que no era una vida agitada sino rutinaria. Ahora de pronto digo que era una vida agitada. ¿Quién me entiende? Es que, pucha, no es cursilería, pero cuesta explicar ciertas cosas. Pero créanme, Lorena fue así: rutinaria y agitada al mismo tiempo.

Muchas veces yo volví del trabajo, la lluvia perforando los zapatos Turrialba, el barro levantando un caos que hacía de mis pasos palpitaciones inestables, para encontrarme con una Lorena enojada, renegando del día en que comenzamos nuestras relaciones, porque había reñido con Nabe o con Mill sobre alguna palabra soez o alguna indirecta que dejaban escapar a su paso.

Tales escenas se repitieron con crudeza inenarrable, mientras mi piel absorbía la humedad casi con la misma predisposición que la tierra, y el frío y el agua pasaban de la carne a los huesos.

De modo que esa mañana cuando nos despedimos del pueblo, era en realidad una despedida final para Lorena, porque ella nunca volvió a Estrada. Me levanté temprano y con la ayuda de Ruth —la fiel Ruth— preparamos a Lorena. Sus ojos estaban extremadamente tristes esa mañana, pero se veía mejorada. Yo la contemplaba, sentada contra el respaldo del asiento del coche, preocupándome por una especie de absurda renunciación que me parecía intuir en ella. Era como si renunciase a la vida para abrazar la fatalidad.

Y les digo que pucha, no es fácil aceptar eso en nadie. Y no podía ser fácil para mí aceptar esa renuncia en quien yo había visto luchar con voluntad de acero durante tantos años, sobreponiéndose conmigo a los embates inmisericordes de la Naturaleza; su espíritu indomable sirvió de cohesión a un amplio sector de la comunidad que giraba en torno a nuestra casa; de pronto Lorena estaba vencida, ya sin esperanza, ya sin tiempo. Y pucha, lo comprendo ahora: durante miles de años una raza ha vivido de la esperanza, y eso la ha mantenido viva. Y por lo tanto, cuando un negro pierde la esperanza muere irremediabilmente.

La miraba marchitarse como una flor herida; su figura clara, mulata, su pelo crespo, su vestido incoloro en mi recuerdo, la frente contraída, los ojos enfocados en mí. El ruido infernal en la estación, los rostros anónimos que entonces como ahora, formaban parte del mundo, de mi mundo, el mismo fatal mundo al cual ahora regresaba.

—¿Va a Limón? —preguntó un viejo que casi a tientas se había sentado a mi lado.

—Sí —le dije por responder algo.

Levantándome, alcancé un periódico que había comprado en la estación.

—¿Quiere fumar? —preguntó el viejo.

—Bueno —no quise decairarle.

Alcancé el cigarrillo para ponerlo en mis labios. Mientras lo encendía observé los rostros de unos jóvenes que, unos asientos adelante, discutían ardorosamente el resultado del partido de fútbol. Una gabacha blanca se balanceaba desde la percha, bailando al compás de la cadencia del tren. Afuera, apenas se divisaba el verdor inestable de los potreros y las fincas que bordeaban tranquilos la vía férrea.

Era un buen tabaco el del cigarrillo. De pronto la figura del viejo se me hizo simpática. Pero de todos modos no intenté entablar conversación.

De pronto el tren dejó escapar un pitazo largo. Bueno, no fue el tren. Fue la locomotora. Y no es que sea cursi: es que hay que decir las cosas como son. Lo cierto es que el pitazo me hizo recordar a Lorena. Y ese no tenía en sí nada de particular porque desde que murió había pasado más tiempo pensando en ella hasta que Ester llenó, por lo menos en parte, el hondo vacío que ella dejó.

Su voz regresó a mi memoria con crueldad:

—Andate . . .

—Pero Lorena . . .

—Andate. Cuanto antes mejor. Cuando querás nos divorciamos. Por eso era que no me quería casar: ¿ya ves? Un hombre no puede casarse sin que se le vaya a la cabeza lo del mando.

—Pero Lorena . . .

—Pero Lorena, nada. Yo no soy la cochina idiota de Mill, ¿oíste?

El tren seguía andando, indiferente a mis congojas. Me parecía un viaje a lo largo de mil siglos. Detrás mío, la voz constante de Lorena, como una gigantesca carga, el gesto despectivo, los ojos, esos ojos que me habían tenido cautivo durante años y años, desde la tarde aquella en que fui en busca del consejo oportuno de Mr. Sam. Logré con dificultad encender otro cigarrillo. El cielo se iluminó con la violencia de un rayo y el reflejo me distrajo brevemente. Pero el momento se escapó, escurridizo, dejándome de nuevo frente a Lorena, absorbiendo la mirada indefinida e indefinible con que ella me ligaba a un punto determinado del confín.

—Está bien —dije con una fuerza igualmente cruel—, me voy.

Por un instante Lorena no supo qué hacer. No esperaba esa reacción.

—Estoy aburrido de esto; de esta majadería. Pucha, ya confesé y de nada me ha valido. Ya he rectificado, nunca más volvió a suceder nada y seguís en lo mismo.

Entonces me miró, como suelen mirar los niños cuyos padres se separan. Sólo ellos saben mirar así: no era una mirada de dolor ni de desprecio, sino de sobresalto. Se partía en dos el todo del cual formaban parte. El ser bidimensional que habían amado, de pronto se les revela como dos seres separados y ajenos. Los niños, cuyos padres se separan se quedan como Lorena: atrapados por el tiempo en medio de dos polos.

Muchas noches la recordé así: su rostro abstraído, perplejo, sin más culpa que la de su propia voz. No sé explicarlo: era a la vez causa y efecto, semilla y árbol, sin tiempo, sin fin. Tiré la puerta con salvajismo, y me alejé apresuradamente, tratando de contener el llanto.

Algo me estaba diciendo el viejo y yo no había oído.

—¡Perdón!

—Que si quiere.

—¿Qué es?

—Yuca con bofe.

—Hace años que no como de eso. Bueno, entonces, tome el pedazo más grande que encuentre. ¿Cuánto es?

—Tres colones.

—Tome.

—Gracias, papito...

El viejo introdujo la carne en la boca y la masticó con voracidad. Por mi parte me dio asco primero y náuseas después. Saqué la cabeza por la ventana y fingiendo interés por el paisaje, dejé caer mi último bocado. La locomotora volvió a llenar el contorno con su pitazo largo, un olor a aceite quemado contaminaba la brisa.

El viejo se limpió la boca con un pañuelo grande. Estaba satisfecho. Era como el árbol de mango que adornaba la casa del viejo Pete: se conformó siempre con la tierra, el agua y el sol.

—Allá vienen las kolas —dijo—; después de comer yuca y bofe no hay como una buena kola.

—Esta vez invito yo.

—Bien, bien: dos garrón. El joven paga.

Clavé la vista en el respaldo del asiento, y con asombro me pareció mirar el mismo asiento en que Lorena hizo su último viaje en tren. La botella estaba bastante fría. La kola me daba un buen pretexto para no pensar en nada específico. Podía seguirla, escurriendo por la garganta, refrescando los intestinos.

—¿Usted es de Limón?

—Sí. Bueno, en realidad soy de Estrada.

—De Estrada: qué casualidad. Pero, ¿cómo se llama?

—McForbes. Charles McForbes.

—¡No puede ser!

—Sí, el tiempo ha pasado muy ligero. Y usted... la verdad es que yo tampoco le recuerdo.

—Clovis.

—¡Clovis Lince!

—¿Qué le parece? Dame la mano hombre, dame la mano.

Nos dimos la mano.

—¿Va para Estrada?

—Sí, creo. Aunque...

—Yo ya no vivo en Estrada. Me pasé a Matina. Es mejor allá.

—¿De veras?

—Sí: agarro corta con más frecuencia. En Estrada se me pudrían los plátanos.

Los muchachos llenaron el coche con una gruesa carcajada. Dos señoras que viajaban en el asiento de enfrente, volvieron a ver a los jóvenes con una mezcla de asombro y reproche. Los muchachos se desahogaron de todos modos, y luego, restableciendo el equilibrio emocional, siguieron discutiendo.

Clovis Lince hizo mención de la muerte de Lorena. Su muerte fue injusta, porque no murió por causa natural. Murió, sencillamente, asesinada por poderes que la reventaron en medio cuerpo.

Lorena murió injustamente. Pasó por el tránsito de esa condenada manera porque a un desgraciado le dio la gana violarla y luego su esposa, su muy complaciente esposa cobró a la víctima el pecado del marido. Por eso fue que Lorena sabía de su muerte antes de salir de Estrada: porque fue una cosa sobrenatural, revelada por medios sobrenaturales a todos nosotros. Pero lo que sucede es que yo nunca acepté en realidad la explicación de Pete. Preferí agarrarme a las pretensiones científicas de doña Clarita de Duke. Y no son conjeturas: ella le dijo a Ruth que la fuera a ver a San José, porque al pueblo no volvería viva.

Pero nadie hizo caso. Como tampoco hicieron caso cuando el viejo Jakel recorrió el pueblo casa por casa, despidiéndose de todos. Ni de los muchos que, antes que él, siguieron por el mismo camino.

—Maldito —dijo Clovis—, el muy desgraciado sigue siempre igual.

—¿Quién? ¿Cristian?

—Cristian. Maldito carajo. Pero ya tiene muchas deudas acumuladas y en una de tantas va a responder.

—¿Sigue haciendo de las suyas?

—Un día de estos agarró a la hija del pañaman de la pulpería.

—¿De veras?

—Sí. Claro que ella era un poco . . . un poco platera. Pero Cristian debería cuidarse un poco. Con esas actitudes desprestigia a todos.

—¿A todos?

—A todos nosotros: los negros.

—¿Nosotros los negros?

Mi paso por la ciudad durante las horas inmediatas anteriores, me pareció de pronto absurdo. Y la conferencia escuchada en el Teatro Nacional, de pronto me reveló su sentido pleno. ¿En qué momento preciso perdí mi propia identidad? ¿Qué cúmulo de sueños me pusieron en conflicto con la cultura mamada en los negruzcos pechos de mi madre, y sorbida gota a gota desde la pálida rodilla de Pete McForbes?

Ustedes pueden ver mi piel: pucha, no es negra. Es decir, si no fuera por mi pelo y mis facciones yo podría pasar en cualquier parte como latino.

Pero me crié entre un pueblo negro y, por lo mismo, mamá de una negra los primeros sabores de la vida. Pucha carajo, la verdad es que no puedo entenderlo y no es que me estoy haciendo el cursi. No, no es eso. Realmente no sé lo que me ha sucedido.

Un escalofrío hizo huellas en mis venas. Y me acordé del llano en todas sus dimensiones: donde monté mi primera bestia subiendo por un lado y bajando por el otro sin detenerme. Maté con Clif mi primer pájaro, que comimos sancocado con todo el orgullo del mundo. Y las trampas que montamos, y la pesca, y el cultivo de la tierra.

Ahora volvía a la tierra negra que perfora y penetra los poros. Tierra negra que se adhiere de pronto a las encías, y limpia el barniz. Tierra sin tiempo, sin forma, que se nos mete en la lengua.

Pucha carajo, cuando llegamos a Matina yo sudaba como el mismo diablo. La tierra tiene carbón encendido en sus entrañas.

Mi familia no tuvo los aires de la familia Centeno. Sencillamente no los tuvo. Un tal escocés que llegó a Barbados y se casó con una de esas hijas de los nobles ingleses expulsados de su país después de la gran guerra civil y reducidos a la esclavitud, emigró años más tarde a Jamaica, donde estableció un gran ingenio de azúcar. Pucha, en esas labores regaron su sudor y su sangre muchos negros. Este tal escocés no tuvo empacho en mantener relaciones íntimas con una de sus criadas, y de tal amistad clandestina somos los McForbes. Lo somos por parte de padre; la línea materna se perdía en los campos de la esclavitud jamaicana.

Pero fue Saltiman McForbes el que cambió el rumbo de las cosas. Levantó sobre los restos de una gran hacienda heredada del escocés, una muy grande empresa maderera. Era grande para Jamaica, en todo caso. Allí se criaron los ocho McForbes que luego emigraron por todo el continente americano.

Pero eran ante todo súbditos de Su Majestad. No tenían los aires de los Centeno, porque en su pasado fluía sangre de esclavos libertos. Pero tenían su aristocracia. Eran los mulatos, y formaban junto a los demás mulatos una casta especial.

Nunca dejaron de hacer énfasis en su ascendencia escocesa. Era una nota de distinción, que les daba la piel, la herencia y el prestigio necesario para figurar a la altura de los mejores de la clase social a la cual pertenecían.

Saltiman McForbes obligó a todos sus hijos a asistir al colegio. Era un colegio exclusivo, donde solamente podían ir mulatos. Allí aprendieron a soñar con la gloria futura, y se fundó la casta de los McForbes para ocupar un sitio en el complejo espectro de la sociedad jamaicana.

La gran hacienda de los McForbes se levantó en veinte años, causando asombro en todos los círculos. Nadie podía entender a cabalidad cómo era posible que un esclavo liberto hiciera tal hazaña, a menos que prevaleciera en él la sangre escocesa. Decidieron que eso era, y con tal conclusión lo reconciliaron con el orden normal de los seres humanos.

Se casó con doña Milady Brubanck, una mulata de la alta sociedad antillana tan blanca que solamente por tradición la identificaban como mulata. Aunando su natural habilidad para los negocios y la fortuna de los Brubanck, Saltiman creó la "McForbes Lumber and Service Ltd.", monopolizando gran parte de la industria maderera de la isla, y posteriormente importando y exportando madera.

Por las noches convocaba a sus hijos para recordarles lo que eran: ustedes no son negros, pero tampoco son blancos. Son gente de color, nunca se olviden de eso. Y sepan eso, el negro es incapaz de unirse con el negro: pero nosotros la gente de color, sí somos capaces de hacerlo y yo lo he demostrado. Ahora, métanse eso bien dentro de la cabeza: ustedes son el futuro de esta Isla. Ustedes y toda la otra gente de color son ese futuro. No se puede esperar mucho de los negros. Por otro lado el inglés es un tipo vivo y si esto se le complica mucho, sencillamente se va. Tiene mucho terreno en Africa. Cuando el inglés se vaya, esto va a quedar en manos de los de color. Si no quieren que los negros se apoderen de nosotros, y conviertan esta isla en una especie de Congo salvaje, hay que meter la cabeza al aprendizaje. No quiero a ninguno de ustedes casado con una negra. Búsqense una mulata o una inglesa. Hay que subir de color para escapar de esta cochizada en que estamos. El negro, desde Noé fue condenado por Dios a sufrir. Va a sufrir siempre: aléjense de ellos lo más posible. Hay que ir blanqueando, esa es la solución: hay que ir blanqueando.

Con esa filosofía Saltiman creó su imperio económico. Pero apenas había muerto cuando empezaron las rencillas familiares. Los ocho hermanos decidieron repartir la herencia en ocho partes iguales, y luego dos de esos hermanos fueron comprando a los otros sus derechos de propiedad. Al final quedaron los dos frente a frente, y ninguno dispuesto a venderle al otro. Y así terminaron ambos vendiendo a terceros, lo cual les pareció más lógico que ceder frente al orgullo McForbes.

Pete era pues uno de esos hermanos que al poco tiempo estaba tan pobre como cualquier negro. Y tuvo que

vivir entre los negros, y aprender a actuar como ellos para sobrevivir. Emigró primero a Panamá en busca de medios para hacer resurgir la gloria que su padre había legado tanto a él como a sus hermanos, quienes —por falta de tradición económica en la familia y por su carencia de identidad— no pudieron conservarla siquiera por un par de años. En dieciocho meses destruyeron lo que Saltiman levantó en veinte años y usufructuó durante otros treinta. La madre de Pete murió angustiada, en la ruina casi total a que la arrastró Saltiman Junior, su hijo favorito.

Pero Panamá no le deparó la fortuna que él buscaba, y por lo tanto, decidió venir a probar su suerte en Limón. Y había muerto en Limón, probando suerte aún.

Un negro fracasado. Pero Pete supo despertar sueños grandes en mí. Pucha, no sé si eso fue bueno o fue cruel. Hubiera sido bueno de haber logrado que mis años de estudio acabaran en una profesión. Pero apenas si logró al morir que su hijo le diese cristiana sepultura gracias a sus estudios de teología. No era mucho para un viejo que vivió soñando. Para uno que me envió primero a Jamaica, donde su familia no quiso ayudarme. Para uno que vendió lotería, cuidó fincas ajenas, cultivó la suya y en los peores momentos trabajó en el muelle, con el fin de que su hijo fuese al colegio en la capital.

No era mucho, pero para Pete McForbes era bastante. Había podido darle a su hijo la educación suficiente para que pudiese educar a sus hijos con mayor acierto. Le había dado raíz para que se adaptara a una tierra nueva, dominando el idioma nacional.

Mi padre murió tranquilo, para reunirse con el viejo Jakel y todos los que, como ellos, dejaron Montego Bay un día de tantos en busca de fortuna.

Pucha carajo, uno tiene que reconocer todo eso para poder vivir. Y no es que me disculpe, pero hay que pensar en las largas horas de trabajo con el agua al cuello, y los precios que bajan y suben, y las picaduras de insectos y todo eso. Carajo, y todo eso.

Pete vivió y murió entre cieno y herrumbre cotidiana y cruel. Asimilando gota a gota la hiel que le

había sido servida desde las rodillas de su padre; padeciendo molécula por molécula la agonía que mamó de los pechos de una mulata que fue su madre; entre rebeldía y conformismo, se le fueron desfigurando las cosas. Fue desfilando, recogiendo las cuitas de la gente. Pucha carajo, y me fue contagiando de su visión del mundo hasta que sus sueños calaron mis huesos. Era imposible seguir estudiando. Tenía que renunciar a una escala de valores que era para mí mucho más significativa. Porque la historia está de alguna manera preconcebida en las mentes de miles de hombres, y se necesita más que mi simple voluntad para cambiar el cauce del río.

Y se necesitan muertes. Muchas más muertes que las de Pete y Jakel, para conmover.

Pucha, uno tiene que entender eso. Todo eso.

El llano es una serpiente enroscada, con la cabeza escondida en alguna parte. Al menor movimiento salta. Hay que estar alerta, descubrir la cabeza a tiempo y amputarla. El que vive en el llano y no comprende eso es hombre muerto. Pucha, se lo lleva el diablo si no sabe eso.

Mi familia, pues, no tuvo los aires pero conservó los sueños. Todos los sueños menos uno: el de negar nuestra negritud. Pucha, Pete me lo metió en la cabeza: vea al viejo testarudo de Jakel Duke. Es un viejo pretencioso, que no calza en los moldes del negro. Es decir, del negro éste que anda por aquí. Jakel conserva su orgullo africano. Creo que tuvieron que castrar al papá del primer ascendiente de Jakel que arrancaron de las selvas africanas. Es un viejo necio y testarudo, pero lo envidio. Charles: usted es negro. Papá Saltiman era un pobre tonto.

¿En dónde, pues, había perdido mi identidad al punto de redescubrirla con tanto horror?

Algo había acontecido sin duda a lo largo de los años. Algo dejé entre los interminables féretros y procesiones al cementerio; entre labios tibios, timideces, cantos de fe y arrebatos. Porque a lo largo de los años me había estrellado muchas veces contra la indiferencia, pero hubo manos amigas. Pucha, ¿podría ser eso? ¿Manos amigas?

Bowman destruyó a Lorena. Bowman era negro. ¿Sería eso? Y acaso por eso me fui enamorando de la blanca piel de Ester, sus ojos azules, vivos, su espíritu jovial.

Caminé despacio hacia Estrada, con la lentitud del tiempo preso en mi voz. Blancas eran las manos que arrullaron muchas de mis noches. Negras las manos que quisieron destruirme. Aunque... aunque... ni Lorena ni Ruth eran blancas. Pucha, ni Victoria tampoco. Carajo, ni doña Clarita, ni el presumido de Clif, ni Jakel...

¿Victoria? Dios mío, me había olvidado completamente de Victoria.

IX

AMANECIA.

Pucha carajo, un hombre tiene que aburrirse sin nada qué hacer

Francamente es bonito contemplar el paso de la fresca corriente del arroyuelo, que cabalga con tanto ritmo. Y no es cursilería. Sencillamente es bonito verla pasar.

Pero ahora, cuando uno no tiene nada qué hacer, y además, está en un lugar como ese, donde ha acumulado pasos y pasos y más pasos a través de tantos años, uno se aburre.

Aquí, junto a este mismo arroyuelo que la gente llama San José Creek, he pasado muchísimas horas, acumulando además de los pasos, una especie de coraza que va cubriendo nuestra mente y tragándonos en la mediocridad de todos los días. Sí, un hombre tiene que aburrirse, si como yo ha tenido que labrar la tierra para alimentarse y seguir hambriento, el destino conduciéndole a ningún sitio. Levantarse como yo lo hice, como un condenado tonto al día siguiente, para seguir con los intestinos carcomidos por los bichos, y pasar otro día entre fatiga y silencio y sudor y llegar a la casa vacía, sin ilusiones y luego, sin la dulce

voz de Lorena Sam, que por entonces era el único consuelo que tenía.

La recuerdo vivaz como un sueño, ardiente, ocupada siempre. Y yo la adoraba así, tal como ella era.

Pucha, esto de tener los pies metidos en el agua no tiene gracia. Pero por lo menos no los tengo metidos en el barro. Dios mío, cómo detesto el barro que el tiempo acumula sobre los pies definitivamente.

Después del trabajo venía aquí a veces, a consumirme en la suciedad del lago. ¡Lago? No, no era un lago. No es un lago, ¿por qué le dirán lago? En fin, da lo mismo. Consumirme en la suciedad, desnudo, para dramatizar allí en la soledad del bosquecillo la honda realidad de mi ser. Hombre, ser en transición.

Y luego, temblando de frío —cosa curiosa, el agua del lago se pone fría al amanecer, y al atardecer— restaba sólo vestirme para buscar, o los brazos calientes de Lorena, o como ahora, el ardiente calor del sol, desde lo alto de un guayabo.

No me ha de costar demasiado subir al árbol, porque cuando uno de veras ha dominado algún arte u oficio, algo queda siempre. La fruta sabe a arena, y el néctar se me antoja veneno. Una semillita se aloja entre mis dientes, evocando los días ya perdidos de la infancia. Los niños en coro, bajo la batuta del Gordiflón —mitad hombre, mitad bestia— me coreaban alegremente:

“Dientes, dientes, dientes de serrucho,
ojos, ojos, ojos de cartucho.”

Y mis ojos y dientes denunciaban a su manera, la terrible inhibición del miedo y del furor. Aprendí a odiar, gracias al Gordiflón. Era como si él fuese el instrumento de una naturaleza violenta, enemiga de los seres humanos. Naturaleza que nos reduce a la pasiva condición de la lombriz. En los llanos, nos convertimos en tigres o en gusanos; no hay términos medios.

Años después descubrí la impotencia del odio, viendo morir mis esfuerzos en el barro de la llena anual.

Pucha mundo de veras. Y pensar que el condenado de Cristian se estará riendo. Es como para matarlo. Pero

quién sabe si se estará riendo, porque no es raro que ya haya descubierto mi presencia. Aunque eso es difícil: el tren llegó tarde, y por otra parte me bajé en Matina y caminé hasta el pueblo.

Un hombre tiene que protestar contra esta tierra, donde una hormiga enciende fuego en las posaderas, y uno al saltar del árbol, cae entre unas dormilonas que cierran las hojas y extienden con violencia sus espinas. Es normal entonces sentirse como me siento hoy: de mal talante.

Cuando uno está así, vale la pena aplastar algunas plantas, o uno que otro insecto que pase al frente. Es una manera de afirmarse como ser humano.

Los seres humanos son crueles, tan crueles como la Naturaleza implacable.

Y créanme, no es cursilería. Es la pura verdad.

Creo que conviene regresar al río y poner los pies en el agua. Allí se está más tranquilo. Los peces molestan un poco, pero no pasan de hacer cosquillas.

Un buen surtido de guayabas me mantendrá ocupado por mucho tiempo. Una mañana antes me acuerdo de haber hecho lo mismo. Con la hoja desnuda de una cuchilla, me liberaba de las semillas de guayaba que se acumulaban entre mis dientes de serrucho. Tenía dos semanas de comer semillas de guayaba, porque yo creía que me embotarían el apéndice. Una amiga de Lorena me había dicho eso: que las semillas de guayaba embotan el apéndice. Yo quería tener apendicitis o cualquier cosa, para cambiar la hastiante rutina diaria y esa condenada vida que había estado llevando desde la muerte de Lorena, por otra condenada vida cualquiera. Carajo, lo que son las casualidades. Esa mañana pasó Guillermo por allí.

—¿Qué tal, Charles —me dijo, cómo estás?

—Como lo ve usted.

—¿Y Ruth?

—Bien.

—Parece que te echó esta mañana.

—No, nada de eso. De vez en cuando me gusta madrugar, ¿sabe?

No debería haberle dicho nada. O tal vez, por lo menos debí insultarle.

Levanté la vista para quedarme mirando el rostro violento de Guillermo Brown. Rostro que en mi memoria significaría siempre el anuncio de la muerte de alguien o de algo. Rostro recio, como la brasa de la indomable vertiente que habitábamos. En su cara se reflejaban millones de heridas. Huellas sin tiempo de la totalidad de su raza.

—Madrugo para llevarla suave de vez en cuando.

Saludó mi ocurrencia con una sonrisa molesta.

—Mmmmmm, cho... Yo no trago píldora. A mí se me hace que tuviste que correr.

La risa hizo varias explosiones en su rostro recio. Contemplé la muda risa de su mula, mientras los dos, hombre y bestia, se perdían en la nada de donde habían surgido.

—Cho püik —dije, escupiendo en el agua—. Ese carajo todavía me saca de quicio.

Una pequeña florecilla viajaba sobre los lomos del río. La imaginé marchita al atardecer. Pero la flor era más dichosa que Guillermo y su mula, porque al caer la tarde habría cumplido su destino. Pero aquellos eran el uno caricatura de Dios, y el otro caricatura de su amo. Sin embargo, pienso ahora, eran mejor que yo, con mis carreras de los lunes y de los martes y de...

Victoria. Ese mismo día la ví por penúltima vez. Pero mientras comía guayabas y renegaba contra Guillermo Brown, no sospechaba que al día siguiente ya estaría lejos. Bien lejos. La había ido a ver el lunes y me dijo que no podía entrar a su casa. No podía entrar. Imagínense lo que es eso. Yo no podía entrar.

—¿Por qué?

—Papá se opone a que vengás a verme.

—Pero... bueno, eso es problema de papá. Además ahorita él no está en casa.

—Es igual. No quiere que vengás a verme, esté o no esté.

—Pero... —salté al corredor de todos modos—
nosotros nos gustamos. Sólo eso cuenta, cariño. Sólo
eso cuenta.

Entramos en la casa y cerré la puerta.

—Huele bien, ¿qué cocinás?

Mis manos buscaron instintivamente los hombros de
la muchacha. Y sin control empezaron a deslizarse hacia
su cintura con lentitud, queriendo llegar sin ser notadas
como un ladrón a medianoche.

—Victoria, decime qué pasó.

—¿Qué pasó con qué?

—Con tu papá.

—Estuvo hablando con el Pastor. El Pastor vino a
verle.

—¿El Pastor?

—Sí, el Pastor George. El que tomó tu lugar.

—Ah, Alfred George. Esa bestia.

—No le digás así.

—Encima de todo lo defendés.

Mis manos llegaron a la cintura, arrancando un sus-
piro leve. Me contuve, respirando con dificultad, evitando
caer en la angustia total.

—Hablaron —se liberó de mi abrazo violentamente—,
hablaron de tus condenadas fechorías.

Me acerqué a ella de nuevo, y reclinando mi cuerpo
en el suyo, busqué apoyo y pensé entonces que Victoria
era una mujer ejemplar. Pero yo le había hecho la cruz al
matrimonio. Quiero decir, con Lorena fue diferente.

Una vez era suficiente. No que renegara de los años
vividos a su lado, sino que, pues... una vez bastaba.

En el cuarto contiguo el sueño de mi hijo se agitaba
como el viento, para convertirse en ronquido. El niño de
veras era hijo de buena madre. Pero ni la monogamia en
que tanto insistía su padre, ni el matrimonio me parecían
un buen negocio. Ninguno era cosa de hombres, sino de
seres castrados por otros hombres. Es que el amor no
debería tener límites. Aunque la verdad es que yo mismo
lo había limitado durante los años en que viví con Lorena.

Y luego encima de todo, hay que ponerse ese ridículo traje y aguantar dos horas de abusivos discursos.

—Hablaron de nosotros...

Por razones que yo no comprendía en ese momento, Victoria casi no podía hablar. No era mi contacto, ni los recuerdos íntimos que mis caricias evocaban.

—Acabá de una vez —le dije, indignado.

—El reverendo le hizo ver que vivíamos en pecado.

—Ah ¿sí? Y él no, claro.

—Y además —recobró de pronto sus energías y se liberó de nuevo— le contó tus fechorías.

—¿Mis fechorías?

—Sí, tus fechorías. ¿Te parece poco? Fuiste pastor y ahora...

—¿Ahora qué?

—Andás con tres.

—¿Con tres qué?, —pero en realidad la pregunta salía sobrando. Ambos lo comprendimos así, porque Victoria se quedó callada. Luego, tragando saliva, me volvió a ver con ojos compasivos.

—Charles, fuiste un buen marido para Lorena. Todos lo reconocimos. Me gustás, no de ahora, sino desde que yo era una mocosa así. Pero desde que ella se murió te has echado a perder.

—Lorena está muerta. Vos lo sabés.

—¿Muerta? Muerta, sí, pero vos seguís pensando en ella. Eso es lo que a mí me molesta. No es el cuento de George, aunque...

—¿Aunque?

—Aunque fuera cierto...

Pucha carajo, con eso me mató completamente. Ya no pude más. Es que, vean, una mujer como ella no se consigue así no más. Pucha, me desarmó completamente. De veras.

Dirigiéndose a la cocina desdeñosamente, me dijo que era mejor no hablar más del asunto. Enjugó las lágrimas, pucha, hasta eso: se puso a llorar. No ese llanto de idiota que les coge a alguna gente, sino un llanto sincero, que se le fue escapando sin que ella pudiese evitarlo. Y

hallando fuerzas de su desdicha, o al menos de la ya alargada resignación al injusto papel de amante.

Bueno, no se de dónde sacó las fuerzas pero me sirvió comida. Me sentí culpable por primera vez desde la muerte de Lorena. Victoria era la madre de mi único hijo. Y era la madre, no por lascivia, sino por amarme. Se entregó sin límites al sueño que había estado cultivando incluso antes de que Lorena cayera enferma: había visto cumplirse en realidad un sueño de niña. Y yo necesitaba una mujer así, que sanara la profunda herida que Lorena dejó al morir.

Esa tarde la vi superar los celos, quitar el florero, tender la mesa y servirme comida.

La comida no pudo pasar de mi garganta. Y nunca antes nos habíamos buscado con tal intensidad, y nunca antes oí a una mujer entregarse totalmente al amor como esa tarde, y nunca antes me sentí tan humano.

Luego se levantó para dirigirse a la ventana, y cantar quedamente la misma melodía que a esa hora, Miriam Makeba entonaba desde la rocola del chino.

De modo que un hombre tiene que aburrirse sin nada qué hacer. Nada. Primero cuando le echaron tierra a Lorena, decidí no regresar a la finca. Pucha, y lo he cumplido. Un hombre decide una cosa y la debe cumplir.

Durante la enfermedad de Lorena gasté todos mis ahorros. A su muerte yo estaba ya al borde de la ruina. Y me hubiera podido levantar de entre las cenizas con bastante empeño. Pero yo no tenía ya ese empuje ni la gana de hacerlo.

De modo que cuando sucedió con Victoria lo que les he contado, me quedé ya definitivamente sin fuerzas y además aburrido. Me perdí esa noche en el claroscuro del campo, para ocultar el llanto. Sólo Dios, y acaso las miríadas de luciérnagas que poblaron el lunes por la noche, vieron rodar mi orgullo. Bueno, en realidad las luciérnagas no. Eso es un poco cursi.

El martes fui a la casa de Engracia, una exótica mujer de Grecia. Su blanca piel quemada por el llano, conservaba no obstante la fresca espuma de la caña de su tierra.

Huí una semana después de la muerte de Lorena hacia los brazos de Engracia, al amparo de la noche y las borracheras del marido. Sencillamente la encontré en el centro, me pidió que la acompañara a su casa, y luego que le abriera la puerta para meter al marido, que habíamos recogido en una cantina. Al día siguiente concertamos la cita, y llegué al amparo de las tinieblas para tocar levemente la persiana de madera y aguardar la respuesta, empujar la puerta y entrar. Penetrar en las tinieblas daba la sensación de zambullirse en una pila de espuma de caña, y beber hasta embriagarse. Era una manera nueva de vivir. Engracia no tenía la musculatura firme de Lorena, ni la fuerza con que ella se agarraba a mi espalda. No. Pero pucha, acudir a Engracia fue siempre penetrar en el misterio de la vida, sentirse hombre en la madurez de ella; oír el murmullo de tamales y tortilla en la suave madrugada de su siempre vital nostalgia; ver los años de Engracia dibujados en su piel era dominar el mundo; y alcanzando al final su cabellera de maíz, consumirse en esa manera de amar que ella había inventado, variando el sustantivo cariño en todas sus formas posibles.

Pero Engracia necesitaba de mí y yo de ella. Ella de mi negrura para amortiguar un tanto su palidez. De mi juventud para aplazar el paso de los años. Yo me vengaba de la vida, de los que durante tantos años me habían dominado, robándole a mi padre su humanidad misma, y a sus padres y abuelos antes, y a la vez cultivaba en ella mi propia madurez.

Ella necesitaba embrutecerme, devolverme al estado del animal salvaje, a su espontaneidad irracional, para regresar conmigo a la lejana dimensión donde sólo existen las emociones, y olvidar al marido borracho que la arruinaba, mientras que yo olvidaba por unos momentos a Lorena. Olvido del borracho indecente que venía hediondo y se le echaba encima entre horribles ronquidos. Olvido de una mulata que fue tal mujer que pudo conservar encima de la tumba la ya inútil pasión de quien fuera su marido.

Pero ella no logró acabar con mi remordimiento. Por eso estaba a la orilla del arroyuelo (o río, o lago, como dice la gente, total da lo mismo).

Regresé a casa. Ruth me aguardaba con el desayuno servido.

—Tardaste mucho...

—Es que...

—Tardaste mucho, hombre...

—Sí, ya lo sé, perdóna.

Tragué el plátano verde sancochado, pensando todavía en el rostro caricaturesco de Guillermo y su ridícula mula. La fiel Ruth, como si tuviese una deuda con Lorena, o como si hubiese heredado de ella las responsabilidades que le correspondían, había cuidado de mí desde la muerte de su amiga. Llegaba a la casa por cuenta propia, lavaba la ropa, tendía las camas, me daba de comer.

Abandoné la casa en busca de trabajo. Era cosa de todos los días, recorrer el pueblo buscando qué hacer. Un hombre tiene que aburrirse sin nada que hacer.

Me encontré con el viejo Mr. Clarence. Era un viejo tacaño, de los que prefieren ver pudrirse un coco, antes que compartirlo con los demás. De todos modos le pedí trabajo.

—Pues trabajo hay, Pastor —a pesar de mis protestas siempre me decía pastor—, lo que no tengo es dinero para pagarle. Francamente me gustaría ayudarle, pero las cosas van de mal en peor.

—Está bien—, me alejé murmurando algo sobre los años que tenía de conocer a ese fregado viejo y oírle quejarse de la situación siempre. Y saber que su situación era en realidad muy buena, pues el auditor del banco se lo contó a una de sus amigas, la Cooly, y ella se lo dijo en confianza a su madre, y ésta se lo contó a una vecina en la mayor confianza, y ésta confió en la Gorda Stella y lo que Stella sabe lo sabe todo el pueblo en la mayor confianza.

—Don Gunar, buenos días.

—Hola, morero, ¿cómo le baila?

—Pues así como lo ve.

—¿Y en qué anda?

—Buscando qué hacer —cuento de todos los días que acumulaba sobre mi angustia y aumentaba, lo comprendo ahora, mi sensación de derrota.

Pero esa mañana don Gunar me ofreció comprar la finca.

—¿Me compra la finca?

—Sí, se la pago a quinientos...

—¿A quinientos pesos la hectárea? ¡Pero don Gunar, por Dios!

—Es un precio justo.

—¿Un precio justo? A cambio de cuarenta... qué va, cincuenta y tantos años de trabajo.

—Ustedes han vivido de eso todo este tiempo. En todo caso, y para no discutir, ¿cuánto pide?

—Mil pesos.

—¿Mil pesos?

Se quedó mirando el paso de las nubes que, impulsadas por la brisa del amanecer, buscaban las tierras altas del oeste.

—Novecientos —dijo— y hacemos trato.

—Novecientos. Está bien.

Regresé a la casa tarde, cansado de andar por los potreros, hirviendo en los moribundos rayos del atardecer. Ruth me había dejado la cena sobre la estufa. Cambié de ropa y fui en busca de Victoria.

—Papá está allá adentro —me dijo—, y está dispuesto a pegarte un balazo. La vecina le dijo que estuviste aquí.

—Vengo a darte este dinero...

—¿Dinero?

—Sí: ocho mil colones.

—¡Ocho mil colones!

—Sí. Bueno, faltan como doscientos que agarré para mí. Es para vos y mi hijo.

—Pero de dónde lo cogiste... Charles... Charles... venga, no se vaya...

Pucha, fue terrible tener que oír la llamándome y no poder devolverme. Pero, carajo, la noche anterior, cuando había estado embriagándome en la savia de Engracia, me había contado que estaba embarazada y, según dijo, el niño era hijo mío, porque "el borracho ese está castrado". Y esa misma noche, al regresar a casa Ruth me esperaba, con su apacible entrega de ola tranquila y su ritmo largo como una estela, y además, el abundante sudor que brotaba de su piel y el vapor ardiente nublándole los ojos.

Era demasiado. Y finalmente vender la finca. Era desligarme de los restos de una vida marchita.

Esa noche apenas pude dormir. Y soñé en un canto que sobrevive a los rigores del desierto; de un bongó que alegra y de una manada de pájaros que emigran hacia el verano. Y me desperté agitado, quemándome en la brasa de Ruth, pensando en la luz que viaja hacia el oeste.

—Ruth...

—¿Qué pasa, Charles... qué pasa?

—Me voy...

—¿Qué?

—Me voy...

—Se va para ónde —preguntó, limpiándose los ojos, mientras ardían desnudos sus pechos color canela. Engracia era volcán —comprendí en ese instante—, Ruth era montaña. ¿Victoria? Ella era la madre de mi hijo y una gran mujer.

—Te vas para ónde a estas horas. Estás loco como el infierno.

—Sí, tal vez...

—Pero a estas horas, ¿adónde vas? Pero si estás mudado y todo.

—Es en serio, Ruth, me voy. Te dejo la casa: está mejor que la tuya y tiene algunas cosillas. Pasate a vivir aquí y alquilá la tuya.

—Pero por Dios, Charles, ¿adónde vas? ¿Adónde vas? Ruth estaba casi desesperada. Desde que se murió Lorena había sido más que amiga: se aferró a mí y me consolaba en mis crisis; me apoyaba en mis luchas por sobrevivir, por resistir la tentación de matar a Cristian.

Ahora yo me iba. Me iba, dejándola definitivamente sola. Sin un motivo para seguir viviendo y le decía tranquilamente: te dejo la casa.

—Charles —dijo casi sollozando—, no hagás tontearías. ¿Adónde vas?

—No sé adónde putas, Ruth, pero me voy.

Ahora, abandonando el lento discurrir del arroyuelo, decidí ir en busca de Victoria. Había regresado la noche anterior, bajándome en el pueblo vecino, y caminando hacia mi antiguo hogar al amparo de la noche. La treta me había resultado: creo que nadie me vio.

Caminé hacia la casa de Victoria con lentitud, tratando de no ser reconocido por los que a temprana hora se dirigían a sus faenas. Saludé una decena de personas de camino, quienes se quedaron viéndome, posiblemente preguntándose en dónde había visto tal rostro.

Vi a Victoria en el porche de su casa, su cabeza levantada hacia el viento conforme me acercaba, sus ojos profundos como eran siempre, sus cabellos, brillando, sus manos acariciando la cabeza del niño. Mi corazón salta, pucha, y se queda como un tomate roto.

Un hombre había abandonado su mundo y ahora regresaba.

Ella me ve venir y se pone de pie. Su rostro de pronto quedó cautivo en una expresión de ansiedad; los dedos se aferran al peine con el cual arreglaba los cabellos del niño.

—Charles... —logró murmurar mi nombre apenas. No dije nada. Me acerqué, mirándola, buscando a la niña que una vez hacía muchos años había dejado en ese mismo porche, llamándome; o la que la tarde anterior a esa había visto lucir su armoniosa figura en tanto cantaba una canción de Miriam Makeba.

—Charles, ¿dónde estabas?

—Por allá arriba.

—Vaya manera de irte...

Su reproche era como si los acontecimientos fueran ayer.

—Sí —le respondo con ternura—, tienes razón. Y el niño ¿qué tal?

—Ah, sí, el niño, claro: Tomás, mírelo. Tomás, saludá a Tío Charles.

—¿Tío?

—Sí: ¡Tío Charles! —responde, poniendo énfasis en la primera palabra.

—Entonces...

—Tomasito, llamá a papi: decile que aquí está tío. No lo pude dejar ir en ese instante. Lo alcé del suelo, para estrujarle contra mi pecho largo rato, y besarle en tanto mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Andá —repitió ella varias veces— avisale a tu papi que aquí está tu tío.

Es... es mi hijo. Es mi pueblo. Son los míos.

Alfred George emerge de la choza y se queda viéndome. A propósito miro el cuerpo esbelto de Victoria, su rostro sudoroso, sus labios rojizos, su figura atlética, su cintura sobre todo, en un lugar distinto a las demás mujeres. La cintura de Ester no estaría allí.

Sigo sosteniendo al niño. Pucha carajo, qué momento tan difícil para el pobre Alfred. Por mi parte siento ganas de decirle "bestia", pero me contengo. Me contengo porque la verdad es que yo abandoné a Victoria sin comprender que ese era mi pueblo. Sin entender que esos eran los míos.

—Pastor... Dios lo bendiga...

—Y a usted... Charles...

—Qué lindo está mi sobrino —se lo digo despacio, mirando a Victoria.

—Es un niño saludable —me responde precipitadamente.

—Gracias —lo vuelvo a ver lentamente también.

—De nada: Tomás es nuestro hijo.

—Gracias de todos modos —es necesario insistir a veces.

Entramos en la casa siguiendo a Victoria. Pucha, no es fácil esto. Digo, un hombre deja su mundo y regresa buscándolo y encuentra que el pasado ha pasado, atropellando los mejores anhelos.

—Alfred y yo nos casamos en junio del año antepasado.

—Mmmm... Llego tarde para el brindis—. Ella capta el doble sentido y me mira de reojo.

—Papá murió —agregó nerviosamente.

—Pobre viejo. A pesar de todo lo apreciaba mucho. Gracias por cuidar tanto de Tomás —palmoteó la espalda del pastor.

—No hay de qué...

—Digo, uno tiene un... un sobrino, ¿no es cierto? Tiene un sobrino y una mañana uno se va, ¿entiende? Se va y deja al niño con ocho mil pesos. Es todo lo que uno tiene para dejarle. Uno se va porque está aburrido...

—¿Aburrido?...

—Aburrido de no ser nadie. Aburrido de ver que todo se frustra. Entonces uno se va: huye.

—Uno no huye de Dios —responde Alfred con actitud ceremoniosa.

—De eso no sé, Alfred. No, no se escandalice, de eso no sé. Pero lo que sí he comprobado es que uno no puede huir de sí mismo. Eso sí.

Victoria, acaso temiendo un desenlace desagradable, se lleva al niño con ella hacia la cocina. La cocina donde una vez nos buscamos tan apasionadamente, y que acaso conserva aún los restos de una canción profunda.

Por la ventana reverdecen los arbustos del potrero; unos animales bien cuidados pacen la hierba fresca adornada por gotitas diminutas de rocío.

—Charles... dejaste a Victoria y yo...

—No quiero discutir eso, Alfred. A usted le gustó desde que llegó al pueblo. Por eso hizo lo posible por separarnos...

—Usted estaba viviendo con Engracia y todos lo sabían aquí. Y también con Ruth Viales. Las dos mujeres

mayores que usted. Victoria era la única chiquilla y la estabas engañando.

—Guarde la formalidad del caso, Pastor, no quiero tener problemas con usted.

El trata de tutearme, pero yo no me estoy dejando. Dejo que mi vista se pierda en el espacio breve.

—Charles, en nombre de Dios...

—¿En nombre de Dios? Soy un idiota: huí. Tuve miedo de enfrentarme a la vida.

—Bien: ¿ahora qué?

Y ahora mis ojos recuperan el presente definitivo: miro al pastor, y lo noto nervioso, sudando y acomodándose infinitas veces en su asiento.

—¿A qué ha venido?

Al fin logro que me trate con respeto.

—No se asuste: no me la voy a llevar.

—¡No se la va a llevar! ¡Vaya mundo! Hay cada persona que presume...

—No voy a intentarlo, Alfred, puede estar tranquilo. No voy a arruinar a otro pastor. No sé ni a qué vine: a lo mejor a saludar a Ruth. ¿Qué tal está?

—Ruth tiene marido ahora.

—Pastor: le pregunté "qué tal está".

Pero yo, pucha, sé muy bien que he huido de nuevo. Pienso que eso sí, no era una cuestión de tratar de llevarse a Victoria ahora. Proponerle un nuevo concubinato era ridículo. Pero si me divorcio, no sé...

Por lo menos podría hacerle pasar un mal rato a esta bestia. Pero ellos son mi pueblo: son los míos.

—Voy a ver cómo andan las cosas donde Ruth. ¿A qué hora pasa el tren? No, el que va para Limón.

Encuentro a Ruth, pucha, un poco vieja. Se ha hecho vieja poco a poco, tal vez porque no supo como Engracia aferrarse a la juventud de alguien para sobrevivir. Sus pechos saltones se han aplastado. Pero de sus ojos emanaba la siempre presente ternura.

—Me ha ido bien. Me casé de nuevo.

—Yo no me he casado, pero vivo con un amigo. Charles McForbes, siéntese por lo menos.

La casa está en orden. Por la puerta abierta alcanzo a ver el cuarto que en otro tiempo cubrió las noches de mi primer matrimonio. Ruth ha respetado su disposición.

—Tu cuarto está allí, tal como lo dejaste —me dice al notar mi curiosidad, y enseguida me acaricia el pelo.

—A Lorena le debo demasiado, Charles, demasiado. La miro en los ojos. Ruth no era bonita, nunca lo fue. Pero tenía una especie de gracia que resulta agradable.

—Y tu amigo ¿quién es? —le pregunto.

—Charles —me dice con cierta malicia—, me han dicho que tu mujer es blanca y ni siquiera te he preguntado si eso es cierto y mucho menos su nombre.

—Sí, es blanca: de buena familia.

—De buena familia. Y Lorena, ¿era de mala familia?

—Quiero decir de familia burguesa.

—Bur... ¿qué?

—Burguesa: familia de plata.

—¿Así le dicen? Familia turquesa.

No tiene sentido corregirle. Ella me está mirando con tal ternura que pucha, tendré que besarla. Un viejo beso que brota de la memoria, y que borra la fea palabra que le dije al partir. No beso a la Ruth de ahora, sino a la mujer que veló el lecho de mi primera esposa. Y ella besa al viudo de Lorena Sam. Al amigo que necesitó de ella algo más que palabras para sobrevivir.

—Mi esposa se llama Ester —lo digo casi por decir algo—. ¿Y tu amigo?

—Guillermo.

—¿Guillermo?

—Sí: Guillermo Brown.

Ruth parece conservar aún la irracional necesidad de mantenerse asociada a la vida y a la muerte de Lorena. Era como si tratase de prolongar su vida en la propia existencia.

—Ruth, ¿a qué hora pasa el tren?

—¿El tren para?

—Para Limón...

—¿Te vas?

—Sí. Vine a verte, Ruth: ya te vi, me voy. De paso saludé a la señora de George y a Tomás McForbes.

—¿Tomás McForbes? Tomás George. En todo caso, te vas así no más. A lo mejor es la última vez que te veo en esta vida y te vas así no más.

—Ruth, ¿qué estás diciendo?

—Charles, aun suponiendo que regresés, ya yo no podré...

La mira cortar la frase y bajar la vista.

—Y te vas así... —dice con una tristeza honda. La silla se vuelca y caemos al suelo. Es una caída suave, casi sin violencia. Es como nadar en el arroyo San José, en la parte que la gente llama el lago, a media mañana. Pero el copioso sudor emana un vapor quemante que aviva la piel.

X

CUALQUIER hombre tenía que ponerse nervioso en estas circunstancias.

Limón me pareció gigante. Había crecido en senectud, como el cacto de los desiertos de arena.

El avión se alzó sobre la brisa, y el mar apareció de pronto por la ventana. Miré por la otra: hacia el fondo se extendía el espacio, oscilando entre blanco y azul. La nave se niveló gradualmente. Al frente, una chiquilla me miraba, como si tuviese una tremenda urgencia de ser besada. De ser besada por cualquiera, para sentir que el mundo existe. Que el mundo existe y que ella es todavía parte vital de su existencia.

Saqué un libro del maletín que llevaba conmigo —único equipaje— y me puse a leer. Era una obra escrita por

un negro. "Hierve —decía— el agua sepultada en las venas de la tierra, y la tierra porosa, húmeda... y el viento hierve."

En realidad no estaba leyendo. Mis ojos buscaban entre líneas el valor que necesitaba para enfrentarme a Ester y pedirle el divorcio. Pucha carajo, no era cosa fácil. "Había una vez un cartago y un jamaicano que eran amigos..."

Hubo una vez un amor entre dos seres. Porque yo la amé. Sí, la amé mucho. Una clase de amor que traiciona tanto a la amada como al amante, pero la amaba así. "El amor —según el libro que leía— es una canción en la madrugada."

¡Hay cada autor optimista! Imagínense, una canción y a esas horas.

La verdad es que el libro me pareció digno de mujeres románticas y maridos conformes.

Yo por mi parte buscaba otra paz. Y en ese sentido me parecía más real el hombre que murió o orillas del océano, sus pies hundidos en la arena.

Todavía me causa sobresalto el sueño aquel. De veras que necesitaba mucho valor para evitar el grito. Aunque de alguna manera sé que grité: el grito no obstante se me quedó atravesado en la garganta.

El sueño en verdad fue algo terrible: quiero decir, no es que uno sea cursi, pero verse uno a sí mismo durmiendo en una cama. Carajo, pucha, ni qué les digo, ya se lo imaginan ustedes.

Ahora, la verdad es que viajando en un avión, no parecía ser el momento apropiado para evocar tales recuerdos. Un hombre tenía que ponerse nervioso en estas circunstancias. Pero de todos modos, pucha.

Hay cada bruto poblando la tierra. Según el autor del libro, hay cosas como la luz del vigía que no tienen explicación. Como que yo era un niño cuando eso pasó. Cuando el brequero cayó del tren y siete noches después apareció la luz. Eso era cierto. Pero hay cada negro que...

Mi vida había transcurrido hasta hoy sin sentido. Una rutina inacabable. Esa fue mi vida con Lorena Sam.

Hacíamos el amor por las noches. Comíamos juntos por las tardes. Luego yo me ocupaba de algunas labores definidas por ella como trabajos de hombre, mientras lavaba los trastos. Y nos acostábamos temprano. Nos acostábamos, y yo la acariciaba y ella respondía con más caricias, hasta que la angustia reventara en suspiros.

Los domingos íbamos a la iglesia, salvo en aquellos en que ella menstruaba. En esos casos yo iba solo. Dos domingos al mes me ocupaba del culto; otros dos llegaba el pastor de Limón. De modo que dos domingos al mes predicaba, y luego, cuando llegaba a casa discutía con Lorena hasta enojarnos por cualquier tontería.

Ella no supo perdonar nunca el desliz con Mill. Condenada Mill esa. Me buscaba todos los domingos cuando Lorena no llegaba al culto, para hacerme ver entre otras cosas sus nuevos diseños. Era costurera y le encantaba diseñar.

Ese domingo estaba más atractiva que nunca. Era bonita en realidad, y hubiese sido la sensación de Estrada si no fuese por su pie. Me dijo que tenía un problema con la máquina de coser y rogándome que la acompañara a casa de Nabe para correrla, despertó en mí la vieja simpatía que había nacido desde el día fatal en que presencié el accidente que ella tuvo. Acepté sin sospechar la habilidad de su plan. Pero al llegar me dijo que la esperara mientras se cambiaba. Los Bowman no estaban en la casa y yo estaba un poco nervioso pensando que a lo mejor Lorena me hubiese visto entrando a la casa de sus archienemigos.

Mill salió luciendo un vestido de seda. Su pelo algo donado, totalmente suelto, sus caderas rítmicas... el mundo se le nubla a uno a veces, y pucha, con ese vestido medio transparente uno pierde la razón y sobre todo si con unas manos suaves y tibias le acarician a uno. La verdad es que... pucha, soy hombre, ¿saben?

La cosa fue que me quedé hasta el anochecer. Luego Mill le contó a Nabe de su aventura. Para ella era simplemente una conquista más. Una nueva prenda con la cual deslumbrar a Nabe. Y no sé cómo pero Lorena se dio cuenta de lo que había sucedido y tuve que confesar.

Aunque soy un poco cursi cuando digo eso de que "no sé cómo", porque la verdad es que en Costa Rica el chisme es deporte nacional. Deporte favorito.

El avión empezó el descenso y la niña del asiento de enfrente, clavó sus ojos en mí de nuevo. Le sonreí y pude apreciar su agradecimiento. Me siguió mirando, como si eso la calmase.

Los domingos peleaba con Lorena. Porque ella se empeñaba en hacerme ver que no era la estúpida idiota de Mill, y por lo mismo, yo no podía tomar con ella las libertades que me tomaba con la otra, y quién me estaba creyendo después de todo. Porque los días de la esclavitud habían pasado hace mucho tiempo.

El domingo no hacíamos el amor porque el domingo era día del Señor. En cambio el domingo era nuestro día favorito para las peleas. El domingo yo era el condenado conchudo que estaba creyendo que ella era la prostituta que se sentaba en la primera banca de la Iglesia y se pone a echarle cuerda al pastor. La condenada prostituta coja.

Y cuando soñábamos con Pete, había que comprar lotería. Ella compraba mucha lotería clandestina. Y casi nunca pegaba.

Pucha carajo, fue una condenada desesperante rutina de la cual ya no quiero acordarme. Una rutina que me dejó enfermo después de su muerte, al extremo de buscar en otras lo que andando el tiempo había llegado a ser un vicio. Pero la verdad es que la vida con Lorena fue el tipo de vida que me convenía. Tiene que ser, porque en esa época fue cuando mejor estuve.

Pero, pucha carajo, pensándolo bien fue una rutina, y no es que uno sea cursi.

El avión tocó tierra cuando el corazón de la pasajera de enfrente estaba a punto de ceder. Los colores empezaron a regresar a su rostro. Salimos del calor de la nave, al frío de diciembre de la Meseta. Era una día parco. La niña caminaba a mi lado despreocupadamente.

—Venía nerviosa, ¿no es cierto?

—Sí, un poco.

—Yo también.

—No, no le creo: lo vi tan tranquilo.

—No lo estaba. Es que en realidad el asunto no son los nervios, sino la capacidad de uno para sobreponerse a ellos.

—¿De veras?

—Sí, así es. Y cuando uno descubre eso todo se le hace más simple.

Tenía una sonrisa ingenua en su rostro. Invitaba a descubrir las cosas esas que pertenecen a la biografía de cada quien, y que no suelen interesar a cualquiera. Por ejemplo saber que vivía en Limón, que estaba estudiando y que venía a arreglar enredos de papeles. Esas cosas sencillas que vencen la piel, y nos revelan la humanidad de todos. Cosas que, en fin, sobre la piel de Dios nos unen.

Nos dirigimos a la ciudad en un taxi que alquilé. Una vez viajamos ese mismo trecho Lorena y yo, mientras ella moría su muerte lenta, rutinaria, sin espectacularidad. Sencillamente morir, tercamente hasta quedar vencida.

El aire del camino me regresó a la frescura de la Estrada de entonces. Tal vez fue cosa de Bowman o de Nabe. Centeno nunca pudo dar un diagnóstico convincente y luego me lo confesó cuando quiso utilizarlo como argumento en contra de mis relaciones con su hija. Ni pudo dar un diagnóstico concreto el Doctor Suárez, ni la decena de médicos que contemplaron impotentes la lenta y rutinaria muerte de Lorena.

Luego quedé cansado, aburrido de la rutina, para huir a los brazos de Engracia ... y ...

Acabé preso de ambos mundos, atrapado entre dos culturas, entre el pelo negro algodónado y un pelo de maíz; entre el calor y el frío; en mi terrible e irrealizable deseo de poseer los dos mundos sin opción.

¿O sería más bien que había optado equivocadamente por una escala de valores contraria a la esencia de mi ser? ¿O sería yo para siempre un ser dual? Y si tal era, se explicaba mi aspiración como una manifestación de mí mismo, de mi verdadera personalidad.

Y mientras viajaba con la niña en silencio, me trastabordé nuevamente al instante terrible cuando decidí abandonar todo y cambiar de vida: Victoria reclamando mi apellido para Tomás; los hermanos de iglesia acusándome de pecador; Ruth durmiendo en mi cama, dándose por mí enteramente; Engracia, encinta, cansada de su vida dual entre un hombre más joven que ella y un marido borracho e inútil; un hombre tenía que aburrirse, pucha carajo.

Dejé a la niña en su hotel, con la promesa de regresar por la tarde si me era posible. Fui directamente a un hotel barato, y después de vestirme, me propuse ir en busca de mi esposa. Pucha carajo, un hombre tenía que aburrirse de tantos nervios. Un hombre al fin y al cabo es de carne y huesos. Pero en vez de dirigirme a casa como me había propuesto, regresé a los sitios frecuentados antes de graduarme. Los sitios de pobreza, las calles que uno lleva consigo irreversiblemente. Recorrí el Paseo de los Estudiantes, y me detuve en la esquina de la cantina La Nave. Porque esa esquina tiene algo de leyenda. Luego el puesto de helados italianos: la Botica Primavera, autos en fila de hormiga; ojos de gente, rostros blancos, dientes con aroma de marfil brillando en el frío vespertino. Y no podía explicar cómo era posible andar como lo hacía Elber mi vecino, quien se ofreció para llevarme a conocer la ciudad. Las calles llenas de viento, el frío haciendo estragos en mi cuerpo a pesar de la suéter. En aquellos tiempos el sol en San José, ardía sin calentar. Eran los tiempos del rostro parco de la iglesia de La Soledad y de la rotonda vacía, la venta de chances, el despacho de pan, Frescosal, el Resguardo Fiscal, La Geisha, Mueblería Quesada, y un lote vacío. Señales, miles de señales, sobre llaves que se hacen aquí, Cantina Chelles y tiendas. Recorría de nuevo esas calles, con las imágenes precisas grabadas en mi mente; el recorrido por la Avenida Central, la inexplicable presencia de tanta gente caminando. Nada era en esos tiempos racional. Era un mundo mágico, con miles de autos de juguete. Tiendas de ropa y bicimotos y motocicletas y el humo de los automóviles; la Plaza de la Artillería, el Banco

de Costa Rica; y más y más tiendas, La Gloria, El Ibis, La Constanza, el mercado central . . .

Después de todo, pucha, no es que uno sea cursi, pero todo aquello no valía la pena. Lo conocía, es cierto, antes de casarme con Lorena, en los ya increíblemente irreales años de colegio. Lo conocía apenas. Pero luego, tras la muerte de Lorena y el hambre profunda, la calle se me quedó incrustada en las venas.

Una repentina ráfaga de viento me arrancó de aquel pasado, al elevar las faldas de una joven. Un motociclista dio en el guardabarro de un auto que iba adelante de él. Mis pies devoraron metros y metros de calle, mientras a lo lejos el sol empezaba a apagarse. Las luces de la ciudad empezaron a surgir; ¿hubo alguna vez una Botica Estrada? San José no era Limón: pulmón de sal incrustada entre el ferrocarril y el mar. San José se volvía gigante de noche, mucho más gigante que Limón. Las luces hechas ceniza y sal y tierra y yo continuaba sin peso, mi fuerza sin sostén en la creciente soledad.

Luego regresé por el Paseo de los Estudiantes en sentido inverso: el lote vacío ya no está y en su lugar un piso de cemento afea la ciudad. La mueblería ha quedado en el olvido. Un elegante edificio de oficinas sustituye la vieja Geisha. La iglesia está allí, y en la rotonda, un frondoso guanacaste recoge la luz.

El sopor había pasado. Estaba recuperando ya la nitidez de las cosas.

La noche era intensa y fría.

XI

ME abrió Manuela.

—Don Charles —exclamó, abrazándome—. Pase, pase . . . La señora está muy preocupada.

La casa estaba igual. Los muebles en orden como siempre, el tocacintas funcionando. Un olor a queso y pan salía de la cocina.

—¿Y la señora?

—Anda en lo del Puma.

—¿Lo del Puma?

—Sí señor: el Puma llamó aquí pidiendo ayuda.

—Pero cómo, Manuela, pidiendo ayuda. ¿Ayuda para qué?

—Pero don Charles, usted no sabe nada de esta familia. ¿Qué le pasa?

—Eso mismo, Manuela: que no sé nada de ellos. Cuénteme usted.

—Pues... yo tampoco supe qué fue lo que pasó, pero algo hay entre Magdalena y el Puma...

—¡Entre Magdalena y el Puma!

—Algo de drogas... yo no entiendo de eso. Pero ahora el Puma ha dicho que si no lo ayudan va a cantar lo que sabe de Magdalena, y la señora anda en eso.

El Puma. Con él empezó una larga tragedia. Era un compañero de trabajo de esos que saben ganar nuestra voluntad. Empezó diciendo que ninguno que llegaba a ser parte del clan pasaría necesidades a menos que todos los compañeros estuviesen también pasando por enormes vicisitudes. Empecé a seguirle casi sin percibirlo. Primero a alguna cantina de mala fama. Luego, como si mi descenso desde el pastorado hacia la nada tuviese que completarse, empezamos a frecuentar a la Pelirroja.

No se pueden contar las cosas que hicimos juntos. Luego, una noche me llevó al clan para someterme al rito de la iniciación.

Primero me desnudaron. Luego, atándome de pies y de manos, cuatro tipos enormes me redujeron a la impotencia. Sólo pude evocar a mi madre: su arrullo perfumado de leche y de pan. Un dolor grosero me subía por los intestinos, y una bola en la garganta me ahogaba. Un poco antes de desfallecer creí defecar.

Pucha, el Puma era una bestia.

—Manuela: ¿Ester no dijo a dónde iba a ver al Puma?

—No, no me dijo nada. A mí nunca me cuenta nada: yo escucho.

Salí de la casa desesperadamente. Conocía algunos de los puntos donde tradicionalmente el Puma citaba a la gente. Tenía que llegar a tiempo, y salvar tanto a Ester como a Magdalena. La noche en que me "iniciaron" terminé vomitando, mientras los cuatro desgraciados respiraban como bestias. De niño, sentado en las rodillas de mi madre, osé preguntarle:

—Mami, ¿cómo pudo el Señor sudar sangre?

Ella me miró, con esa mirada intensa de los gallos de pelea cuando han sido vencidos por su contrincante:

—Hijo —dijo, sus ojos nublados—, con el tiempo lo sabrás.

Recorrí puesto por puesto, sin hallar a mi esposa. Mi pensamiento regresaba una y otra vez a la noche de mi ingreso al clan. La sangre me chorreaba por la boca y por los poros sin calentar el piso, sin amortiguar la pena. Sobre mi cabeza oía la fuga de todas las cosas en las cuales había creído desde niño. Fui traicionado, humillado y mi humillación relegada a simple rabia bárbara.

Unos oficiales de policía me recogieron en la casa vacía.

¡La casa vacía!

Indiqué al ya sospechoso taxista la dirección de la casa vacía. Era ilógico que el Puma citara a Ester a una casa ya allanada por la policía. Y precisamente una de las habilidades del Puma era reunirse en el lugar menos lógico posible.

No recuerdo los detalles con la claridad que hubiera querido. Pero sé que cuando me recogieron de la casa vacía me llevaron al Hospital y de allí a la Detención General. Allí fui sometido a intensos interrogatorios. Pucha, en parte por miedo y en parte por deseo de vengarme personalmente del clan, opté por no revelar la identidad de quienes me vejaron.

—Moreno, ¿quién fue? —repetía una y otra vez el oficial. Y cada vez que repetía la pregunta lo hacía con mayor vehemencia. Era una interminable tortura que se prolongaba sobre mi terquedad antillana.

—Moreno: más vale que hables por las buenas. ¿Cuántos eran? Decínos cuántos eran.

A ratos me preguntaba cómo demonios dieron conmigo. Luego supe que había sido obra de Luxe. El mismo me lo dijo después: no podía salvarte. Quedaste hecho una desgracia por resistir. Dicen que por poco leñateaste a los cuatro. Yo no podía hacer nada por vos, así que propuse que te dejáramos allí y yo mismo avisé por teléfono a la policía.

—Mirá, moreno —continuaba el interrogatorio—, yo soy nuevo en esta vara. Vine a limpiar el negocio, ¿me entendés? A limpiarlo. Decime cuántos eran. Decime quiénes eran, por todos los diablos.

—Y ¿sí no me da la gana?

—Te arrestamos a vos.

—No he hecho nada.

—Claro: te acusamos por complicidad y por desacato a las autoridades.

—¿Son capaces?

—No te pongás insolente, moreno. Cuidate.

—De quiénes: ¿de los que me jodieron o de ustedes?

¿Cuáles son peores?

El oficial no pudo resistir la tentación de golpearme.

—No te voy a estar rogando tampoco —dijo— porque a lo mejor te gustó la condenada experiencia. Maricón.

Enfurecido, di un paso hacia él, pero sus ayudantes me agarraron.

—Te va a llevar la trampa ahora, moreno —me dijo uno de los rasos—. Te jodiste solito a la pura bulla.

—Yo no he hecho nada —le dije, tratando de calmarme.

—Diay, nosotros somos la autoridad. ¿Entendés? Aquí no podés venir con varas.

Estuve varios días totalmente incomunicado. La oscuridad era continua, porque no se puede llamar luz a los débiles rayos que de vez en cuando asoman por en medio de las rendijas. Sólo sé que a determinada hora del día se abría una ventanilla y una odiosa mano metía tres tarros y horas más tarde los recogía.

Un olor a muerte cubría aquella celda a todas horas. Pucha, si uno no es delincuente sale delincuente de nuestras cárceles. No sé para qué diablos sirven.

Aguanté hasta donde mi orgullo antillano dio a basto. Era doloroso no haber hecho nada y encima de eso, ser castigado. Primero ingresé al clan del Puma y tuve que pagar el precio. Luego, sin disfrutar de ninguno de los privilegios que según el Puma —maldito Puma— me correspondían por ser miembro, la policía me obligaba a traicionarle.

Cuando acabó mi orgullo hice llamar al oficial.

—¿Está el capitán?

—Sí ¿y qué?

—Dígale que está bien: hablaré.

—Pst, ya era hora, moreno: así me gusta.

Media hora después estaba en la oficina. La luz me cegó por completo. Me sirvieron una taza de chocolate caliente y pan con mantequilla.

Al otro lado de la oficina pude reconocer al Capitán, que me miraba con enorme satisfacción. Comí desesperadamente, como si no hacerlo fuese una ofensa grave que no debía infligir.

El Capitán esperó a que hubiese terminado de comer y luego se acercó cautelosamente.

—El Coronel Sibere tiene interés personal en el asunto. Como te dije, moreno: somos nuevos y vamos a limpiar esto. Está bueno que colaborés con nosotros. Si los ciudadanos más responsables no colaboran, ¿cómo vamos a terminar con la delincuencia?

Se quedó callado esperando la respuesta.

Pero no osé abrir la boca.

—El Coronel llega como dentro de una hora: hay que esperar que venga. Mientras tanto fumate un cigarrillo —dijo, extendiéndome uno.

El Coronel Sibere llegó a la hora esperada. Era un hombre de apariencia sanguinaria, pero de una sonrisa apacible. Pucha. Hay gente así: uno no puede definirlos. Total no sabe uno lo que son en realidad. El Coronel por

ejemplo, ¿quién era? ¿El viejo sanguinario de la cara seria, o el viejo apacible de la sonrisa?

—¿Quién fue?

—El Puma.

—¿El Puma? Quién diablos... ah, el Puma.

—El y cuatro más que no conozco.

—Describalos.

Les di una descripción fantasiosa. El Coronel me miraba dudoso, como si intuyese alguna trampa.

—Moreno, ¿no tenés a nadie que responda por vos aquí? ¿De dónde sos vos? ¿De Limón?

—No —le mentí—, soy de Heredia.

Lo tomó a broma y volvió a exhibir su sonrisa apacible.

—Podría pedirle al Doctor Lucas Centeno que responda —le dije.

Era obvio que el nombre los había tomado fuera de guardia: Doctor Lucas Centeno Vidaurre. Por unos instantes no supieron qué hacer.

—Pero, ¿cómo? ¿El Doctor Centeno es amigo tuyo?

—Sí —le dije—, es amigo mío desde hace un par de años.

—Pero... Mirá, moreno, no tratés de tomarnos el pelo.

—Coronel: yo no le estoy tomando el pelo. ¿Cuándo me van a dejar libre?

—Si alguien firma por vos... Es decir, un abogado...

—El Doctor se encargaría de eso. ¿Por qué no le avisan? Díganle que Charles McForbes está preso. Díganle eso nada más: él se encargará del resto.

—¿Estás seguro?

—Totalmente seguro, Coronel.

—Bien.

—Dio vuelta y empezó a salir.

—Coronel —le llamé cuando traspasaba las cortinas que separaban la oficina en que estábamos del pasillo.

—A ver, moreno...

—¿Le va a avisar al Doctor?

—No, no es necesario. Voy a dejarlo ir.

—Pero, y las acusaciones...

—A usted lo detuvimos por exceso de bebida.

—¡Por exceso de bebida!

—Sí, por exceso de bebida.

Pucha, qué rabia sentí. Había sido cuestión de nombrar a los Centeno. El nombre solo había bastado. Ni siquiera se atrevía a averiguar si yo estaba mintiendo.

—Coronel —insistí—, ¿usted va a limpiar esto?

—No lo dude, moreno.

—Entonces empiece por otra parte.

—¿Cómo?

—Empiece donde están los verdaderos culpables.

El Coronel se devolvió, interesado repentinamente en mis desvaríos.

—¿Los verdaderos culpables? ¿Estás ocultando algo?

—Todos sabemos quiénes son los verdaderos culpables —le dije con rabia.

Francamente cualquiera se hubiera enojado de que lo tuviesen tantos días encerrado como un puerco y que lo dejen ir tan fácilmente después de todo.

Pero el Coronel sonrió. Creo que me tenía simpatía. Acaso admiraba la rebeldía con que yo había actuado desde mi llegada a la cárcel. Quizá veía en mí la imagen de sí mismo, antes de que la sociedad lo contaminase, haciéndole cómplice y obligándole a consolarse con la ilusión de "hacer limpieza". Tal vez yo le recordaba cómo era, antes de que de frustración en frustración fuese descendiendo frente a los poderosos, y obtuviese entonces prebendas, gracias a la intervención de algún Centeno amigo y un arzobispo o un diputado.

—Fue el Puma, es cierto. Pero el Puma no tiene la culpa. Los que la tienen son los respetables. Los que criaron al Puma como un ignorante.

—¿Sus padres?

—No. Los que criaron a sus padres. Puede ser que sean diputados, o comerciantes de la Avenida.

—Mirá, moreno: vos sos medio comunista —dijo—. El Puma es un ignorante muerto de hambre y un sinvergüenza de primera.

—Como algunos contrabandistas que van a misa —le dije.

—Cuidate, moreno: firmá la declaración y andate tranquilo. Calmate.

Me costó trabajo contenerme. Sentí ganas de golpearle, de devolverle a él el golpe que aquel semianalfabeto oficial me había dado antes.

Pucha, y no es que lo culpe por ser él mismo un ignorante. Pucha, no es que culpe a nadie. No culpo a nadie, es solo que...

"Ester" dije en voz alta, y el taxista me miró por el espejo. Su rostro reflejaba una justificada ansiedad por mi comportamiento. Estaba sudando copiosamente. Pucha no sé si estaba sufriendo por Ester o era que me daba rabia pensar lo que pudiera hacer la bestia del Puma. Desgraciado Puma.

El Coronel logró arrestarle aquella vez, pero al día siguiente lo soltaron. Me fue a buscar, reclamando que yo había declarado en su contra. Me costó trabajo hacerle entender que había resistido tortura por cinco días antes de hablar y que sólo así fue que se me zafó su nombre.

No me expulsaron del clan, pero en adelante solamente me exigieron de vez en cuando alguna contribución para sacar a alguien de la cárcel, o para dar de comer a la familia de alguno de los miembros.

Llegamos a la casona vacía. El taxista se alejó enseñando, todavía tratando de determinar mi estado mental. Di la contraseña en la puerta y me dejaron pasar. Hacia el fondo se veía una luz tenue, lo cual me indicaba que el Puma estaría en el extremo opuesto. De pronto recordé, demasiado tarde, que no estaba armado. La cabeza del Puma se distinguía entre el claroscuro.

—¿Que querés?

—Nada —le dije—, ¿qué te parece? No quiero nada.

—Venís por Ester, ¿no? ¿Cómo putas pudiste encontrarme?

—En todas partes hay soplones.

—Maldita sea.

—¡Charles! —gritó Ester, que alcanzó a distinguir mi voz.

Un instante antes de aferrarse a mí se detuvo, paralizada quizás por un terrible miedo.

—Ester, ¿qué hacés aquí?

—Es... es Magdalena. Puma la quiere hundir.

—No quiero hundirla —protestó el Puma—. Necesito diez mil pesos.

—¿Diez mil pesos? Andá a buscarlos en otra parte.

—Charles, el papá de ella tiene la lana. No te metás.

—¿Que no me meta?

—Quiero los diez mil —dijo el Puma en tono desafiante.

—Puma —dije—, vengo llegando de Limón. Hace tres días que no veo a Ester. Ni siquiera nos hemos hablado. Llegué a casa buscándola y la empleada me dijo que andaba buscándote. Pero la empleada no sabía en dónde estaban. Nadie sabía en dónde estaban, pero te encontré. Y no sólo eso, entré en medio de estos estúpidos que según vos te están cuidando la espalda. Estate quieto, Puma: no hay trato.

—Te voy a moler, desgraciado.

—Yo no lo haría, Puma —me lancé hacia él rápidamente fingiendo estar armado.

—Acordate, Puma —le dije—, pude encontrarte. No hay trato.

Salimos con cautela.

Los ojos de Ester eran de pronto duros y silenciosos. La volvía a ver: blancos eran sus pies al igual que sus suspiros y sus besos. Pucha carajo, era bien blanca.

—Si venís por el divorcio —dijo—, olvidate.

—¿Es una amenaza?

—No. No quiero que me dejés. Charles, me cuesta decir eso.

—Sí, te cuesta. Pero ¿te das cuenta que al encadenarme te encadenás vos misma?

—Charles —dijo, sus ojos perdidos en la inmensidad de la noche—, todos estamos encadenados. Son cadenas de Dios.

Al entrar a casa fui directamente al baño para mirar mi rostro en el espejo. Una sonrisa profunda iluminó el color de mi piel.

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

I	7
II	32
III	53
IV	64
V	76
VI	97

SEGUNDA PARTE

VII	113
VIII	122
IX	133
X	149
XI	155

Este libro se imprimió en los talleres gráficos de Editorial Texto Ltda., en setiembre de 1973. Su edición fue acordada por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica en sesión número 510. Consta de 3375 ejemplares en papel bond de 20 libras con forro de cartulina barnizada, estuvo al cuidado de Cecilia Trejos Calleja y lleva portada de Gerardo González.

QUINCE DUNCAN nació en San José en 1940, y se crió en la húmeda y calurosa población de Estrada, zona ferrocarrilera del Atlántico, a veinte millas de Limón. Allí cursó su escuela primaria y años después hizo la secundaria en el Liceo de Costa Rica. Su vocación literaria se manifestó desde sus tiempos de escolar, y se mostró ya en pleno florecimiento inicial con su libro de cuentos "Una canción en la madrugada", editado por esta misma Editorial en 1970.



La novela que ahora entregamos al público obtuvo Mención Honorífica en el "Certamen Editorial Costa Rica" de novela, abierto por esta Editorial el año pasado, y constituye un nuevo aporte destacado de este escritor costarricense de ascendencia jamaicana a la narrativa nacional, tanto por su tema como por la estructura y formas del libro, donde se patentiza un notorio avance en el manejo de situaciones y personajes y se evidencia con mayor fuerza y extensión lo que en la nota editorial de "Una canción en la madrugada" se señalaba, que Quince Duncan "llegaba a atestiguar literariamente y en español la presencia en tantos sentidos dramáticos y desgarradora, pero asimismo rítmica y vital, de una porción del pueblo costarricense, con sus particularidades étnicas e histórico-culturales", ahora en una obra que se sitúa y contrapuntea entre la bajura del limón y cacao y el valle central del café y la ciudad, y describe los fieros desgarrones y conmovedores resplandores anímicos de almas y de rostros dentro de forcejeos vitales de conflicto racial y encuentros culturales, en los que lo imaginario y lo real andan de la mano y hacen un mundo a veces de pesadilla.

Duncan es autor asimismo de cuentos; de la novela "Hombres Meléndez", "El negro en Costa Rica" (Costa Rica, 1972).



SIBUNA



EDITORIAL COSTA RICA

"Bronce"
on Carlo
Edi...